

POLÉMICA SOBRE EL PANENTHEISMO.

¡Á LA LENTEJA! ¡Á LA LENTEJA!

I.

Es para mí el Sr. Canalejas el más terrible de los adversarios, pues terciando en las polémicas con una eterna serenidad de espíritu, enerva el mio de tal manera, que parece que me atonta la cabeza con opio. Sólo cuando llama al Krausismo la *ciencia*, es cuando siento despertar en mí todas las intemperancias naturales de mi sistema nervioso.

Pero discutamos con calma. No era al docto señor Canalejas al caballero que yo esperaba ver presentarse á romper lanzas conmigo en favor del Krausismo, sino que yo soñaba con la ventura de tener enfrente á alguno de esos Hipocentauras de pura raza, que suelen emprenderla á estocadas contra mí, destrozando mi nombre en la sombra, porque en filosofía no quiero cometer, como ellos, la indignidad de decir que entiendo lo que no puedo entender. Esta sinceridad de mi carácter ha disgustado tanto á algunos de los afiliados en la órden de la familia de aquel vegetal teológico-krausiano, que, en venganza, me han asegurado que se proponen dedicarse al oficio de espías literarios y acusadores públicos, para probar que, además de ser yo un malísimo escritor, soy un plagiario casi tan grande como el gran Byron, de quien se queja Chateaubriand, diciendo que copiaba de él páginas enteras sin citarlo, y que embecía en sus obras poemas completos de otros autores, como el célebre soneto á ITALIA, etc., etc. ¡Misericordias humanas! Pues aunque me pudiesen probar todo esto y mucho más, yo les volvería á repetir que ni ellos ni yo entendemos á Krause. Y puesto que de decir claridades se trata, lo más noble sería que, en vez de entretenerse en murmuraciones contra los que no tenemos contra el Krausismo más antipatía que nuestro horror á las tiniéblas, dedicasen sus sublimes entendaderas á sacarnos al Sr. Canalejas y á mí de este conflicto en que nos hallamos, y con las corrientes de electricidad y de luz propias de sus sendos cerebros, curasen esta hemiplejía krausista que las Universidades españolas están sufriendo hace más de veinte años, con mucho miedo de que este ataque parcial se convierta en una completa parálisis intelectual.

TOMO IV.

Dice el Sr. Canalejas «que yo no he censurado con acrimonia á las escuelas racionalistas; ántes al contrario, que recuerdo con alabanza á Fichte, á Schelling y á Hegel, y sólo guardo mis iras para Krause y sus sectarios, y que no se compaginan aquella indulgencia y esta severidad.»

Le explicaré al Sr. Canalejas por qué es más grande mi antipatía á Krause, siendo yo en teoría tan tolerante con todas las opiniones, hasta las ménos aceptables. Ya he indicado en el prólogo Revilla, que mi antipatía á Krause era más bien artística que científica, pues no teniendo yo ningun ingenio, como lo pruebo yo mismo, y acabarán por probarlo más todavía esos jóvenes pentacrósticos que se proponen atacarme como escritor, soy una pobre abeja literaria que busca alimento en todos los jardines cultivados por la inteligencia humana, y dando ménos importancia de lo que creen algunos á la originalidad, cultivo *el arte sólo por el arte*, y con el fin de agrandar los límites del imperio de la poesía, á falta de pensamientos propios, tomo los ajenos, y saqueo la historia (como en *Los relojes del Rey Carlos*), pongo en verso los sistemas filosóficos de Schelling (*Todo es uno y lo mismo*), de Cabanis (*El café*), de Heráclito, de Demócrito, de Sócrates y de Diógenes (*La comedia del saber*), etc., etc., etc.; pero resulta que jamás he podido hacer del sistema de Krause una sola poesía, y á pesar de que esto puede ser falta de talento mio, no veo que ninguno de los demas escritores haya podido sacar partido de sus ideas, modelándolas clara y distintamente, pues todos los pensamientos de Krause están mejor expresados en los originales de donde él los ha tomado.

No hay buzo literario que pueda sacar una perla del mar muerto de la filosofía krausista.

II.

Yo me había hecho la ilusión de que era dueño de mis opiniones particulares, sin que nadie tuviese el derecho de enfadarse conmigo, ni de hacer críticas sobre mi crítica del Sr. Revilla. Pero el Sr. Canalejas, convirtiendo mi pobre personalidad en *mingo*, como suele decirse en el juego del billar, hace una carambola y defiende al Sr. D. Julian Sanz del Rio de críticas y de burlas que le han dirigido otros en prosa y verso, siendo así que yo ni siquiera le he nombrado, respetando la memoria de un amigo tan querido en algun tiempo por mí. Pero ya que

el Sr. Canalejas saca á plaza el nombre del Sr. Sanz del Rio, le diré que así como el Sr. Canalejas tiene la suerte de verlo todo completamente *al derecho*, y yo la desgracia, para él, de verlo todo *al revés*, el Sr. Sanz del Rio se conoce que lo veía todo *de lado*. Esta especie de *estravismo* intelectual es una herencia orgánica que el maestro ha legado á sus discípulos, discípulos que han hecho retroceder cien años por lo ménos la educacion filosófica en España. Y no le sorprenda esta opinion al Sr. Canalejas. Ya en mi artículo anterior, al querer probar que el señor Revilla no podía ser krausista, dije que, así como de todos los sistemas filosóficos pueden salir artistas, en el Krausismo era imposible que se inspirase ninguno, porque era una doctrina enredada en el fondo, y por consecuencia confusa en la forma. Y creo además que es una filosofía que ha aventado de este país los hombres y los sistemas de lo más original, lo más poético y más atractivo de la filosofía alemana, con la pedantesca asercion de que todos los demas sistemas anteriores á él son *incompletos*, siendo así que él solamente es completo en lo ininteligible de sus expositores. A esto dice el Sr. Canalejas que, en el Krausismo, sólo escriben mal, los que escriben mal. Esto no es cierto. En el Krausismo se escribe mal porque dentro del sistema no se puede escribir bien. Porque es absolutamente imposible expresar con claridad lo que se concibe confusamente. Y no es de lo ménos grave en esta filosofía que, al pretender explicar lo inexplicable de su contestura, quede el idioma patrio como San Bartolomé despues del martirio; pues ese libertinaje de cambiar el sentido de las palabras, segun la opinion de César Cantú, es lo que contribuye más que nada á causar la ruina de los Estados.

III.

Conque vamos á la lenteja.

Yo soy muy leal, y puesto que el Sr. Canalejas se propone refrescar sus estudios krausistas á costa de mi paciencia, voy á darle una base bien amplia y bien clara de argumentacion, para que se bata en terreno más firme y me derrote si puede, pues yo, el único objeto que me propongo en esta polémica es que la indiferencia que me inspira Krause se convierta en admiracion.

Yo sólo he dicho en el prólogo del Sr. Revilla que el Krausismo es anti-artístico.

Y ahora añado que el Krausismo es un sistema que está fundado en una nocion de la *esencia* radicalmente falsa, y que en él la verdad no sólo es imposible de toda imposibilidad, sino que es de una *imposibilidad metafísica*.

Pero para probar esto es menester que, ya que yo no pueda nombrar la palabra *leguminosa*, pues segun dice el Sr. Canalejas es una *irreverencia cientí-*

fica, cosa que nunca me había dicho mi sabio maestro D. Miguel Colmeiro en sus lecciones sobre botánica, me veré precisado á llamar frecuentemente al Sr. Canalejas ¡á la cuestion! es decir, ¡á la *lenteja!* pues en la forma y en el centro de esta legumbre estriba precisamente toda la dificultad del sistema de Krause.

IV.

El tema planteado por mí es el siguiente:

El Krausismo ¿es una doctrina *clara* ó es un *logogrifo*?

Porque no basta que un filósofo invente un sistema que se llame armónico, y cuya fórmula es: «*Unir sin confundir, y distinguir sin separar.*» Esto en la region del pensamiento se hace muy fácilmente; pero ¿responde á esta fórmula la naturaleza de las cosas? En ese famoso estanque de la *lenteja*, adonde van á confluír las tres corrientes de lo supremo, lo espiritual y lo material, ¿de qué modo esos elementos se *unen* allí *sin confundirse*, y se *distinguen sin separarse*?

Despues de una vision *intuitiva* del sér, viene una *Analítica*, que siendo por consecuencia inútil, es no sólo oscura, como confiesa el Sr. Canalejas, sino que es un verdadero calvario de la razon humana, calvario por el cual se camina, no apoyándose en análisis indiscutibles, sino en *anticipaciones racionales*, tan hipotéticas como las *ideas innatas* de Platon ó las *ideas necesarias* de Kant, y se llega por fin á un punto en que se dice:—«La Humanidad en el Schema del sér tiene la figura de una lenteja.»—Y aquí viene la mayor dificultad del sistema. Esos dos infinitos llamados espíritu y materia, que en definitiva son los atributos *pensamiento* y *extension* de Espinosa; ¿se limitan el uno al otro por ser de esencias diferentes? ¿Si? Pues entonces no son infinitos y están limitados como en el *dualismo*. ¿No? Entonces son de una misma esencia y están confundidos como en el *panteísmo*. No se le olvide al Sr. Canalejas el contestar á este argumento.—«Todo es en, bajo, mediante Dios»—como dice la fórmula del sistema krausista, apedreando por sus cuatro costados al idioma, así en su parte gramatical como en su construccion lógica. Todo es *en* Dios. De modo que si está *en* él *esencialmente*, es el panteísmo: si no está *en*, sino *bajo*, es decir, en categoria *inferior*, esa esencia ya es otra esencia, y en tal caso caemos en el *dualismo*. Ó al vado, ó á la puente. ¿El espíritu y la materia están separados de Dios, por ser de esencias diferentes? *Dualismo*. ¿No lo están, porque no son de una misma esencia? *Panteísmo*. El Krausismo no puede dejar de ser, ó un dualismo vergonzante, ó un panteísmo más vergonzante todavía.

V.

Y no me llame el Sr. Canalejas á discutir la teología krausista, que ni él, ni yo, ni nadie, podemos entender. Aquí de lo que se trata es de la noción filosófica del Krausismo que, dentro de la lenteja, y fuera de la lenteja, es absolutamente falsa, y que ni aun tomando de la teología las palabras *inmanencia* y *trascendencia* puede hacerse inteligible más que como *dualismo*, ó como *panteísmo*, pero nunca como *panentheísmo*.

Krause, en opinion de algunos, era un buen señor que, teniendo poco conocimiento de la vida, no cayó en que los eclecticismos tienen su razón de ser en la esfera de las cosas tangibles, donde los hechos no son más que cabos sueltos de ideas, con los cuales se pueden hacer combinaciones más ó menos transactivas y racionales; pero el querer hacer un eclecticismo en la region de las ideas absolutas, sólo se le podía ocurrir á una inocencia tan enorme como la de Krause. Así es que, para elaborar su eclecticismo, para fundir en lo absoluto lo espiritual y lo material, dice la escuela krausista:—«ninguna esencia en el mundo está separada de la divina: ninguna se confunde tampoco con ella.»—¿En qué quedamos? Las esencias del ser y de los seres ¿son diferentes? Pues *dualismo*. ¿Son idénticas? Pues *panteísmo*. Todos los sistemas pueden estar saturados de panteísmo ó de dualismo, menos de armonismo ni de panentheísmo, porque esto en la region pura de las ideas es un imposible.

Y continúa diciendo la escuela:—«La naturaleza no es Dios, el espíritu no es Dios, la humanidad no es Dios, aunque Dios contiene también la naturaleza, el espíritu y la humanidad en la simplicidad de su esencia.»

Repito que no lo entiendo, no lo entiendo y no lo entiendo.

Y pregunto yo ahora al Sr. Canalejas: Estas esencias parciales en relacion con la esencia general, ¿son idénticas en el fondo y sólo varias en la forma? Pues de todos modos, el embrollo es inconcebible, porque es una ley inconcusa que las esencias metafísicas de las cosas son *inmutables absolutamente*, y cualquiera *mutacion de estado* que se suponga en ellas destruye su concepto.

Y para apoyar estas mistificaciones no se deje inficionar el Sr. Canalejas por la manía del cándido Tiberghien, que cree dar fuerza á ciertas elucubraciones, más bien extáticas que filosóficas, arañando de aquí y de allí rasgos piadosos como el mismo de *en Dios vivimos, nos movemos y somos*, para apuntalar con él, despojándolo de su significacion genuina y cristiana, la falsa concepcion del panentheísmo. Este es un pobrísimo recurso. El amor, y sobre todo el amor místico, es esen-

cialmente panteísta. El amor todo lo quiere juntar y embeber. Pero este panteísmo de *sentimiento* que es natural, poético y hasta divino, es menester no confundirle con el panteísmo de las *ideas* que es siempre antipático, estéril y ateo.

VI.

Una indicacion me hace el Sr. Canalejas que no quiero dejar de contestar, porque parece una inculpacion, y es, que supone que, al escribir yo el prólogo de las poesías del Sr. Revilla, y al asegurar que éste no podía ser krausista, porque veía sus asuntos con claridad y los desempeñaba con tersura, lo he hecho en un momento desgraciado; esto es, en un momento de *pasion política*. ¿Qué me quiere dar á entender con esto el Sr. Canalejas? ¿Que soy yo acaso un carácter que sólo digo las cosas con tiempo y con medida, atemperándolas á las circunstancias? Pues está equivocado. Precisamente yo, no sólo estoy dotado del valor, sino que, por mi desgracia, tengo la temeridad de mis opiniones. Todo lo que he escrito en el prólogo-Revilla, no son más que ligeras indicaciones de lo que he dicho pública y oficialmente ante la plana mayor del Krausismo en plena revolucion.

¿Es que me quiere hacer un cargo el Sr. Canalejas, dando á entender que yo soy de los que creen que el ministerio Cánovas ha dado una prueba de *muy buen gusto* no permitiendo que en las Universidades se enseñe una moral diferente de las que la justicia pública consigna en sus Códigos? Pues si el Sr. Canalejas me hace un cargo por esto, lo acepto. Y como consideraciones personales de un orden que está por encima de la política, me impiden extenderme hoy más sobre este asunto, me concreto á decirle al Sr. Canalejas que, predicar eso que se llama *libertad de la ciencia*, condenando lo que se apellida *ciencia oficial*, está muy en el carácter del Krausismo. Y ¿por qué? Porque el sistema armónico es la *armonizacion de todas las desarmonias*. En él, todo está en su tiempo y en su lugar, y no hay salida de tono, por estrambótica que parezca, que no sea justificable, racional y necesaria.

Sinceramente confieso que al escribir el prólogo del Sr. Revilla, ni remotamente pude imaginar que se le pudiese atribuir la menor intencion política; pero la vaga indicacion del Sr. Canalejas me hace pensar que efectivamente es imposible ocuparse del Krausismo sin que parezca que se escribe de política, y de política socialista, pues desde el baluarte del sistema armónico siempre están preparados contra todo orden social cañones apuntados por artilleros llenos de buenas intenciones, pero buenas intenciones de aquellas de que se dice que está empedrado el infierno. Estos fieles soldados de la milicia de lo ininteligible, para hacer descargas

cerradas y convertir la ciencia en una barricada contra la autoridad pública, no necesitan más que tener por norte la moral de su sistema y por excitante los estímulos de lo que ellos llaman la *propia conciencia*. ¡Moral! ¡Conciencia! ¿Cómo puede haber ni moral ni conciencia, sin verdades absolutas ontológicas, completamente independientes de la conciencia á que han de servir de guía? Cuando, como sucede en el Krausismo, el pensamiento y la cosa pensada tienen una misma esencia, los actos de la moral y de la conciencia son meriendas de Juan Palomo, en las cuales el guisador se adereza á su gusto las cosas que han de ser guisadas y comidas.

¡Moral! ¡Conciencia! En un panteísmo tan retrospectivo y tan ciego como el Krausismo, hay hombres de bien, como me complazco en reconocerlo; sujetos de noble corazón á quienes quiero y admiro, pero esos hombres de bien son doblemente apreciables, porque lo son, como dicen los franceses, siendo infieles á su método, faltando á todas las reglas de la lógica. ¿Qué moral ni que conciencia es posible en un sistema donde todo es esencialmente necesario, donde no hay bien ni mal, peor ni mejor, espíritu ni cuerpo, y donde al fin y al cabo ese espacio que tiene la forma de una *lenteja* es la gran Roma, á la cual han de confluir todos los peregrinos del universo para juntarse allí fraternalmente en una inmision extravagante donde *todo se une sin confundirse y se distingue sin separarse?*

¡Moral! ¡Conciencia! ¡Religion! ¡Arte! Como dice el lúgubre Hamlet: «¡palabras! ¡palabras! ¡palabras!» En salvándose del naufragio general, ¿no es verdad, Sr. Canalejas? el panentheísmo, la doctrina de Krause, el sistema armónico, ¿qué importan las ciudades abrasadas, los campos desiertos, los templos deruidos? Absolutamente nada. En último resultado, monumentos ó ruinas, todas son formas que pasan; y, de pié ó derribadas, todas esas son cosas que en el fondo tienen una *misma esencia*, aunque en *diferentes posiciones!*

VII.

Yo declaro que el fuego del cielo, que dicen que descargó Dios sobre las ciudades malditas, me parecería bastante poco para arrasar esas babeles del entendimiento humano, y que son focos perennes de intoxicación intelectual y moral. ¡Cómo! No es lícito á un pordiosero cambiar una moneda dudosa que ha recibido de otro inocentemente, sin caer bajo las prescripciones del Código Penal, ¿y se ha de permitir que se cambien las monedas de unas doctrinas evidentemente falsas, que llevan la perturbación á todos los órdenes de ideas, al gobierno, á la familia, á la religion y al arte; convirtiendo al gobierno en una anarquía; á la familia en una asociación adventicia sin lazos con Dios; á la religion en un panteísmo sin forma, y al arte en un caos sin líneas?

VIII.

En fin, después de dar por borradas cuantas expresiones vivaces se me hayan escapado y que puedan herir en lo más mínimo á personas ó cosas, concluyo recordando al Sr. Canalejas la duda que está llamado á resolver:—«¿Las esencias de las cosas limitan la esencia del Sér? Dualismo. ¿No lo limitan? Panteísmo.»—Repito la pregunta para que el Sr. Canalejas la conteste lisa y llanamente y para que el público sepa á qué atenerse, pues yo por mi parte, no tengo ninguna duda sobre el particular, pues sé que el *panentheísmo*, si alguna vez es dualista, lo es sólo aparentemente, porque en el fondo es un panteísmo burdo, inintelectual y primitivo, ante el cual el panteísmo de Espinosa casi es un idealismo poético.

Me parece que la cuestión queda bien claramente planteada. Ruego al Sr. Canalejas que no divague con sus sabias disertaciones y me conteste al punto concreto de la *lenteja*. Pero, como al Sr. Canalejas le sucederá lo que al público y á mí, que no lo entenderá, le suplico que me perdone por el apuro en que he colocado su discreción, y sepa que, aunque yo doy mi progenitura por la cosa más baladí del mundo, no doy la amistad del Sr. Canalejas, no digo yo por la lenteja sobre que disputamos, sino que no la cambiaría ni por un *plato de lentejas*.

CAMPOAMOR.

LA MUJER COMPARADA CON EL HOMBRE.

APUNTES FILOSÓFICO-MÉDICOS.

IV.*

EL VALOR EN LA MUJER.

Se niega el valor á las mujeres y, sin embargo, ellas tienen el suyo como nosotros tenemos el nuestro, no siendo ni de menor importancia ni de aplicación menos útil y comun, aunque sí de distinta índole. Cuando se trata de vencer un peligro ó de derramar sangre, el hombre se lanza sereno y la mujer tiembla, en lo cual se demuestra el valor exterior. En cambio el hombre no sabe sufrir ni resignarse: las enfermedades le abaten y las pérdidas de fortuna le quebrantan, de cuyos males y reveses la mujer triunfa. Paciente en los reveses de fortuna, no sólo sabe soportar sus males, sino que ayuda á soportar los ajenos, y la mitad de los hombres en tales circunstancias sólo saben sostenerse apoyados en la mujer. Ella es la que anima al comerciante abatido, al artista descorazonado, y con la muerte

* Véanse los números 62, 63 y 64, páginas 326, 365 y 408.

en el corazón sonríe para hacer sonreír; representa á la vez la resignación y la esperanza, cualidades fundamentales del corazón.

En efecto; el corazón es quien hace de esta criatura tan frágil el enfermero infatigable: una mujer, la más débil, sostiene sus vigiliás durante muchas noches, mientras que el hombre más robusto, fatigado por la falta de algunas horas de sueño, se queda dormido al lado de aquel que está espirando. Estas delicadezas tan especiales y propias, que nosotros no conoceremos jamás, se las inspira su corazón y de ellas tenemos ejemplos como el siguiente: «Una pobre mujer obrera, que ingresó en el hospital á consecuencia de una parálisis de la laringe, con pérdida completa de la voz, cuyo dolor físico y moral la tenía en continuo sollozo, después de estar sujeta á un tratamiento largo y riguroso que iba ya haciéndose inútil, un día, probando mover su lengua y agitar su voz, pronuncia una palabra y se encuentra salvada. Lo natural, al menos lo ordinario en este caso, hubiera sido llamar gozosa á sus compañeras de infortunio y hacerlas ver que ya hablaba y podía entenderse con ellas. Pero no; no es esto lo que hace, no se precipita; á pesar de su alegría, pasan seis, ocho horas ó más, la sirven la comida las hermanas y sigue siempre callada hasta que aparece el profesor y, al verle aproximarse á su cama, con una sonrisa preñada de lágrimas le dice: Señor, yo hablo y he querido guardar mi primera palabra para mi salvador.» Solamente una mujer, en quien se halla el verdadero imperio del corazón, podía hablar de este modo. Presenciado este hecho, bien puede preguntarse, con M. Legouvé: «¿Quién pesa más en la balanza divina y en la humana, y quién puede más en el perfeccionamiento del hombre y en el bienestar de este mundo, la inteligencia ó el corazón? Amar es pensar; pero pensar no es amar. ¿Qué son todos los sistemas filosóficos, todas las utopías sociales y políticas, todas las creaciones del genio? ¿Qué son al lado de esta inimitable virtud que no tiene ni edad ni fecha y que sólo ella nos aproxima realmente á Dios por su ternura? Obras frecuentemente pasajeras que, si bien sublimes hoy, pueden ser estériles ó ridículas mañana. Si llegase á desaparecer el genio del mundo, quedaría aún digno de las miradas de su Creador; pero si fuesen abolidas la ternura y la caridad, la tierra sería el mismo infierno.»

Bien puede decirse de la mujer, que el pensamiento se rejuvenece al observarla, y el alma, al estudiarla, reconquista la frescura de sus juveniles años, en pensamientos y deseos.

Tiene la mujer una especie de valor particular y propio, que, unido á su timidez y debilidad, jamás puede confundirse con la audacia y el valor en el hombre. Este valor la hace capaz, no de atacar y

combatir, sino de sufrir con tal paciencia y firmeza, que el hombre no puede elevarse al mismo grado que ella. Éste cae frecuentemente rendido de fatiga y desesperación ante los obstáculos que no puede vencer; ella le mantiene firme y tranquila sin atormentarse en inútiles esfuerzos, y sobre todo, sin desesperar; y en esta cualidad tan preciosa busca consuelo el hombre cuando no puede hallarle en sí mismo. De esta cualidad bienhechora ¡qué de ejemplos no nos dan en todo tiempo borrascoso y calamitoso, cuyo porvenir nos amedrenta! ¡Con qué increíble mezcla de dulzura y firmeza no saben ellas sufrir, enseñándonos á conllevar el sufrimiento! Esta sorprendente moderación, de la que somos tan rara vez capaces, abandonados á nosotros mismos, se halla enlazada en la mujer y es dependiente, sin duda alguna, de la flexibilidad y soltura de su organización. Sí; han recibido de la naturaleza en una medida muy superior, y más para beneficio nuestro que para el suyo, el don exclusivo de este valor, de esta paciencia que conservan de una manera tan perfecta con sus restantes virtudes. A pesar de la timidez y debilidad, tan esencialmente unidas á su naturaleza, que parecen inseparables, hay momentos en que por la extrema sensibilidad, su facultad dominante, pueden recibir impresiones bastante vivas para provocar en ellas la más sorprendente temeridad y afrontar los más espantosos peligros. Comparemos las fuerzas físicas de la mujer con aquellas que en ella se desenvuelven al lado de la cama en que sufren sus tiernos hijos, sus padres, sus hermanos, su querido esposo. ¿Qué es entonces de su exquisita delicadeza, de su sensibilidad, de la inquietud de sus sentidos? ¿Qué de la irritabilidad nerviosa en presencia de esas torturas que alivian y sienten de retroceso en todo su ser? ¿Qué atractivo en su voz consoladora! ¿Qué de ingenio y fecundidad en las distracciones que imaginan y en las esperanzas que hacen nacer! En estos momentos se olvidan completamente de su salud, hasta de su belleza. Sienten el quejido del enfermo, y si éste es su hijo, una palabra, un suspiro, un soplo, las despierta y las vuelve á la plenitud de su vigilia y de sus devoradoras solicitudes. ¿Hay alguna impaciencia que no soporten con serenidad en su frente y amor en su corazón? ¿Hay cuidado que las arredre ni cosa que las repugne? Su misión viene del cielo; de aquí también su socorro. Sólo así se explican los cuidados y sacrificios de aquellas mujeres que, durante toda su vida, están al servicio de la salud de hombres que las son desconocidos, llenos de miseria, corrompidos y asquerosos por sus males ó sus vicios.

Es una cosa bien comprobada por la observación, que la mujer, una vez que rebasa los límites en que la contienen las primeras virtudes de su sexo, rara vez retrocede, y que, una vez cometida una falta,

su paso al crimen es mucho más rápido y fatal que en el hombre. Nótase que el hombre puede ser inducido hasta cierto grado en la carrera ó ruta del crimen á consecuencia de una serie de excesos que le son casi insensibles, porque las pasiones fuertes, propias de su constitucion, le arrastran á ello unidas á todos los medios que tiene de satisfacerlas. Para llegar á ser culpable, le basta dejarse llevar un poco más allá del buen uso de sus facultades; no hallando en sí mismo obstáculos difíciles que vencer en este camino, ni que le adviertan con bastante viveza las consecuencias de seguir adelante; así es que, ordinariamente, sólo cuando se halla en el vicio y sus consecuencias, lo advierte y de ello se da cuenta. Algunas veces aún halla tiempo de retroceder y volver al buen camino, tanto porque aún no se ha depravado su moralidad, cuanto porque sólo es culpable de la imprudencia en no haberse sabido contener. Pero no pasan igualmente las cosas en la mujer: la naturaleza, no satisfecha en haber trazado alrededor de la misma los límites en que debe moverse y obrar, ha elevado además para su defensa barreras insuperables á su debilidad. Cuando se lanza más allá de las mismas, su caída es inevitable, y rodando luégo de una en otra sin hallar jamás fuerza bastante, no digo para volver á repararlas, sino que ni para levantarse siquiera, sigue fatalmente hácia su abismo. Estas barreras son las leyes biológicas de su constitucion y las virtudes que las son estrechamente unidas. Para que la mujer llegue al hecho de falta grave, primer grado del crimen, es necesario que pierda las cualidades del pudor, de la timidez, de la dulzura y de la conmiseracion; es necesario que desde aquel instante cambie de naturaleza para tomar otra cuyos caracteres no pueden fijarse ni es posible definirla. Entónces ya no es ni una mujer ni tampoco un hombre, es solamente un sér degradado, capaz de todos los excesos, sobre el que la moralidad ni tiene asiento ni asidero. El hombre más depravado la es inferior en ferocidad y retrocede á su aspecto, horrorizado quizá al ver tanta depravacion y rebajamiento. Tales son por cierto en la mujer las consecuencias espantosas de todo olvido voluntario de sus primeros deberes.

Una vez desgarrado el velo del pudor, hay mujeres que tienen por lo más inocente y simple lo que ántes les había parecido afrentoso; y sutilizar é inventar hasta llegar á pregonar los placeres que gozan. Una mujer libertina se considera interesada en su propia justificacion hasta el grado de arrastrar á su amiga al mismo precipicio. En el sexo son difíciles ó poco ménos que imposibles los términos medios de la virtud, por esa razon se ha considerado siempre y se considera hoy, á pesar del progreso de la civilizacion, como necesaria la prostitucion pú-

blica; *Tolerancia al vicio regimentado para mantener más pura la virtud femenina.*

La mujer es quien ha hecho nacer entre nosotros ese sentimiento desconocido en los pueblos antiguos, al cual, puede decirse, que una nacion debe su nombre más ó ménos esclarecido. La mujer es quien ha hecho nacer para nuestro bien aquel honor, incompatible con toda bajeza, y que persiguiendo á ésta hasta en los más profundos repliegues del corazon, da á la palabra la verdad del pensamiento y la solidez de la conciencia, siendo la única garantía de nuestra fidelidad en aquellas relaciones delicadas que no pueden mantener las leyes; este honor, que reúne en un solo punto tantos otros sentimientos, que enlaza todos nuestros deberes, que lleva consigo la recompensa, pero que la más ligera sospecha hiere; este honor, en fin, á que un secreto instinto liga, en cada sexo tiene cualidades que le distinguen eminentemente: en el hombre, el valor, y en la mujer, la pureza.

La influencia de la mujer alcanza á cuanto tiene relacion con nuestro porvenir y nuestra gloria. Aunque no solemos de ordinario darnos cuenta de los instantes en que esta benéfica influencia se hace sentir, á poco que reflexionemos sobre lo que en nosotros pasa, nos será bien fácil conocer que el deseo de obtener su aprobacion se mezcla siempre en nuestras aspiraciones. Cualquiera que sea la carrera que emprendamos, este es el deseo que constantemente nos anima y nos sostiene, y nuestro júbilo no es completo miéntras ellas no aplauden nuestro éxito. Ya seamos de buena fe sabios, poetas, artistas, moralistas y hasta filósofos, no habrá uno que no tenga igual deseo de merecer su aprobacion y de hallar esta indemnizacion de sus vigiliias. Tócanos á nosotros el mérito de la gloria; á ellas el de inspirárnosla y fomentar su deseo; pero estas ventajas en gracia y en gusto, que la mujer lleva en dote, para beneficio, tanto nuestro como suyo, no son ellas solas de las que debemos manifestarnos agradecidos con la naturaleza. Además de estos encantos con que aparecen revestidas nuestras aspiraciones, por ella tambien obtenemos otras ventajas y perfecciones en aquellos actos que compartimos más inmediatamente con ella. Tales son su sensibilidad á las más ligeras penas de otro, su dulce benevolencia que parece un instinto necesario, su gracia en la manera de obligar, su atencion y su fineza para mostrar el bien que hace de tal suerte que no pueda disminuir el placer del que le recibe; y, en fin, su sentimiento exquisito en las atenciones más escrupulosas, hasta tratándose de las más pequeñas cosas. No; la naturaleza no ha podido engañarnos en nada de cuanto nosotros podemos esperar, y en ellas ha colocado, al formarlas, *el fiat* de nuestras esperanzas. Á los encantos que nosotros nos imaginamos, viéndolas

como seres celestes, la naturaleza ha unido en la mujer todas las dulces virtudes de que nosotros podemos tener idea. En ella ha colocado prodigiosamente todos los medios de calmar y dulcificar el dolor de nuestros males. Á ellas solas les ha confiado el cuidado de dirigir nuestros primeros pasos en la vida, de aliviarnos el trabajo y la fatiga en nuestra penosa marcha y de hacernos la suerte ménos dolorosa. Detengámonos un instante á contemplarlas en el ejercicio de estas augustas é interesantes funciones, pues todos, ellas y nosotros, sacaremos provecho; nosotros, reconociendo el derecho que ellas tienen á nuestra gratitud y reconocimiento; y ellas, penetrándose de la importancia de los deberes acerca de cuya satisfaccion sus títulos son bien fundados. Consideremos á la mujer como madre. Desde nuestros primeros momentos en la vida, no es á nuestra sola conservacion á la que conducen las ventajas que obtenemos de los cuidados, de la ternura activa de nuestra madre; no, ella es la que desenvuelve y esclarece los primeros fulgores y ensayos de nuestra inteligencia, la que hace germinar en nuestros corazones aquellos sentimientos de que han de nacer un dia todas nuestras virtudes. Sus dulces lecciones, siempre dadas por el amor, mil veces más poderosas y fructíferas que las de un austero filósofo, nos penetran y poseen con sus dulces encantos, reprimiendo nuestros defectos nacientes aún ántes de que hayamos tenido intencion de corregirnos. En el seno de estas relaciones continuas de ternura y reconocimiento es en el que nos formamos sin esfuerzo alguno el hábito de nuestros deberes, en el que aprendemos á contener y moderar desde la infancia los accesos de impetuosidad á que tiende la fuerza de nuestra constitucion. El temor de desagradarla es el solo medio que ella emplea para conducirnos, y jamás este medio ha engañado su intencion. Él obra con igual intensidad hasta en los tiempos más separados de la infancia. ¿Qué hombre hay, ni en su edad viril, que no tema el descontento de su madre, y cuyo corazon no se parta al verla derramar lágrimas? Pero, quién puede juzgarse digno y acreedor de pintar á la mujer, madre de familia, que únicamente se ocupa de sus deberes, esparciendo sobre todõ cuanto la rodea la alegría y complacencia que la hace experimentar la felicidad misma en llenarlos?

Observadla entretenida en medio de sus hijos, que busca en cada uno de ellos, para formar su imágen, los rasgos esparcidos de un esposo adorado, cuyo regreso espera con anhelo; que recoge y le prepara un relato de sus gracias y sus juegos, la sorpresa de anunciarle algun rayo de inteligencia que ha brillado en alguno de ellos, ó algun gérmen de virtud que ha notado en otro. Todo cuanto el hombre aporta de afuera, en agitaciones, en inquietudes, en fatigas,

se calma á su llegada y en presencia de su esposa y de sus hijos. El sentimiento y la pena más vivos ceden á su solo aspecto. Con qué encantadora prevision sabe ella acercarse á cuanto puede lastimarle! Qué fina atencion en reparar toda ocasion de la más ligera contrariedad! Qué de delicadeza en todos sus cuidados! Qué de dulzura en todas sus frases! Révelase y siéntese en todos sus pensamientos y en su lenguaje la pureza de un ángel unida á todos los encantos de la mujer.

En la primera edad, la mujer, tímida y sin apoyo, es más adicta á su madre, y sin abandonarla jamás, aprende mejor á amar; tímida, se acogerá á aquél que la protege; y esta debilidad, que constituye su gracia, aumenta su sensibilidad. Su refugio le encuentra siempre al lado de su madre, con quien se consuela y se repone; y al lado de la misma, aprende á sufrir, á amar y perdonar. Más tarde, ella irradia por todas partes, con un gusto y una gracia sorprendentes, cuanto ha adquirido y atesorado en el comercio íntimo y delicioso de dos almas que no se tocan jamás, sino para confundirse, concluyendo por saber ser amiga, piadosa y devota. Ya madre, sus deberes son muy distintos, pero todo la convida á llenarlos. En este período de la vida, el estado de los dos sexos es completamente diferente. En medio de las empresas, de las artes y de todo género de trabajo, el hombre, desplegando sus fuerzas y mandando á la naturaleza, halla placeres en su profesion, en su industria, en sus adelantos, y hasta en sus mismos esfuerzos; pero la mujer, en vida mucho más solitaria, tiene muchos ménos recursos: sus placeres necesitan nacer de sus virtudes, y sus espectáculos son la misma familia. Sólo al lado de la cuna de sus hijos, contemplando unas veces la sonrisa de su hija, y otras los ojos de su hijo, es donde una madre puede encontrarse feliz. ¿Dónde hallar las potentes emociones, los estremecedores gritos y las abrasadoras entrañas de la naturaleza? ¿Dónde el carácter, que á la vez que es amable, es sublime y no puede querer nunca sino con exceso? ¿Acaso en la fria indiferencia y triste severidad de los padres? ¡No! estas cualidades sólo se encuentran en el alma abrasadora y apasionada de las madres. Su solicitud y su amor necesitan sufrir grandes pruebas: su valor se ensancha con los males y se acrece ante los obstáculos, porque son capaces de todos los sacrificios. Ellas son las que por un movimiento, tan rápido como involuntario, se arrojan á las olas para salvar á su hijo; ellas las que se lanzan á las llamas en medio de un incendio, para sustraer á su niño que duerme en su cuna, ellas las que pálidas, descompuestas y arrebatadas, abrazan con transporte el cadáver de su hijo, muerto en sus brazos, besando con afan sus frios labios y tratando de reanimar con sus lágrimas aquel cuerpo insensible.

Estas grandes manifestaciones, estos rasgos desgarradores que nos hacen palpar, á la vez que de admiracion, de terror y de ternura, no han pertenecido jamás, ni pertenecerán tampoco más que á las mujeres. En tales momentos, hay en ellas algo desconocido, que las eleva por cima de todo, descubriendo una nueva alma, que parece rebasar los conocidos limites de la naturaleza.

El amor conyugal ha tenido sus heroínas, sin que hayamos llegado á conocer sus héroes. Este amor es tan natural á la mujer, que aún apagado por otra pasion, se levanta de nuevo cuando el marido corre algun peligro. Se ve á mujeres infieles colocarse á la cabecera de sus esposos, enfermos y en peligro, consagrándoles sus dias, sus noches con desprecio de aquél que aman, pero que no sufre; por aquel que no aman, pero que está sufriendo. ¡Qué de amantes y qué de esposas no se han visto arrojar ante una muerte segura para salvar los que eran objeto de su amor!

Lo que hay de más sorprendente entre los diferentes rasgos que podrían citarse del valor de la mujer, es el que éste es inspirado con un interes completamente extraño al de su conservacion, y que si sólo se tratase de sí mismas, serían capaces de muy poca cosa. Es necesario creer que una sensibilidad que se exalta hasta este punto, sea profundamente conmovida en presencia del peligro y daño que amenazan á las personas que las son queridas. Así es como, inaccesibles á todo temor, caen en el olvido más profundo de sí mismas.

¡De cuántas maneras sus sentimientos las hacen magnánimas! No es posible pensar, sin ternura y reconocimiento, en la adhesion valerosa y en la perseverancia infatigable de aquellas mujeres que, en una época de terror, la han manifestado por los proscriptos, que las eran queridos, ya por los vínculos de la naturaleza, ya por los del amor, ó ya por los matrimoniales. Tal recuerdo merecen las quinientas ó seiscientas que presentaron una peticion de este género á la Convencion Francesa. Igualmente le merecen otras muchas que, más tarde ó más pronto, en todas las poblaciones donde se encarcela y guillotina, solicitan de igual modo, corren grandes peligros y se imponen toda clase de sacrificios para salvar, para ver ó consolar á los que eran objeto de su cariño, y más de una vez, cuando no pudieron obtener su libertad, voluntariamente compartieron con ellos su cautiverio y su muerte. Con gran complacencia pagaría el justo tributo que se merecen á estas heroínas, citando sus nombres y sus hechos, pero me es imposible recordar tan gran número de hechos y de nombres, y sólo consignaré alguno que bastará para testimonio de la bondad de estos ángeles consoladores, que en los dias del crimen han sabido reemplazar á la Providencia. Madame Le Fort,

angustiada por la suerte de su marido, preso por conspirador, alcanzó permiso para verlo, y, al espirar el dia, se presentó en su prision, llevando prevenidos dobles vestidos, que haciéndoselos poner á su marido, éste salió vestido de mujer de su prision, y su esposa se quedó en su lugar. Salió bien su proyecto, y á la mañana siguiente, cuando se notó la fuga de su marido, y el representante de la autoridad la dijo en tono amenazador: «Desgraciada, ¿qué has hecho? Mi deber, le respondió ella; haz ahora tú el tuyo.» Madame Roland defendió á su marido ante la barra de la Convencion con tanta firmeza como elocuencia. Presa luégo, y no pudiendo ya serle útil, le legó el ejemplo de una muerte, llevada con tanta calma é intrepidez, que su serenidad fué completa hasta en su subida al cadalso. Madame Davaux, sin ningun mandato de prision, completamente libre, se lanzó al coche que conducia á Paris los prisioneros de provincia y en el que venia su marido; á la llegada fué encerrada con los demas prisioneros, y pocos meses despues subió al cadalso abrazada de su esposo y muriendo despues de él.

En los mismos amancebamientos, á pesar de lo perjudiciales que son á la sociedad por los muchos desgraciados que hacen, la generosidad y abnegacion de la mujer no han sabido quedarse atrás. En los mismos tiempos que venia citando, un hombre, de nombre esclarecido, fué condenado por la Comision revolucionaria, y como era de noche cuando ésta dió su fallo, la ejecucion fué aplazada para el dia siguiente. Su querida, aprovechándose de esta circunstancia, se prepara para sustraer su cabeza de la mano del verdugo. Una casa desalquilada era contigua al local en que el prisionero había de pasar la noche, y esta mujer, que en el curso de su persecucion había gastado y vendido ya cuanto tenia para salvarlo, se acoge al último y más desesperado recurso que la queda: encerrándose con su doncella en la casa contigua á la prision; minan el muro contiguo á ésta, haciendo una gran abertura por donde pudo pasar el prisionero. Pero las cercanías estaban llenas de guardias y era imposible sustraerse á sus ojos, á ménos de algun ingenioso ardid que los sacase del apuro. Al efecto, esta previsora mujer había llevado disfraces militares, que se pusieron, y ella, vestida de gendarme, le guió entre los centinelas, atravesando así los barrios sin ser reconocidos y pasando por el mismo lugar en que se hallaba el horrible instrumento que había de segar aquella cabeza que el amor supo tan bien conservar. La ternura fraternal ha inspirado tambien sacrificios dignos de figurar al lado de los del amor bajo cualquiera de sus fases. Madame Elisabet pudo librarse fácilmente de los peligros y daños que amenazaban á su familia sólo con haberse ido con sus hermanos que abandonaron á Francia; pero quiso más ol-

vidarse de sí misma, que no abandonar á los desgraciados. Despues de su hermano, murió bien pronto con la calma de un alma dulce y pura. En el coche que la conducía al patíbulo se le bajó su pañoleta, quedando al descubierto su pecho y expuesto á la miradas de la multitud; entónces ella dirigió al verdugo estas palabras memorables: *en nombre del pudor, cubrid mi seno.*

Cuando el distinguido Rabaud fué declarado fuera de la ley despues del 31 de Mayo, Madame Payssac le propuso un lugar seguro en su casa. En vano la hizo ver los daños que la acarrearía aceptando esta oferta; ella insistió con mayor energía, llegando á triunfar de sus escrúpulos. Más tarde fué descubierto con ella, y ésta bien pronto le siguió al patíbulo, manifestando el mismo valor que había tenido ántes al afrontar el peligro. Tambien el célebre Condorcet era perseguido en la misma época, y una de sus amigas le propuso igualmente ocultarle, lo que él rechazó furioso diciéndola: «quedaríais fuera de la ley.—Ella le contestó: pues qué, ¿estoy yo fuera de la humanidad?»

En fin, los anales revolucionarios nos enseñan que muchas mujeres han sido obligadas, para salvar la vida de un padre ó de un marido, á entregarse á la lubricidad de los tiranos; y yo creo que nadá merece mejor el nombre de virtud que el sacrificio de la virtud misma, y que el suplicio espantoso de saciar; para alcanzar la salvacion de un objeto querido, los trasportes de monstruos manchados con asesinatos y perfidias.

V.

EL PUDOR Y LA COQUETERÍA.

Nádie puede dudar de la superioridad de la mujer en el ejercicio de la caridad. Cuando el hombre la practica, da su dinero, pero la mujer da además su corazón; y un escudo en manos de ella, alivia más miserias que veinte en las de aquél. La caridad femenina parece renovar cada dia el milagro de los panes y los peces.

En todos los períodos de su vida, la mujer guarda en el fondo de su corazón el ideal que se ha creado y que espera realizar, porque lo ama. Por eso en ella el amor echa tan profunda raíz, que muchas veces la regenera; hasta á la misma coqueta, siéndolo con idolatría, se la ve adquirir una pasión profunda, recobrar el pudor, y sentir las delicadezas de la afección. En cambio, cuando un hombre vicioso se enamora de una mujer virtuosa, concluye por prostituirla si la ocasión le es propicia. Las mujeres hallan en el amor todas las virtudes; nosotros, frecuentemente, mezclamos con el nuestro bastantes vicios.

Si hay algún hecho incontrastable, es el de la in-

fluencia que la mujer ejerce en la familia, en el amor, en la voluntad, en la vida entera. Si bien es cierto que algunas veces cede á consideraciones de vanidad y á la ligereza de su carácter, si un delito á sus ojos representa ménos que el ridículo, si la esterilidad la seduce, si frecuentemente prefiere un hombre petimetre y farsante al serio y modesto; y si, en fin, cierta coquetería es el fondo de su carácter, no lo es ménos tambien que de esto mismo que nos parecen defectos, necesita sacar partido para sernos más seductora. En efecto, si en lugar de una mujer agradable, aunque frívola, tímida y pudorosa, primer ornamento de sus encantos; si en cambio de sus dulces debilidades, que dan valor á sus favores; si á cambio, en fin, de las ligeras ficciones que adopta para atraernos, apareciese á nuestros ojos una mujer viril, con audaz franqueza, de austeridad respetable, displicente de la belleza misma, poco sensible, de severa y recta razón, entónces pediríamos, reclamaríamos con instancia de la naturaleza á aquella cuyos seductores defectos fueron creados para agradarnos y subyugarnos. Es indudable, que si no nos es dado ser felices perfectamente con la mujer, no existe felicidad alguna cuando ella nos falta.

Uno de los más principales resortes del espíritu femenino, es este fondo de vanidad que aparece en todos sus pensamientos y acciones. En cambio, en el hombre domina el orgullo, una opinión soberbia de sí mismo. El pecado de vanidad en la mujer, resulta venial, más pequeño y apropiado á su constitución. Destinada á agradar, la es necesario un principio que la excite á aprestar todos sus medios para los dias de combate y de gloria en medio de rivales, deseosas por conquistar los mismos corazones. La vanidad, dentro de justos límites, no es reprochable en la mujer, porque sin éste amor propio, sería ménos perfecta. Su falta será censurable cuando nuestro incienso la envanezca, cuando nuestra idolatría la embriague, y cuando nuestros homenajes la hagan adquirir demasiada alta opinión de su mérito y belleza.

Puede asegurarse que la mujer es una segunda alma de nuestro sér, que bajo distinta forma corresponde íntimamente á todos nuestros pensamientos y deseos, los cuales sabe tambien despertar y dirigir, y á todas nuestras debilidades que sabe fortificar. El hombre, cuando es desgraciado, reclama de su conciencia la fuerza que necesita para resistir á los sufrimientos físicos, y á los dolores morales que les son difíciles de soportar; pero no pudiendo venirle de sí mismo este socorro necesario, cae en un abatimiento completo; y sólo apelando á su segunda alma es como le encuentra: hállele en esa mujer digna de ser adorada, en aquello que bajo formas encantadoras le produce una calma desconocida, haciéndole sentir de una manera com-

pletamente nueva toda su existencia. En ella encuentra ese ángel de la tierra que hace presentir el consuelo sin pedirlo ni serle ofrecido, creyendo en él, sin esperar ser persuadido; y siendo su asilo seguro contra los mayores males. Después de esto, parece inconcebible que algunos hayan podido olvidar ó despreciar, que otros hayan trabajado por debilitarla, y que hasta los legisladores de todos los tiempos se hayan ligado para hacerla funesta. Es necesario no olvidar, que lo que hay de malo en las mujeres viene de nosotros, y lo bueno solamente de ellas. A pesar de nuestras torpes seducciones, quedan en ellas los buenos pensamientos y su alma sensible y agradecida. El legislador jamás debía olvidar que la mujer forma la mitad del género humano; que para hacer buenos ciudadanos, magistrados y guerreros, y que para hacer, en fin, florecer á una nación, es necesario contar siempre con ellas, porque si la mujer no atrae nuestra alma hácia cualquier institucion que creemos, aunque esta sea obra del mejor ingenio, quedará estéril en medio de los pueblos. Pero no, el legislador, haciendo sus leyes y escribiendo sus códigos, se olvida de que hay mujeres. ¿Sabe acaso ó tiene en cuenta lo que es el amor de una madre? ¿Recuerda siquiera que su voz fué la primera que vibró en sus oídos; que su mirada dió la primera claridad á sus ojos, y que sus caricias fueron sus primeros placeres? ¿Ha pensado acaso en su influencia de todas las horas, de todos los momentos y de todos los días? Pues bien; quien así legisla, al olvidar la importancia de la mujer, se olvida de su misma naturaleza y del código que la rige. Cuando niños, ella nos da nuestra vida moral; cuando hombres nos inspira; el amor de una madre nos guía al bien ó al mal; y el amor de una esposa acaba nuestro destino. Trabajando en su educacion, hacemos la nuestra; dándolas altos y nobles pensamientos, matamos de un solo golpe nuestras pequeñas ambiciones y pasiones. Nosotros debemos desear las mejores, y ellas no podrán serlo sin dejar de sentirse más felices. Hasta hoy, necesario es decirlo, la existencia de la mujer concluye donde terminan nuestros homenajes y atenciones: su juventud es un reinado y su vejez un completo abandono. Pues bien, tan largos y tristes años de la vida de la mujer, pueden convertirse en otros de verdadero contentamiento y encanto.

Hay una potencia superior á la belleza, y es la del sagrado cumplimiento del deber; este es el mejor atractivo. Pero hay más aún: una mujer que vive rodeada de su familia, que se instruye para instruir, que engrandece su alma para ejercer mayor influencia, consigue por este camino hacerse inaccesible á la seducción. Es tal la prevision de la naturaleza en este punto, que nada la falta; en el corazón de la madre ha colocado el origen de las virtudes del

hijo, y por compensacion ha querido á la vez, que la inocencia de éste sea el salvaguardia de la sabiduría de aquella.

Parece que la naturaleza ha dotado á la mujer de un poco de inconstancia en sus gustos para dar más vivacidad á nuestros deseos y más fuerza á nuestra voluntad. En efecto; el precio de su favor ó de una simple deferencia, ¿hasta dónde no es exagerado por el temor de incurrir en el más ligero motivo de desagrado ó abandono? Bufon ha dicho, muy oportunamente, que las mujeres se hacían merecer mucho más con el arte en hacerse desear y buscar, que por el don mismo de la belleza, juzgado y apreciado tan distintamente por los hombres. La suave resistencia y el pudor, que forman la base de este pretendido arte, son también naturales como la belleza misma, con la que concurren evidentemente al mismo fin, y son otros tantos agujones dirigidos á nuestros deseos. Es indudable, que de una parte la coqueteria, con sus inocentes ardides, de otra el misterioso pudor, forman en su reunion el más potente estímulo del amor, porque en el fondo no son otra cosa que una feliz y delicada combinacion del instinto femenino que rehúsa á nuestros ojos el premio de la conquista, prolongándonos la más encantadora ilusion.

Es verdad que la ficcion y el disimulo se encuentran algunas veces en la mujer al lado de esta virtud, pero los que declaman contra el carácter disimulado de la mujer, no saben bastante bien lo que quieren, porque querer que este no sea disimulado en cierto grado, es pedir un imposible. Esta cualidad puede tener su origen en la desconfianza que la mujer siente respecto de su propio mérito, y del temor de no llegar hasta donde sus deseos alcanzan respecto al objeto que intenta atraerse. Nadie desconoce que este sentimiento es más difícil de vencer en aquellas que tienen algun defecto que ocultar. El famoso Raymundo Lulio, que fué filósofo, teólogo, excelente médico y alquimista, á la vez que monje, se asegura que amó con entusiasmo á una mujer, llamada Leonor, de una belleza encantadora, de un espíritu delicado y vivo, reuniendo toda clase de atractivos; y, sabiendo que esta hermosa criatura le correspondía, esperando por momentos el logro de sus deseos, que veía escaparse cuando más próximo le creía, empleó toda clase de recursos de un amante desesperado para vencer á su adorada; pero todo fué inútil. Viendo que el combate entre su amor y el pudor de Leonor duraba más de lo natural, trató de sondear este misterio singular; después de grandes esfuerzos, tentativas y recursos de todo género, llegó á saber que su encantadora amada tenía un cáncer en los pechos. Entonces Lulio, olvidándose de su pasion, ocupándose sólo de la salud de su amada, buscó por todas partes los

recursos que le eran necesarios. Supo que en África había un árabe que poseía secretos admirables contra esta dolencia terrible: vuela á buscarle; y la historia nos dice que aprendió mucho de todo y hasta que encontró la piedra filosofal; pero el específico contra el cáncer, que con tanto empeño solicitaba, no sólo no fué encontrado por este hombre notable, sino que desgraciadamente aún no se ha hallado.

Cualquiera que sea la índole del sentimiento del pudor, éste representa la modestia cuando se resiste, y la complacencia cuando se cede. Es verdad que la coquetería es otro sentimiento natural en la mujer, opuesto al pudor, y que puede definirse: un deseo vago de agradar á todos los hombres, sin fijarse en ninguno. Este sentimiento inherente al sexo, que nadie puede destruir, es el que ha hecho decir á un hombre importante, que la mujer vence peor á la coquetería que á sus pasiones. Este carácter de movilidad é inconstancia nace de la gran sensibilidad de los órganos femeninos; á la manera que el pudor se deriva de su debilidad.

Por otra parte, la coquetería femenina es fomentada por nuestra inscontancia y por nuestra debilidad en amar; porque la mujer, sér tan sensible y tan débil, necesita de nuestro amor y proteccion; no encontrando ni el uno ni el otro firme y estable en el hombre que se los ha jurado, búscalos en otros, desconfiada y desengañada.

¡Ah! Si supiéramos lo bastante cuánto influyen en la coquetería reprensible de la mujer nuestras mentidas frases, nuestra adulacion, nuestra debilidad y prostitucion en engañarla estúpidamente acerca de sí misma y en desengañarla de lo poco sérios que somos, otro sería nuestro proceder cerca de ellas, y otra también su conducta!

Las mentimos cuando son niñas, cuando son mujeres, cuando madres, y hasta cuando son viejas; las adulamos en casa, en el paseo, en el teatro y en todas partes; intentamos seducirlas por todos los medios, y luégo nos extrañamos que sean coquetas!

El ser amada constituye para la mujer su más grande ambicion, y esta necesidad se halla lo mismo en aquellas que lo desean por puro sentimiento, que en las otras que lo quieren por vanidad, cuya profanacion del sentimiento es la negacion de la verdad, á la cual contribuimos de tan distintos modos. Sí; la coquetería es la máscara de un corazon frio, que goza con el culto de un amor de que no es digno, de un corazon que no ha sentido jamás la potente emocion que el lenguaje humano no sabe ni traducir ni expresar; emocion que sólo pueden comprender los que la hayan sentido.

Estudiemos como fisiólogos y filósofos á la mujer; observemos cómo la naturaleza ha ataviado á esta tímida y coqueta Galatea. Su pudor, seductor atributo de la belleza amante, que acaba de rehusar

lo mismo que abraza su deseo; su misma vanidad, que, complaciéndose en femeninas exterioridades del mundo, se afecta del nuevo adorno que lleva su rival, y que secretamente llora la pérdida de una de sus gracias. Estudiemos las raíces de este amor propio, entretenido y exaltado por seductores homenajes, el deseo de ver y ser vista, y entónces comprenderemos, que bien dirigido, todo puede utilizarse en verdadera belleza para ellas y felicidad para nosotros.

El amor, que, segun Madama Staël, no es más que un episodio en la vida del hombre, en la de la mujer es una novela. Cuando niña ama la muñeca; cuando jóven ó núbil siente necesidad de amar á algun hombre; más tarde le ama como esposo; cuando madre lo consagra todo á sus hijos, y en la vejez, cuando ya no puede agradar al hombre por su belleza, se consagra á Dios. Cúrase de un amor con otro, y siempre hay en ella un culto del sentimiento. La religion es su consuelo, tanto más dulce, cuanto que, amando á Dios, sigue amando también. Como dice Santa Teresa: *Sólo en el infierno no se ama.*

La mujer creada por el capricho de la imaginacion más ardiente y sublime, no se hallará fuera de los límites de la naturaleza humana; es verdad que así pintada no se parece á mujer alguna: tales perfecciones sólo pertenecen al sexo. Hija del genio, ejerce todo su prestigio: este objeto de entusiasmo y de amor, esta indefinible maravilla, aparece á nuestros ojos muy superior á nuestras impresiones habituales, colmándonos de delicias que sólo ella puede producir. Las perlas del rocío suspendidas en el follaje, y los copos de nieve remolinándose en el aire, se escapan ménos al análisis del arte que el carácter de la mujer al del pensamiento. Su corazon ha adivinado cuanto es adivinable, y ha llegado á ser el santuario de todos los sentimientos generosos. Antes de que haya conocido los infortunios, el instinto de la virtud la enseña á socorrerlos. Desde la oscuridad que la envuelve, su inexperta juventud, remontándose á grandes alturas, sin alterar su esplendente candor, prueba que la simple virtud y la belleza forman el más precioso ornamento de la mujer y su más digno atavío. Pura como el más tierno y fresco boton que ni el soplo del viento ha desflorado, tan hermosa como Galatea, dejando de ser de mármol, no siendo amante aún, la jóven hija no conoce á otros séres que á sus padres. Éstos son para ella el mundo entero, el resto de la especie humana sólo la es revelado por el pensamiento. Tesoros de bondad, de gracia y de nobleza brillan en este sér divino y encantador. Todo gérmen de mal parece en ella destruido; y, sin embargo, no es un ángel el que el genio ha querido crear con ella; este objeto adorado no es más que una mujer,

siendo precisamente esto lo que la hace admirable, porque el ideal engaña al espíritu, sólo lo verdadero hiere al corazón. ¡Oh, mujer sublime, cual yo te comprendo! El perfume de tu alma, la parte más delicada y la más suave del corazón, que se desprende para pasar á otro y seguirlo por donde quiera, está siempre en mi pensamiento! Tú eres la más perfecta y la más bella de las mujeres. Tu talle tan bello, tus rasgos tan nobles, tus formas tan seductoras tienen una majestad y una gracia infinitas; el lenguaje de tus ojos, la dulzura de tu sonrisa, y todas tus maneras, en fin, tienen un no sé qué de distinguido, de fino, de delicado, de tierno, de sensato y de justo, da tanto interés á cuanto dices, y tanta autoridad á cuanto haces, que me veo tentado á creer que tu presencia basta para matar los malos pensamientos, y el aire que se respira cerca de ti basta también para inspirar la virtud. Las nobles cualidades de espíritu y de corazón, y todas las virtudes reunidas en tu persona, hacen el ornamento de tu sexo, la delicia de la sociedad, la providencia del mal y el bienestar de todo aquel que conozca la grandeza de tu alma; tú serás siempre el modelo más completo de todas las mujeres. Si; la belleza real, la gracia y la pureza de tu espíritu tan dotado, la expresión de tus sentimientos, siempre sencilla, natural, digna y en perfecta armonía con la nobleza de tus pensamientos y la elevación de tu alma, la misteriosa irradiación de tu corazón, que yo llamo divina simpatía, la majestad de tus encantos, la potencia de tus atractivos, la dulzura y la bondad de tu carácter, te hacen la más bella, la mejor y la más bien dotada de todas las mujeres: encuentro siempre en tus pensamientos, en tu lenguaje y en tus acciones, la pureza del ángel unida á los encantos de la mujer. Admirándote es como siento que el ser justo es un deber, el ser bueno una virtud, y que la virtud misma, en toda su pureza, es simple, sublime, natural, sin vanidad, sin ostentación, y en ella sola se encuentra la gloria y la recompensa. ¡Oh, admirable criatura, ángel de virtud, de dulzura, de gracia y de amor! En ti misma es donde yo adoro al autor de la naturaleza y á la imagen sensible de la divinidad! ¡Querido y eterno objeto de mi adoración! en ti, que florece toda mi esperanza y que me has inspirado en este trabajo, que será tu obra, déjame admirar las más raras cualidades y las más sublimes virtudes; yo conservaré siempre viva en mi corazón la imagen de tus encantos y de tu pureza y seré siempre el eco de esta bella palabra de Petrarca á Laura: «Toda virtud me viene de tí, como el árbol de la raíz.»

DR. ENCINAS,

Catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid.

LA ORGANIZACION DE LA DEMAGOGIA FRANCESA

Á LA CAIDA DEL IMPERIO NAPOLEÓNICO.

Información parlamentaria sobre la insurrección de 18 de Marzo de 1871.—*La Internacional*, por M. O. Festut.—*Historia de la Internacional*, por M. E. Villetard.—*Los procesos de la Internacional en 1868 y 1870*, publicados por la comisión de propaganda del consejo federal. Paris, 1870.—*La cuestión obrera en el siglo XIX*, por M. Paul Leroy-Beaulieu.—*Origen y caída del segundo imperio*, por M. Jules Simon.—*El fondo de la sociedad en la época de la Commune*, por M. Dauban, etc., etc.

El silencio es más digno y vale más que los ataques contra los gobiernos caídos, á condición, por supuesto, de que los amigos de esos gobiernos no se aprovechen de él para extraviar la opinión pública y para excusar ó hacer olvidar sus faltas. Pero los partidarios de todo régimen caído no siempre guardan la actitud reservada y discreta que les convendría. Se sabe cuál es hoy el tono de los periódicos bonapartistas, con cuanta audacia celebran todos los actos del Imperio, sin exceptuar ninguno: se sabe también hasta qué punto ese lenguaje ha engañado á las masas y resucitado sus ilusiones acerca de la vuelta del Imperio. Disipar esas ilusiones restableciendo la verdad es, pues, una obra útil y fácil de cumplir desapasionadamente, porque, como se ha dicho muy bien, «los acontecimientos se han precipitado con tal rapidez, que nos separan ya siglos del segundo Imperio y tenemos sobre él derecho de posteridad (1).»

El principal argumento del partido bonapartista, consiste en decir que el gobierno inaugurado en 1852 es el único que ha podido—y podrá en lo porvenir,—asegurar el mantenimiento del orden en el seno de las instituciones democráticas. Si los amigos del Imperio llegan á hablar de la Commune, nunca encuentran palabras bastante severas contra los hombres del 4 de Setiembre, responsables, según ellos, de esta insurrección; y oponen á la debilidad imprevisora de esos dictadores improvisados, la firme habilidad de Napoleón III que supo, dicen, «hacer entrar en caja á la demagogia», y opuso al socialismo un dique omnipotente.

Léjos de nosotros la idea de negar la incapacidad ó de atenuar las faltas de los hombres del 4 de Setiembre. Es innegable que ellos, al abolir la policía, han duplicado la audacia de los amigos del desorden, que al distribuir armas y municiones á los hombres más peligrosos, reclamados por la justicia en su mayor parte; que al negarse más tarde á llevar á cabo su desarme, han aumentado singularmente las fuerzas de la insurrección; y que, por último, al poner en libertad á los autores de las

(1) *Rapport général sur l'enquête du 18 Mars*, par M. Delpit, página 41.

jornadas del 31 de Octubre y del 22 de Enero, han dado á la rebelion los jefes que ésta esperaba. ¿Pero deja el Imperio de ser asimismo y en gran parte responsable de la insurreccion del 18 de Marzo? No se podrá dudar despues de haber leído los instructivos documentos publicados al verificarse la informacion parlamentaria sobre dicha insurreccion.

Esta informacion, muy poco estudiada hasta ahora, á pesar de ser de las más completas de cuantas ha verificado la Asamblea nacional, arroja nueva luz sobre las consecuencias desastrosas de la politica revolucionaria de Napoleon III; nos hace ver de qué manera y por qué motivos el Emperador ha aumentado como por placer las fuerzas de la demagogia y tolerado la formacion del ejército que debía hacerse dueño de Paris el 18 de Marzo; nos revela tambien con los más minuciosos detalles la organizacion del partido revolucionario y socialista en la víspera del 4 de Setiembre. Despues de haber leído esa larga y curiosa serie de documentos, se adquiere el convencimiento de que ántes del fin del Imperio todo estaba preparado para una revolucion formidable. Como dice justificadamente M. Delpit en su dictámen general sobre la informacion, «la revolucion radical y socialista debía haber estallado el 4 de Setiembre. La Commune hubiera quizás podido establecerse en el Hotel de Ville desde ese dia si sus sectarios hubiesen llegado á tiempo y de no anticipárseles los diputados de Paris.» En el caso de no haber tenido lugar los dolorosos acontecimientos de 1870, era posible que la insurreccion se hubiera retardado; pero el más insignificante suceso, la muerte del Emperador ó cualquier otro hecho de esta índole, habría bastado para hacerla estallar. La prueba de este aserto vamos á darla inmediatamente.

Las importantes actas de la informacion se han completado con numerosas publicaciones hechas en Francia y en el extranjero despues de 1870, relativas, ya á las agitaciones de la Internacional ántes y despues de la Commune, ya á las relaciones que tuvieron con el Emperador ó sus cortesanos gran número de notabilidades demagógicas. Con el auxilio de todos estos documentos, trazaremos en sus rasgos principales y en sus detalles ménos conocidos la constitucion de las fuerzas radicales y socialistas al terminar el Imperio. El lector, que nos seguirá sin duda alguna con benevolencia en este trabajo, podrá apreciar los frutos de la politica *soi disant* conservadora del Imperio y las esperanzas que la vuelta de este régimen debe infundir á los conservadores.

Ántes de abordar este estudio, no es acaso inútil arrojar una mirada retrospectiva sobre el pasado, la educacion y las tendencias de Napoleon III, sobre las disposiciones de los que le rodeaban, y, en fin, so-

bre los motivos á que aquél obedeció al seguir la funesta politica que ha permitido á la demagogia realizar su formidable desenvolvimiento.

I.

NAPOLEON III.—SU JUVENTUD, SUS ESCRITOS, SU PROGRAMA; SU SUBIDA AL PODER.

Todos los que han vivido en la intimidad de Napoleon III, han trazado de él el mismo retrato: espíritu soñador, seducido por todas las utopias, apasionado por las ideas y las tradiciones napoleónicas que formaban su principal religion, lleno de fe en su estrella, convencido desde su primera juventud de que sería el heredero del primer Bonaparte, y persuadido de que, una vez realizada su ambiciosa esperanza, conduciría á la Francia á los más altos destinos, buscando siempre durante su reino, ántes que una politica sabia y práctica, «hacer lo grande;» pronto á formar proyectos é incapaz de llevarles á buen término, y creyente sincero de que, entre sus condiciones, estaba la de un refinado maquiavelismo cuando todo era inconsecuencia y falta de discrecion; tal era en algunos de sus rasgos el carácter de ese príncipe cuyas cualidades y cuyos defectos tanto se han exagerado.—Educado en el destierro, en Suiza, por la reina Hortensia su madre, que le inspiró su culto al Imperio y le comunicó su confianza supersticiosa en el porvenir, Napoleon había soñado en los medios de arribar al trono de Francia, que juzgaba de su propiedad.—¿Qué hacer para alcanzar este preciado objeto? Napoleon resolvió imitar á su tío.—Antes de apoderarse del poder, el primer Emperador había sido el servidor adicto de la revolucion, el que más había aprobado y mejor auxiliado sus golpes de fuerza: el príncipe Luis Napoleon quiso asimismo ser el soldado de la revolucion. Ligado con las sociedades secretas de Italia, tomó parte desde la edad de veintitres años, en 1831, en la sublevacion de la Romanía contra el Austria. Al año siguiente, la muerte del duque de Reichstadt, aumentó sus probabilidades de que se realizaran sus esperanzas y su ambicion por el trono. Comenzó desde entonces á hacerse conocer como publicista y á tratar las cuestiones de mayor actualidad y de más palpitante interes. En su programa político fué como siempre, el eco fiel de las doctrinas de su tío. Napoleon I, repasando en Santa Elena cuanto había hecho y cuanto le restaba por hacer para completar su obra, en el caso de que sus herederos fuesen llamados al poder, había trazado el siguiente programa, cuya ejecucion debía costar, segun sus palabras, medio siglo de batallas:

«Triunfo de la democracia sobre el liberalismo parlamentario.

»Sumision de la Iglesia al Estado.

»Constitucion de las grandes nacionalidades sobre los restos de los Estados que se formaron por los tratados de 1815.

»Democracia universal fundada en el sufragio universal y sostenida por la mano poderosa de los Césares franceses (1).»

Añadamos á estos principios, conformes con las doctrinas de la peor democracia autoritaria, las ideas socialistas de que Napoleon I se preocupaba poco (pero que no podía desdeñar veinte años más tarde un cortesano de las masas), y conoceremos todas las teorías que el príncipe Luis Napoleon va á desenvolver en sus numerosos escritos, intentando más tarde ponerlas en práctica.

Los conservadores han olvidado con harta ligereza, desde hace veinte años, estas publicaciones que atrajeron al príncipe el favor de los partidos extremos, y que, cimentando la union del bonapartismo y de la falsa democracia, contribuyeron poderosamente á la elevacion de Luis Napoleon, á la presidencia de la República, y poco despues, al Imperio. No es inútil incluir aquí algunos cortos extractos de estas primeras obras napoleónicas. Si más tarde él debió modificar en la forma y en el modo de aplicarlas algunas de las teorías de su juventud, en el fondo no las abandonó jamás completamente, y ellas nos han de explicar la mayor parte de los actos de la politica imperial.

Todas las tesis favoritas del partido radical, ataques contra el clero, contra la nobleza, contra «la reaccion», etc.; todos los artículos fundamentales del catecismo socialista, se encuentran desenvueltos en estos primeros escritos del futuro heredero de Napoleon I. ¿Se quiere saber, por ejemplo, cómo Luis Napoleon hablaba entónces del clero frances?

«Los ministros de la religion en Francia, escribía en 1843 (2), son en general *opuestos á los intereses democráticos; permitirles enseñar sin intervencion en las escuelas, es permitirles enseñar al pueblo el odio á la Revolucion y á la libertad.*»

¿No es curioso encontrar la misma idea y hasta las mismas frases en el discurso de M. Gambetta, en el banquete democrático de San Quintin? ¿Son los representantes de los dos partidos autoritarios por excelencia, de los dos partidos que se muestran tan celosos de mantener en el pueblo el culto de la libertad!

Los nobles eran tan poco aceptables á los ojos de Luis Napoleon, como los miembros del clero. Cuando el rey Luis Felipe confirió el título de duque al canciller Pasquier en 1844, el futuro emperador escribió en *El Progreso de Pas-de-Calais* lo siguiente:

«Tan ilógico es crear duques sin dueados, como

nombrar coroneles sin regimientos; porque si la nobleza con privilegios es contraria á nuestras ideas, *sin privilegios llega á ser ridícula.*»

A renglon seguido, hacia observar el príncipe que «la nobleza comienza á decaer desde el momento en que su antigua divisa: *Nobleza obliga*, es sustituida por la de *nobleza exime*.—Se podía preguntar de qué clase de excepciones disfruta la nobleza de nuestro tiempo; el autor no nos lo dice, y en lugar de hacerlo así, prosigue consignando este reclamo democrático:

«Nosotros quisiéramos que el gobierno emprendiese la tarea de ennoblecer los treinta y cinco millones de franceses, dándoles instruccion, moralidad, y facilitándoles los bienes que hasta aquí sólo han sido el patrimonio de un pequeño número, en vez de ser el patrimonio de todos (4).»

La aversion del príncipe Luis Napoleon contra los títulos va tan lejos, que, á pesar de su culto á la memoria de Napoleon I, le censura enérgicamente: «la creacion de una nobleza, que al dia siguiente de la caida de su jefe olvidó su origen plebeyo para hacer causa comun con los opresores» (2). ¿Quién hubiera creído en esta época que, despues de haber llegado al poder el autor de las anteriores líneas, rivalizaría con Napoleon I en punto á conceder títulos á sus favoritos, y que despues de su caida se encontraría entre sus papeles de las Tullerías un proyecto de creacion de una nueva nobleza espléndidamente dotada?

El príncipe Luis Napoleon no se muestra ménos socialista que demócrata. Se ha visto de qué modo reclamaba del gobierno que diese á los treinta y cinco millones de franceses «el bienestar, que debía ser el patrimonio de todos.» Pues bien: la inspiracion socialista que revela esta frase se encuentra asaz repetida en el célebre folleto sobre la *Extincion del pauperismo*, que Luis Bonaparte publicó en 1844. Uno de los historiadores del segundo imperio, M. Taxile Delord, poco sospechoso por cierto de ideas reaccionarias, ha dicho que «este folleto, cuyo sólo título contiene el resumen de las doctrinas socialistas y el plan mismo de la revolucion social, hubiera muy bien podido llevar al pié la firma de M. Louis Blanc (3).» Despues de una violenta filípica contra la industria, que, «verdadero Saturno del trabajo, devora á sus hijos y sólo vive de su muerte,» el autor propone, como un medio de llegar á la extincion del pauperismo, la creacion de comunidades agricolas que cultiven los nueve millones de hectáreas de tierra estéril y yerma que señala la estadística oficial del gobierno

(1) *Œuvres de Napoleon*, III, t. III, pág. 55.

(2) *Œuvres de Napoleon III*, t. III, páginas 357 y 363. Carta á M. Chapuys-Montlaville.

(3) *Histoire du second Empire*, t. I, p. 44.

(1) Véase Mr. Delord, *Histoire du second Empire*, t. I, cap I y II.

(2) *Le clergé et l'Etat*, publicado el 15 de Diciembre de 1845.

frances. Continúa exponiendo detalladamente la aplicacion de este sistema, bastante análogo al de la mayor parte de los socialistas, y añade:

«Hoy la retribucion del trabajo está abandonada al azar ó á la violencia: ó el fabricante oprime, ó el obrero se insurrecciona.»

Por último, el folleto termina con estas líneas:

«El fin de todo gobierno hábil debe ser hoy emplear todas sus fuerzas para que pueda decirse pronto: «el triunfo de las ideas democráticas ha destruido el pauperismo.»»

Es superfluo multiplicar las citas. En todos los escritos publicados por el príncipe Luis Napoleon en la época á que nos referimos se encuentra el mismo espíritu, las mismas tendencias: el autor afecta siempre una gran solicitud por las masas; reclama en alto tono el acrecentamiento de su bienestar y de su instruccion; pero no quiere para ellas ningun apoyo, ningun guía más que el Estado. Toda proteccion intermediaria, toda influencia que se deba, ya á la superioridad natural de un hombre, ya á la buena situacion y á los servicios de una familia, le son sospechosas, y puede decirse que hasta las contempla con odio; denuncia su existencia como contraria á la igualdad democrática; las calumnia, mientras tanto que llega el dia en que ha de arruinarlas con sus candidaturas oficiales. Perteneció á la escuela de esos socialistas y de esos jacobinos que no quieren ver en una nacion más que un monton de granos de arena, una multitud de individuos aislados, igualmente débiles, igualmente impotentes ante el Estado, todopoderoso y dueño de la fortuna y de la libertad de los ciudadanos.

El pretendiente había ya adquirido cierta popularidad como heredero del nombre de Napoleon, que los hombres de la izquierda, por un ciego espíritu de oposicion á la restauracion y al gobierno de Julio, no cesaban de celebrar y de exaltar. Este favor de que gozaba entre la democracia, los republicanos y los socialistas lo mantuvieron, y aún lo aumentaron hasta con regocijo hácia el fin del reinado de Luis Felipe; repartieron y alabaron á porfia los escritos que acabamos de recordar. Cuando el príncipe, despues del atentado de Boloña, fué preso en el castillo de Ham, no solamente recibió cartas de Béranger, de Jorge Sand, de M. Thiers, etc., etc., sino hasta las solícitas visitas de notabilidades radicales y socialistas, entre las cuales merece citarse la de M. Luis Blanc.

Llegamos á 1848. El príncipe Luis Napoleon se presenta candidato á la Asamblea Constituyente. Mientras algunos de sus amigos, siguiendo una conducta prudente, le designaban á la eleccion de los conservadores é insistían sobre las garantías de órden que daba el nombre de Napoleon, otros, cubiertos con una máscara demagógica, recomendaban su

candidatura á los partidos más avanzados. Hé aquí lo que se leía en una proclama dirigida á los electores de Paris, y firmada por un antiguo republicano del 92, soldado de Zurich y de Waterloo, y uno de los obreros que combatieron en las barricadas de Julio (1):

«Nosotros os proponemos nombrar diputado á nuestro conciudadano Luis Napoleon Bonaparte, hijo de Paris, educado en la ruda escuela del destierro y de la cautividad. Soldado de la independencia italiana en 1831, ha querido despues en Strasburgo y en Boloña librar á la Francia de un vergonzoso yugo, proclamando la soberanía del pueblo. Ha pagado con siete años de prision el honor de haberse anticipado al heróico pueblo de Paris.

¡Viva la República!»

La candidatura de Luis Napoleon fué igualmente recomendada á los proletarios por el director de los talleres nacionales, que posteriormente llegó á ser administrador de los bienes del príncipe en Sologne. Por todas partes, dice M. Taxile Delord (2), no se oía más que el canto de los músicos ambulantes, que acompañaban con el órgano de Barbaria la siguiente letra:

*Napoléon, rentre dans la patrie;
Napoléon, sois bon républicain.*

Una vez elegido representante del pueblo, el príncipe no rectificó expresamente ninguna de las promesas hechas en su nombre á los partidos avanzados; mientras que pudo se encerró en el silencio y en la reserva. Sin embargo, se le vió citar á su casa al jefe de los socialistas y de la Montaña, Proudhon, con el cual tuvo una larga conferencia. «Me escuchó con benevolencia, escribía despues Proudhon, y pareció de acuerdo conmigo en casi todo. Conocía bien las calumnias propagadas contra los socialistas. Censuró sin subterfugios la política del general Cavaignac, las suspensiones de periódicos, el estado de sitio, y ese ejército de los Alpes, que parecía decir á Italia que defendía su independencia: *Mi corazón quiere y no quiere* (3).» Así es que, al salir de esta entrevista, Proudhon dijo que el príncipe le parecía «bien intencionado.» En cuanto á la generalidad de los radicales, éstos consideraban á Luis Napoleon como un aliado cada dia más adicto; y la prueba de ello es que, al aspirar á la presidencia de la República, apoyaron su candidatura diputados de las opiniones más exageradas, y obtuvo mayoría de votos en los departamentos más socialistas, Isère, Drôme, Creuse, Saôna y

(1) *Histoire du second Empire*, por M. Taxile Delord, t. I, páginas 47-48.

(2) *Histoire du second Empire*, t. I, pág. 67.

(3) *Correspondance de Proudhon*, t. III, Carta á M. Emilio de Girardin, de 11 de Julio de 1849.

Loira y Alta Vienna. El general Cavaignac, al contrario, obtuvo la mayoría de los sufragios en los departamentos notoriamente conservadores, como el Morbihan y Finistère (1). Para darse cuenta de las esperanzas que el nombramiento de Luis Napoleon hizo concebir entónces á la demagogia, es necesario leer la carta que algun tiempo despues, en 1851, le dirigió Félix Pyat. El feroz revolucionario se quejaba en esta época de que el presidente no hubiera realizado el ideal de la Montaña, y declaraba sin rebozo que había esperado más de él en 1848.

«El Imperio, decía, exaltando al pueblo, conmoviendo el mundo antiguo, arrojando de su sitio á nobles y á reyes, poniendo en toda Francia lo de arriba abajo para entronizar á los más bravos, era la Revolucion personificada, coronada, si se quiere; pero, al fin y al cabo, era la Revolucion.

»El antiguo ideal de ésta, realizado por un Bonaparte, subsistía aún en el fondo de los corazones.

»Si hubieseis comprendido vuestra eleccion, hubierais podido hacer milagros mayores que vuestro tío. Hubierais podido, como él, combatir, abatir á los reyes y á los papas... hubierais podido librar al mundo.»

Luis Napoleon no tenía sin duda la pretension de realizar el ideal de Félix Pyat, que era ya la Comune revolucionaria; veremos cuál es, no obstante, su parte de responsabilidad en los acontecimientos del 18 de Marzo.

Si hubiera de hacerse aquí la historia de los tres años de su presidencia, sería fácil mostrar que, á pesar de algunas apariencias que contrarian este aserto, el futuro emperador seguía ya fielmente el programa de su tío y las ideas que él había defendido en su juventud. Sin duda alguna señalan este período algunas leyes y disposiciones verdaderamente conservadoras; pero el honor de haberlas acordado, ántes que á nadie, corresponde á la Asamblea legislativa. La mejor prueba de que el Presidente no aprobaba su espíritu es, que se apresuraba á anularlas ó modificarlas desde el momento en que logró desembarazarse de la Asamblea legislativa (2).

Al cumplirse tres años, el príncipe violaba la Constitucion que había jurado observar. Un golpe de fuerza dispersaba á los representantes del pueblo, enviando á las prisiones los más honrados ciudadanos y dejando á Luis Napoleon dueño absoluto del poder.

Sería desenvolver lugares comunes y temas conocidos recordar hasta qué punto el acto del 2 de

(1) *Correspondance du Proudhon*, t. III, páginas 123-124.

(2) Para no citar más que un ejemplo, recordaremos que, apénas llegó á ser dictador, Luis Napoleon derogó por un decreto algunas de las disposiciones más saludables de la ley de 15 de Marzo de 1850 sobre la libertad de enseñanza.

Diciembre tenía el carácter de los peores procedimientos revolucionarios, y de qué manera su influencia debilitaba en el país los principios y las virtudes que más importa á su honra mantener. Sin duda alguna la nacion estaba, en 1851, fatigada, inquieta; tenía necesidad de orden y sed de reposo; pero no era por un medio ilegal como debían satisfacerse estas exigencias. Todo Gobierno que quiere levantar un país debilitado, extenuado por las crisis, no debe solamente asegurar el orden material, sino también, y sobre todo, trabajar por la restauracion del orden moral y hacer un llamamiento para esta obra de salvacion á todas las fuerzas conservadoras, sin exceptuar ninguna. Ante todo debe respetar escrupulosamente la legalidad; si la quebranta, ¿cómo podrá reprochar á los jacobinos sus procedimientos revolucionarios? Y, ¿qué acto más ilegal que el golpe de Estado del 2 de Diciembre? Se le ha llamado acto de autoridad; pero es sólo, y más que otra cosa, un acto de revolucion. En su ditámen sobre la informacion del 18 de Marzo, M. Delpit lo ha caracterizado en términos muy precisos y ha hecho resaltar claramente las graves consecuencias que de él se derivan.

«Jamás, ha dicho, se menoscabó más cruelmente el sentido moral de un pueblo. *El Gobierno, destruyendo la Constitucion á nombre del sufragio universal, abría una brecha por la que más ó ménos tarde no dejaría de entrar la demagogia.* La honrada y gran opinion conservadora, sobresaltada y acometida de yo no sé qué impaciencia febril, tuvo la debilidad de aceptar de la fuerza y de la revolucion lo que le hubieran dado en un corto plazo el régimen legal y el progreso de las ideas de orden, bastante acentuado ya en aquella fecha (1).»

Uno de los compromisos más graves que el autor del golpe de Estado contrajo con el jacobinismo, fué introducir la política en las filas del ejército. Es este un punto sobre el cual no ha insistido bastante quizás M. Delpit, y que ha esclarecido mucho en su reciente obra un hombre, cuya defensa no intentamos hacer, M. Jules Simon (2). Con el fin de que el éxito coronara su obra de violencia, no sólo debió Luis Napoleon corromper y seducir una parte de los jefes del ejército, sino que, desde el día siguiente al 2 de Diciembre, procuró excitar á los soldados contra la Asamblea disuelta. «Soldados—les decía en una proclama,—hace mucho tiempo que *vosotros sufríais como yo los obstáculos que se oponían á la realizacion del bien que deseaba haceros* y á las demostraciones de vuestra simpatía en mi favor. *Estos obstáculos han desaparecido.* La Asamblea que proyectaba atentar á la autoridad que yo he recibi-

(1) *Rapport de M. Delpit*, p. 41.

(2) *Origine et chute du second Empire*, por M. J. Simon, páginas 58-59.

do de la nación entera, ha cesado de existir.» Al mismo tiempo otorgaba á las fuerzas armadas el derecho de votar, y para que resaltase mejor á los ojos del ejército el valor de esta concesión, renovaba sus ataques contra los gobiernos caídos.

«En 1830—añadía,—como en 1848, *se os ha tratado como á vencidos. Después de haber mancillado vuestro heroico desinterés, se ha desdeñado consultar vuestras simpatías y vuestros votos*, y, sin embargo, vosotros sois lo más escogido de la nación. Hoy, en este momento solemne, quiero que el ejército haga escuchar su voz.»

Nada tan detestable ni tan peligroso como transformar de esta suerte el ejército en un cuerpo político. El porvenir debía demostrarlo cumplidamente.

Así, por un golpe de Estado, el Presidente de la República impulsaba á los ciudadanos, al ejército y al país entero, en el camino de las revoluciones y de la anarquía, camino en que estaban demasiado dispuestos á penetrar. Los más avisados entre los socialistas y los revolucionarios no se engañaron, sin embargo. Mientras que ciertos demócratas, sobre todo entre los diputados, clamaban contra el acto del 2 de Diciembre, que tenía á sus ojos el grave defecto de no haber sido llevado á cabo por ellos, algunas notabilidades socialistas aceptaban el golpe de Estado y se resignaban á aceptar el Imperio «que garantizaba el mantenimiento de la Revolución.» Conocido es el juicio que mereció, entre otros, á Proudhon, ese hecho; y las cartas de ese propagandista al príncipe Napoleón, publicadas por su último historiador, M. de Sainte-Beuve, muestran hasta qué punto estaba Proudhon dispuesto á sacar partido del nuevo estado de cosas, con tal que asegurara «los progresos de la Revolución.» Algunos años después, un socialista muy conocido, M. Enfantin, acusaba á M. Guérault de «no comprender bastante al Emperador,» y se felicitaba de que el príncipe estuviese en camino de «introducir el socialismo en el país, por el ejército, por el Estado, desde arriba... (1).»

Nunca sorprenderán bastante las adhesiones al golpe de Estado hechas por los hombres de la democracia avanzada. Además de que la violencia y la ilegalidad jamás han disgustado á este partido, el presidente era hábil para no revestir su obra con cierto barniz democrático. Recuérdase que la mayoría de la Asamblea, asustada, como todos los conservadores, por el resultado de ciertas elecciones parciales y aconsejada entonces por M. Thiers, quiso rodear de algunas garantías el ejercicio del sufragio universal, é impuso á los electores, por la ley de 31 de Mayo, condiciones de domicilio. Esta medida causó naturalmente en las filas de la dema-

gogia una indignación tal, que Bonaparte, á pesar de haber sido favorable á la ley, no vaciló en explotarla de una manera perversa contra la Asamblea legislativa. Para adquirir la popularidad, de antemano asegurada á todos los adversarios de aquella restricción, Bonaparte se apresuró, desde el día siguiente al golpe de Estado, á hacer escribir en todas las esquinas de París: «¡La ley de 31 de Mayo está abolida!» De esta manera, con un ataque tan desleal contra los verdaderos conservadores, iniciaba el presidente su dictadura. Dados estos precedentes, ¿cómo se comprende que la mayoría conservadora del país haya absuelto á los autores del golpe de Estado del 2 de Diciembre? Porque este acto, en realidad tan revolucionario, había sido *aparentemente* realizado en provecho de los hombres de orden y dirigido contra los demagogos, cuyas violencias aterraban al país, impaciente por acabar con este estado de crisis perpetua. El presidente había comprendido este sentimiento, y presentándose como el salvador de la sociedad, como el único capaz de devolver al país la paz, la prosperidad y la confianza. No se necesitaba más para seducir por completo á la masa de los conservadores que, absortos por el trabajo, tienen poco tiempo para raciocinar, y para quienes constituye una necesidad de primer orden, á la vez que su más ardiente deseo, el mantenimiento del orden material. Sólo los hombres de corazón, los espíritus elevados comprendieron desde el primer día que el orden verdadero y durable no podría estar asegurado por el despotismo, ni por el procedimiento revolucionario de los golpes de Estado.

M. Delpit, de quien se cita siempre el juicio severo, pero justo, sobre el golpe de Estado, no ha explicado con menor claridad las causas que lo hicieron aceptable á la inmensa mayoría de los ciudadanos.

«El Imperio, dice *representaba á la vez el poder y la Revolución, respondiendo así á los intereses conservadores, del mismo modo que á los intereses revolucionarios del país*. Hay tiempos en los cuales exageramos la pasión por la autoridad y nos abandonamos á ella, á condición de que nos exima del cuidado de nosotros mismos; el ideal político en esta fecha de nuestra historia, ha sido, al parecer, un régimen que reuniera y conciliara el poder material y la licencia moral, *permitiendo vivir en armonía la Revolución y la autoridad*. El golpe de Estado tenía además, á los ojos de aquellos que se creían conservadores por aceptar las medidas más empíricas, el *mérito de ser un golpe de fuerza que venía de arriba en vez de venir de abajo*. Esta diferencia de origen les hacía concebir muchas ilusiones; no veían que ese hecho era el desorden, la insurrección, la rebeldía contra la ley, consagradas

(1) Véase J. Simon, obra citada, pág. 56.

por el poder que tiene la misión de reprimirlas; en una palabra, que el golpe de Estado era lo más contrario á sus principios (1).»

¿Cómo respondió el Emperador á esta confianza de los conservadores? ¿Qué desenvolvimiento dejó adquirir á la demagogia? Para responder á estas cuestiones, es necesario recorrer á grandes pasos la historia del reinado de Napoleón III. La dividiremos en dos períodos: el primero, en que principalmente se desarrollan las causas *morales* que hacen renacer las fuerzas de la demagogia, y que comprende los siete ú ocho primeros años del imperio; y otro que empieza en 1859 ó 1860, y en el cual las causas *políticas* se agregan á las *morales* para acelerar ese desenvolvimiento. Después de examinar ambos rápidamente, nos extenderemos algo acerca de los últimos años del imperio, procurando reseñar fielmente, con los instructivos documentos que obran en nuestro poder, la fisonomía del ejército revolucionario y mostrar cuáles eran ántes del 4 de Setiembre sus elementos, su disciplina y su formidable poder.

II.

LOS PRIMEROS AÑOS DEL IMPERIO.

Una vez disuelta la Asamblea legislativa, el príncipe Luis Napoleón llegó á ser único dueño de la autoridad: de grado ó por fuerza toda oposición calló.—La tarea del nuevo dictador parecía trazada de antemano. Apoyado por los hombres de orden, por los enemigos de toda conmoción social, ¿no debía arrepentirse de sus faltas pasadas, de sus funestas tendencias, y seguir una política realmente conservadora? Así lo hizo; pero en la apariencia tan sólo y durante algunos años. En el fondo su política continuó siendo la misma que ántes, y mientras se jactaba de haber cerrado á la Revolución todas las puertas del edificio social, le proporcionaba los medios de minar sus cimientos.

Diferentes motivos le separaron de la vía conservadora que su deber y su interés le impulsaban á seguir; de todos ellos, el más poderoso era la pasión por el gobierno personal, que como puede recordarse, había recibido como un legado del prisionero de Santa Elena. Para tener á su lado las clases conservadoras é ilustradas, ó rodearse de ellas, le hubiera sido necesario otorgarles inmediatamente ese derecho de intervención en los asuntos públicos, y esa parte de autoridad política que dichas clases se manifiestan celosas de ejercer. Pero esto era caer en ese *parlamentarismo* que Napoleón detestaba: como su tío, no debía resignarse á semejantes concesiones hasta después de haber

arruinado por sus propias faltas el gobierno personal.

Hasta esta fecha juzgóse Napoleón único dueño del poder, y á fin de conservar su autoridad, creyó hábil dar satisfacciones insignificantes á los conservadores, reservándose para la época en que éstos manifestaran su descontento, el apoyo de la demagogia. Tal fué, en una palabra, la política de todo su reinado.

Napoleón, sin embargo, necesitó retardar tanto como le fué posible la explosión de este descontento de las clases ilustradas. Pero ¿de qué modo lograrlo sin conferirles alguna autoridad política? Arrojárdoles, como un cebo, y así lo hizo el Emperador, las especulaciones financieras, los medios de realizar rápidamente cuantiosas fortunas y los goces materiales.

Pocas épocas hay que sean tan tristes, bajo el punto de vista de la decadencia de las ideas morales; que estos primeros años del imperio, en la apariencia tan prósperos y brillantes. En ninguna época, si se exceptúa acaso aquella en que se planteó el sistema de Law, en la cual el mal adquirió raíces mucho más profundas; en ninguna época, repetimos, se vió semejante sed de especulaciones, ni un deseo tan grande de procurarse esos goces materiales que el oro facilita. «El ejemplo de lo que arriba acontecía, dice M. Delpit, había sido contagioso; cada cual deseaba tener su parte de bienestar; la ambición de la riqueza parecía haber reemplazado á todas las demás.» A cada momento, sin esfuerzo y sin trabajo, se realizaban las fortunas más cuantiosas. Vergonzosamente ganadas, sus dueños las consumían en dispendios vergonzosos: el lujo y la corrupción adquirieron así en muy poco tiempo un extraordinario desarrollo. El mal llegó á adquirir tales proporciones, que funcionarios adictos al imperio se alarmaron. Un respetable magistrado estigmatizó en un libro elocuente, á los que él mismo llamaba con harta exactitud *les manieurs d'argent*. Los tribunales persiguieron las sociedades más inmorales y á los especuladores más comprometidos; ¿pero cómo detener el torrente con tan débiles esfuerzos? En vano el Emperador, asustado á su vez, felicitó al autor de *les manieurs d'argent*; lo cierto es que la Bolsa continuó haciendo olvidar el Parlamento.

Todo llevó muy pronto el sello de esta depravación, y contribuyó á desenvolverla; el materialismo, propagado por todas partes, encontró defensores hasta en las cátedras, y á los progresos hechos por esta doctrina se debe ese rebajamiento de los espíritus y de los caracteres, que es uno de los signos más desconsoladores de la época presente (1); la

(1) Información sobre el 18 de Marzo, pág. 41.

(1) M. Delpit cita una prueba evidente de este rebajamiento de los

enseñanza secundaria y la primera enseñanza fueron igualmente viciadas. «Se protegía la inmoralidad en las artes y en las letras, dice M. Delpit; producciones que hubieran debido ser enérgicamente rechazadas, recibían distinciones y recompensas.» La prensa licenciosa había reemplazado á la prensa política, y las novelas inmorales ocupaban el lugar de toda otra clase de escritos. Sólo la religion hubiera podido detener el curso del mal; pero á cada paso se la vilipendiaba; el gobierno favorecía, ó, cuando ménos, toleraba los ataques más odiosos contra la Iglesia y el clero, á condicion de que fuese respetada la política imperial: aquello se llamaba la *válvula del régimen*. Es cierto que el Imperio, que no osaba romper abiertamente con el clero, hacía construir de vez en cuando suntuosas iglesias; pero en cambio no descuidaba nada de cuanto pudiera alejar á los fieles.

Después de haber corrompido á las clases acomodadas, la pasión del oro y de los goces inmorales llegó muy pronto á penetrar en las últimas capas sociales. ¿Cómo satisfacer desde este punto de vista al obrero que no sabe y no puede especular? Para conseguirlo, el gobierno debía inaugurar inmensas y fastuosas construcciones; así lo hizo, trasformando desde luego á Paris, trasformando después las grandes ciudades de Francia, y realizando, en suma, y en el corto espacio de algunos años, lo que hubiera debido ser la obra de muchos siglos. Para la ejecución de empresas de tanto coste, fué necesario atraer á la capital masas enormes de obreros. En otras ocasiones, los que venían á Paris á trabajar durante el estío, regresaban en el invierno á sus hogares, donde volvían á apreciar los puros goces de la modesta vida de familia: las legiones de obreros, que el Imperio atrajo á Paris, tenían ocupación en invierno y verano, lo mismo el domingo que los días de trabajo, y muchas veces de día y de noche. Arrancados para siempre de sus hábitos y tradiciones locales, trasplantados al centro de los placeres y de las pasiones revolucionarias, irritados al ver alrededor de ellos un lujo que no les era posible procurarse, pronto formaron un ejército dispuesto á todas horas para el motin. En vano se aumentaban sin cesar sus salarios; sus necesidades, sus apetitos crecían más aprisa que el precio de sus jornales; los mejor pagados eran los más corrompidos y los más descontentos.

No se limitaron á esto los deplorables resultados de los grandes trabajos del Imperio. No hemos de recordar aquí hasta qué punto gravaban nuestra

caracteres. Conocida es la reacción conservadora que estalló en todo el país en 1849, después de los desórdenes de Junio: nada hubo semejante en 1871, después de los espantosos crímenes de la Commune. La mayor parte de los hombres de orden no habían salido aún de su culpable apatía.

hacienda y entrañaban un aumento constante de los impuestos. Bajo el punto de vista social, que es el único que nos ocupa, sus consecuencias fueron todavía más desastrosas. En otro tiempo, las diversas clases de la sociedad, el rico y el pobre, el hombre de la clase media y el obrero, vivían en la misma casa ó, cuando ménos, en el mismo barrio; el habitante del primer piso era el protector nato del que habitaba en las buhardillas; cada casa, cada barrio formaban una vasta familia, y los más estrechos vínculos se establecían por esta fortuita confusión de todas las condiciones entre las diversas clases de la sociedad. La trasformación de las grandes ciudades ha venido á separar á los unos de los otros, confinando en barrios distintos al propietario y al obrero, al hombre acomodado y al pobre; ha destruido toda relación entre ellos y ha sustituido al sentimiento de sus deberes recíprocos, en los unos la indiferencia y el egoísmo, y la envidia y la cólera en los otros.

No nos separamos del asunto de nuestro estudio al insistir tan detenidamente sobre la corrupción que, desde el principio del Imperio, alcanza á todas las clases de la sociedad. Es ésta, en efecto, una de las causas principales de ese desenvolvimiento de las fuerzas demagógicas que tendremos pronto ocasión de reseñar. ¿Cómo, por ejemplo, no había el socialismo de llevar á cabo rápidos progresos en una nación así convertida en impía y materialista? Cuando un pueblo llega á creer que nada hay fuera de esta vida, que las penas y recompensas del otro mundo son una fábula, y que, en fin, la condición sola de la felicidad, el sólo fin del hombre es la posesión de los bienes materiales, ¿cómo no han de reclamar las clases desheredadas su parte en estos bienes materiales y en todos los goces terrenales? Y cuando reflexionaran que la propiedad y la herencia les privan de esa parte á que se juzgan con derecho, ¿cómo no han de pensar que esas instituciones son privilegios odiosos, injusticias sociales que es necesario hacer desaparecer? (1)

Grande es, pues, la responsabilidad del imperio, que tuvo por sistema de gobierno impulsar á todas las clases de la nación al culto de la materia para conseguir el bienestar y el placer. Esta responsabilidad, que hombres verdaderamente superiores habían hecho resaltar desde hace mucho tiempo, ha quedado más firmemente establecida que nunca por la información del 18 de Marzo y por el testimonio de los hombres más ilustrados é imparciales. No queremos hablar aquí de los publicistas ó de los filósofos; porque está en moda desdeñarlos como ideólogos, bien que la opinión de muchos de ellos, no-

(1) En 1789, dice con gran acierto M. Delpit, se trataba á nombre de los intereses morales; en cambio, ahora no se trata más que de los intereses materiales.

toriamente favorables al imperio, adquiere por esto singular importancia (1). Pero consultemos los hombres cuya situacion social ó cuyas funciones, ejercidas durante ó despues del Imperio, los han puesto en relacion con todas las clases de la sociedad; interroguemos, por ejemplo, los presidentes de los tribunales, procuradores generales, prefectos, empleados en la prefectura de policia, alcaldes de las grandes ciudades, etc., etc., cuyos testimonios y declaraciones constituyen una de las partes más importantes de la informacion del 18 de Marzo. Todos declaran unánimemente que esa fiebre de oro, esa pasion del bienestar y de los goces inoculada á la nacion bajo el segundo imperio, es la que ha armado á los hombres de la Commune, obreros ó burgueses, á los jefes ó á los simples soldados de los motines de Lyon, Marsella, Tolosa ó Narbona. Así, el prefecto del Aude escribe que los jefes de los alborotos de Narbona en 1871, eran sobre todo «gentes arruinadas, á quienes su juicio falso, la necesidad de *aparentar* y de *vivir cómodamente*, colocaban entre los revolucionarios.» El primer presidente del tribunal de Tolosa y el prefecto del Isère, atribuyen los desórdenes ocurridos en sus departamentos «al espíritu de *avaricia social*, de *envidioso odio* que anima á los obreros y la clase intermedia entre la burguesia y los obreros.» El prefecto del Ardèche, es todavía más explicito: «El terrible progreso de las ideas materialistas, favorecidas por el espectáculo de un lujo excesivo; *la corrupcion de las costumbres bajo un régimen que buscaba la popularidad por la excitacion y la satisfaccion de los apetitos*, y se imaginaba que se puede gobernar una nacion por la fuerza sola sin el auxilio y la prác-

(1) M. Baudrillart, por ejemplo, ha escrito en su interesante obra sobre *La Familia y la Educacion* líneas que son demasiado verdaderas para que dudemos en trascribirlas. Dicen así:

«Semejantes desórdenes, los del 18 de Marzo, aún cuando han estallado súbitamente, son la consecuencia de un mal ANTERIOR.

¿Qué clase, en efecto, ha podido juzgarse exenta de éste al verificarse la insurreccion? ¿Cuán necesario no era armonizar las costumbres morales de la clase trabajadora con su ganancia material? Las exigencias habían aumentado en una medida muy superior á los medios de satisfacerlas. Por un efecto natural de toda alza demasiado brusca de salarios, tanto como por la continuacion del mal espíritu que reinaba, la dilapidacion había encontrado más estímulos en el aumento súbito de recursos, que en el espíritu de economía. Una gran parte de la clase obrera, la que más provecho obtuvo con el desenvolvimiento de los grandes trabajos, había adquirido durante mucho tiempo hábitos frívolos y derrochado sus ganancias en consumos poco productivos, muchas veces groseros, y tanto más refinados, cuanto menos lo hubiera permitido la justa apreciacion del estado en que se encontraban quienes así procedían. De antiguo ya se denunciaba la existencia de un desmedido orgullo y un no menor afán de goces materiales en cierta parte de las clases ricas ó acomodadas. El gusto de lo aleatorio, el juego, la especuación que quiere los provechos fáciles, como los obreros quieren los salarios fáciles, son también faltas que pueden achacarse á las clases más elevadas. Es fácil ver qué parte les corresponde en esta revista de vicios que podría holgadamente denominarse la de los siete pecados capitales.

(*La familia y la educacion*, páginas 13 y 14.)

tica de las ideas morales; *las complacencias calculadas del poder por eso que llamo la LA DEMAGOGIA ECONÓMICA*; todas esas circunstancias habían preparado singularmente el terreno para las malas semillas. No es, pues, de admirar que hayan fructificado de una manera tan rápida y completa (1). M. Delpit resume esta situacion en una frase tan enérgica como concisa. «El deseo inmoderado del bienestar y de la fortuna, dice, se elevó á la altura de un peligro público.»

A los que objeten que muchos de estos testimonios emanan de hombres poco simpáticos al Imperio se puede responder citando la opinion, no ménos clara, de antiguos funcionarios de aquel régimen. M. Claude, que ha sido durante más de treinta años jefe de servicio de seguridad en la prefectura de policia, declara, en la informacion, que atribuye los acontecimientos del 18 de Marzo «á las malas disposiciones de la poblacion, al afán de la mayor parte de las gentes de vivir mejor que lo que era posible dentro de sus condiciones;» y añade más adelante: «*bajo el Imperio, el número de los malhechores aumentaba sin cesar, á CAUSA DE LA AVIDEZ DE BIENESTAR Y DE PLACER QUE SE BUSCABA* (2).»—M. Nusse, jefe de la policia municipal, bajo el Imperio, no se muestra ménos severo con aquel gobierno.

De todos los testimonios que podríamos citar, uno de los más dignos de atencion, sin duda alguna, es el del malogrado M. Cochin, prefecto del Seine-et-Oise. Citaremos algunas líneas de él, en las que se condensan con la precision y la elocuencia habituales del autor, las quejas que los conservadores deben tener contra el Imperio.

«La sociedad regular, dice, subsiste por el concurso de tres ó cuatro grandes fuerzas morales que han sido completamente quebrantadas bajo el Imperio.

»Las creencias y la religion enseñan á respetar el orden social; la conducta y el ejemplo de las clases que gobiernan y que poseen, conducen á amarlo; los progresos de la instruccion en todos los grados le hacen comprender de dia en dia, y el prestigio, la fuerza y la justicia del gobierno encargado de aplicar las leyes sirven para hacerlo temer. Si en el seno de una gran libertad toda una nacion llega á temer, á comprender, á amar y á respetar el orden social que le protege, el ideal político será conseguido. No hay necesidad de probar estas verdades generales.

»Además, bajo el gobierno imperial, *la religion y las creencias han estado entregadas al desprecio: las clases influyentes y la autoridad pública han per-*

(1) Véanse también los testimonios de M. M. Denormandie, Bellaignes y la mayor parte de los magistrados, cuyas declaraciones constan en la informacion.

(2) *Informacion sobre el 18 de Marzo*, p. 264.

didó toda consideracion; el nivel de la instruccion superior ha descendido, mientras que el teatro, la prensa, la tribuna y la difusion del lujo corrompian los espíritus, y mientras que *la instruccion primaria, cada vez más extendida, estaba esterilizada por la agitacion política y la direccion impía de los maestros.* En fin, el gobierno ha procurado por todas partes, y esto es demasiado sabido, excitar en su provecho, en provecho de su política y contra los fabricantes ó los propietarios, á los obreros y á los campesinos, armados del sufragio universal absoluto, sin límites, dirigido por todas las fuerzas reunidas de la administracion, separado de su verdadero fin y rebajado con las intrigas electorales.

»Sin insistir más de lo que parezca conveniente, puedo proclamar como una verdad de evidencia absoluta, como lo es á mis ojos, la de que el Imperio ha dejado la religion abatida, las más altas clases sociales sin virtud y sin prestigio, la autoridad despreciada, los ciudadanos divididos, el estado intelectual y moral de la nacion en descenso.

»El partido del desorden debía sacar y ha sacado, en efecto, de ese estado moral, una fuerza incalculable. El sufragio universal ha puesto en sus manos un arma política colosal; la aglomeracion de obreros y de gentes sin hogar; nómadas, de todas las procedencias en Paris, le ha suministrado un campo de operaciones inmenso.»

Así, al término de algunos años de Imperio, el país que parecía haber llegado en la apariencia al más alto grado de prosperidad, estaba bajo el punto de vista moral y social en una situacion alarmante. Las clases más distinguidas de la Francia habían sido aniquiladas como cuerpo político; una parte de sus miembros se dejaba arrastrar por la corriente del materialismo, no procurando otra cosa que el logro de la fortuna y la satisfaccion de los placeres; los otros, en odio al Imperio, se aproximaron á los radicales, y muy pronto contrajeron con ese partido peligroso una alianza funesta que muchos no han roto aún.—En cuanto á las clases obreras, á pesar del aumento incesante de salarios, su descontento era cada dia más acentuado y se traducía ya por esos deseos de una conmocion social, por esas tendencias marcadamente revolucionarias que el Emperador se jactaba de haber suprimido para siempre, despues del golpe de Estado. En 1862, un respetable diputado, cuya moderacion es indiscutible, M. Plichon, trazaba en el cuerpo legislativo un cuadro hártó sombrío de la situacion interior de la Francia, y aseguraba que las pasiones que habían alarmado la sociedad en 1848, iban despertando. «El mal ya hecho es grande, añadía; no tardará en adquirir proporciones inmensas, y el gobierno será su primera victima.»

Hasta aquí las causas *morales* que trajeron la re-

surreccion del socialismo y de las pasiones revolucionarias. A partir de 1860, la reconstitucion y el desenvolvimiento de las fuerzas demagógicas se apresuraron, merced á causas *políticas*, dignas de llamar por un momento nuestra atencion.

(Continuará.)

ANATOLIO LANGLOIS.

(*Le Correspondant.*)

INVESTIGACION MITOLÓGICO-HISTÓRICA

SOBRE

MOISÉS Y LAS «DIEZ PALABRAS» LEYES DEL PENTATÉUCO.

De dos cosas cuidaban principalmente los antiguos legisladores al formar y disponer sus leyes. En primer lugar, era preciso que éstas excitasen en el pueblo la atencion necesaria, y despues, que no fuesen olvidadas en todo ó en parte. Para lograr lo primero, es decir, para que el pueblo aceptase y observase desde luégo los nuevos preceptos, emplearon todos los antiguos compiladores y ordenadores de leyes, con la más completa uniformidad, muy natural por otra parte, el medio de atribuir éstas á un Dios ó á un héroe mítico, generalmente reverenciado, que no suele ser sino una nueva imagen de otra divinidad más antigua (1). Con efecto; difícilmente se encontrará un pueblo civilizado que no haya referido sus más antiguas instituciones á un dios ó á un héroe mítico primitivo (Manu, entre los indios; Minos, entre los cretenses; Mneues, entre los egipcios, etc.). Cuanto más iban perdiendo estos héroes primitivos su originaria naturaleza divina, y á medida que en la memoria de los pueblos se transformaban en personajes históricos, tanto más indispensable se hacía que las leyes promulgadas en su nombre recobrasen el prestigio de nuevas divinidades. Hé aquí por qué Manu hubo de recibir sus leyes de Brahma ó de Vischnu; Minos las suyas de Zeus (el cual, como el Toro-celeste que se casa con la Vaca-tierra, Io, Europa, es originariamente idéntico al llamado Minotauro), y de Thout las atribuidas á Mneues. Esta singular coincidencia en las ideas de pueblos, tan diversos entre sí, no pudo ménos de llamar la atencion de los antiguos. Ya el siciliano Diodoro, contemporáneo de César, al ocuparse de las leyes egipcias (I, 94), compara á Mneues (Μνεύης), que pretendía haberlas recibido de Hermes (Thout), con el Minos cretense, con Licurgo espartano, que suponía recibidas las suyas de Apolo,

(1) V. K. Simrock, *Deutsche Mythologie*, pág. 464.

y con el judío Moisés, cuyas leyes afirmaba haberle sido dictadas por su Dios «Jao» (παρὰ δὲ τοῦ Ἰουδαίου Μωσῆν τὸν Ἰαῶ ἐπικαλούμενον θεόν), cuando dice terminantemente que «todos los pueblos de la antigüedad hicieron de igual modo autor de sus primeros códigos á una divinidad, á fin de que los pueblos se sometiesen á los mismos con mayor respeto.»

I.

EL LEGISLADOR.

En cuanto concierne á la persona de Moisés, está aún abierto el proceso. En general, la crítica no siempre se ha inclinado á ver en él un personaje histórico. Por lo ménos, no puede dejar de llamar la atención la circunstancia de hallarle representado en las antiguas esculturas con dos cuernos (transformados más tarde en los consabidos rayos de luz). Con los mismos cuernos de toro está representado Osiris en la tabla bembica (ó isica). Como toros aparecen además, no sólo Zeus y Minos, sino que es muy probable que el Mneues de Diodoro sea también el mismo toro negro citado por diferentes escritores, el Mneuis (Μνεῦις; véase, entre otros, Jablonski, *Panth. Aegypt.* II, pág. 267), que fué reverenciado en Heliópolis. Otro toro negro, el Apis reverenciado en Memphis, era considerado como la envoltura mortal de Osiris, y por esto, sin duda, fué llamado despues de su muerte Osorapis (Ὀσοραπίς, de donde, por una mala inteligencia del griego, se formó primeramente ὁ Σάραπις, y despues, entre los romanos, Serapis). En Heliópolis (On), en el bajo Egipto oriental, es indudable que las tribus hebreas que allí fijaron su residencia estuvieron muy pronto en relacion con los naturales, de tal modo, que precisamente «la hija del sacerdote de On» pasa por la primera madre de los Ephraimitas y Manassitas V. Gén. xli, 45 y 50).

Ahora bien; si, del mismo modo que las creencias posteriores transformaron los antiguos dioses en héroes, es decir, en hombres, y nuevas divinidades comunes, ocupaban el puesto de aquellos, el toro Minos hubo de recibir sus leyes del toro celeste Zeus, es preciso convenir que existe una grande analogía entre aquél y Moisés. Procede éste, segun la tradicion, del Egipto, de Memphis ó de Heliópolis, aunque en el Éx., II, no se expresa, se infiere que sería de una de estas dos capitales, que al mismo tiempo eran el centro del culto del toro (V. Éxodo II, 5). Se dice (Éx. VI, 20) que fué «hijo de Jochebed.» Este nombre está, sin duda, hebraizado (1).

(1) Si el nombre «Jochèbed» puramente hebraico fuese quizá equivalente á «Jahveh (Jehová) es (mi ó su) gloria», entónces quedaría demostrado, entendida esta palabra como realmente histórica, que el nombre de Dios Jahveh (Ió) era ya usual ántes de Moisés (Éx., III, 13 y siguientes).

M. Uhlemann (Handb. der aegypt. Alterthumskunde, III, pág. 158) prueba que su forma primitiva egipcia era *Joh-bait*; es decir, «luna-palmera.» La palmera (en egipcio *bai, bait, bêt, beni*; en hebreo *thâmâr*) pertenece á esa clase de árboles delicados ó vigorosos (ciprésés, pinos, terebintos, olivos y otros), que para la madre tierra, generadora de toda fertilidad, eran muy especialmente sagrados, y que por lo tanto se encuentran repetidos hasta la saciedad, así en el culto de Cibeles, Isis, Letona, etc., como en el de la Ascherah hebrea (diosa de la floresta). En comprobacion de esto, mencionaré únicamente, que bajo una palmera nacieron de Letona, Apolo y Artemisa (Callimach. hymn. in Del.), de una palmera (*Thamar*, Gén., xxxviii, 13 y siguientes) desciende el héroe principal de Judea. De un árbol de mirra nació Adónis (*Ovid. Metam.*, X, 298). Bajo un olivo estaba la «vaca blanca» *Io*, cuando el toro celeste se unió á ella (*Apollod.*, II, 1, 2; *Ovid. Met.*, I, 624); bajo un alerce vió Europa por primera vez al mismo toro en forma humana (*Plin.* XII, 1, 5). Bajo un terebinto (en hebreo «*êlôn*» y «*allôn*», traducido por Lutero «encina», en plural «bosque») fué «visitada» Sarah por Jahveh (comp. Gén., xviii, 1, 4, 8 y 14, con Gén., xxi, 1). Bajo un terebinto también descansan en su tumba Sarah (Gén., xxiii, 17 y 19) y Débora (Gén., xxxv, 8).

Ahora bien: de los antiguos era ya conocido que el Isis egipcio y el *Io* argivo significaban exactamente lo mismo. *Io* al pasar á Egipto fué reverenciado bajo el nombre de Isis (*Schol. Eurip. Phoen.* 633). Segun *Eustath.* en *Dionys. Perieg.* 92, los argivos nombraban á la luna exactamente lo mismo que los egipcios, esto es, «*Io*» (en egip. *ioh*). En realidad, así la «cornuda» Isis, como la «vaca blanca» *Io* y la «cornuda» Astarte son para fenicios y hebreos no solamente la madre-tierra, sino también la diosa «cornuda» Luna. A mi juicio, pues, el *Joh-bait* egipcio puede traducirse con rigurosa exactitud por la «diosa Luna (*Io, Isis*) de la Palmera.» Ciertamente que los egipcios formaban de ordinario su genitivo, empleando la partícula *en* ó *em* (por tanto, *ioh-embait*, Luna de Palmera), pero también podían servirse al efecto (como los semitas) de la antigua construcción sin partícula.

Si, pues, el «*Io* de la Palmera» pasa por la madre de Moisés, no está fuera de su lugar la presunción de que su padre sea aquel mismo dios celeste considerado como toro. En el Éx. VI, 20 se le llama *Amrâm*. El nombre pudiera ser hebreo, y si consideramos que los hebreos frecuentemente tomaban palabras y nombres propios extraños, acomodándolos á su idioma y dándoles un sentido hebreo, permitido ha de sernos el pensar que en este caso sucedió lo mismo. Ahora bien, el dios principal de Heliópolis era justamente *Amon-Ra*, el dios del Sol,

que, al encarnarse, tomó la forma de aquél «toro negro» que tenía allí su asiento.—Supuesta, pues, la exactitud de nuestro razonamiento, habremos de convenir que en Moisés tenemos ya un dios, hijo del Sol y de la madre-tierra, que también es la diosa Luna. Hay, sin embargo, en su ser muchos más rasgos característicos que exigirían otras numerosas consideraciones de analogía. Desgraciadamente no es posible tocar aquí sino á la ligera lo más culminante, pero remito al honorable lector á mi extensa obra, recientemente publicada acerca de «die Mythologie der Ebraeer in ihrem Zusammenhange mit den Mythologien der Indogermanen und Aegypter.»

Cuando Moisés debe nacer, ordena el «rey» del país una muerte general de niños (Ex. i, 22). La misma orden de matar niños se repite en el nacimiento de Jesus (segun Mat. ii, 16; Márco y Lucas no hablan una palabra de esto). También cuando *Krischna*, el hombre hecho dios de los indios, nace en Mathura, dispone el «rey» Kansa que sean muertos todos los niños de esta ciudad, porque sabe que aquel ha de causar su ruina (segun el cálculo de Col. Wilford, que reconoce en esto un hecho histórico, aconteció 1.300 años ántes de Cristo). El «Kronos» griego devora asimismo á todos sus hijos porque, por una profecía de Urano y Gaia, sabe que uno de ellos (Zeus, segun se indica más tarde) le destronará. Cierta es que, al parecer, los egipcios nada saben de semejante mortandad de niños; pero, cuando Osiris, el nuevo «Señor de todas las cosas» debe «salir á luz» juntamente con sus cuatro hermanos, el antiguo «Rey de los dioses» Helios (Ra) pronuncia la maldición de que Rhea, la madre de aquellos niños, no pudiese parir en «ningun mes ni año» y sólo, mediante el hábil cálculo de Thout que inventó los cinco días del año bisiesto egipcio, se hizo posible el nacimiento (Plutarco, Hist. 12).

De la coincidencia de todos estos relatos es fácil deducir que no se trata de hechos realmente históricos, sino de un primitivo mito religioso. Esto se hace aún más notorio si examinamos con mayor detención las circunstancias particulares de cada caso, por ejemplo, la muerte de los niños egipcios. En primer lugar no es siquiera concebible que haya habido en Egipto—país que disfrutaba de una seguridad y orden legal como apenas ningun otro de la antigüedad,—rey alguno con autoridad bastante para hacer ejecutar una orden tan arriesgada é impracticable como la de que se trata. Segun el Ex. i, 22, se refería ésta á «todo el pueblo» del reino, por consiguiente comprendía también á los egipcios, si bien el v. 16 la limita á los súbditos de la raza hebrea. Pero, aún aceptando como exacto esto último, surge inmediatamente la cuestión: ¿qué funcionarios fueron encargados de la ejecución de la orden, y quiénes de vigilar sobre su cumplimiento? Que los mis-

mos padres matasen á sus propios hijos no es de suponer. ¿Acaso las dos parteras mencionadas en el v. 15 serían las encargadas del asunto? ¿De dónde sacaba el rey un ejército indígena bastante poderoso para llevar á efecto violentamente esta mortandad general de niños en medio de un pueblo compuesto de 600.000 hombres en estado de llevar las armas? (Ex. xii, 37; Núm. i, 46). Sabido es que para los hebreos nada era, ni aún la propia vida, tan importante como el logro de descendencia, «la resurrección de un nombre» (comp. Ruth iv, 5 y otros pasajes). Además, para que un pueblo de beduinos tan belicoso (comp. entre otros, Gen. xiv, 14 y xxxiv, 24; que los hebreos continuaron en Egipto haciendo vida nómada y por tanto «beduinos» se infiere del Gen. xlvii, 3 y siguientes y Ex. iii, 1) se dejase arrebatarse sin una tenaz y sangrienta resistencia cuanto les era más caro, su propia descendencia, era preciso suponer en ellos la mansedumbre de corderos. Sin duda que para los egipcios hubiera sido mucho más fácil el expulsar sencillamente del país á sus huéspedes semitas.—Si una medida semejante, sólo en parte, hubiera recibido ejecución, forzosamente habría exacerbado el inextinguible odio de raza entre ambos pueblos. Sin embargo, nada de esto se advierte en toda la historia antigua de los hebreos. Por el contrario, desde los más remotos tiempos, se realizan ya recíprocos casamientos entre hebreos y egipcios, de cuyas uniones proceden tan poderosas como distinguidas familias hebreas (comp. por ejemplo, Lev. xxiv, 10; I Cron. ii, 34 y siguientes). Justamente una de las primeras y más poderosas reinas de Juda-Israel fué una princesa egipcia (I Reyes iii, 1). Solo más tarde, cuando surgieron las contiendas belicosas entre ambos pueblos (primero bajo Rehabeam con motivo de su sucesión al trono por no ser hijo de aquella egipcia sino de una amonita; comp. I Rey. xiv, 21 y 25) nació aquella animosidad contra los egipcios que produjo las escenas de crueldades y vejaciones que la tradición conservó por largo tiempo.

Llega ulteriormente Moisés, tierno niño aún, flotando sobre la corriente en una barquilla sin remos (también se llama arca, en hebreo *Thebâh* como el «arca de Noé»; Ex. xi, 3), para después, ya adulto, traer á su pueblo buenas leyes é instituciones, en una palabra, la salvación. En las primitivas tradiciones germánicas se reproduce este mismo hecho con corta diferencia. Segun el poema de Beowulf (canto 1.º), Scefing Scild, siendo muy niño, viene flotando sobre el mar en una frágil barquilla para partir de allí, al fin de sus días, en un barco sin remos. Segun Adhelwerd y Guillermo de Malmesbury (comp. H. Leo, Beowulf, pág. 20) Scef ó Scef (sin duda el padre de Scefing Scild), es arrojado, siendo aún tierno infante, sobre las costas de Scandia ó

Scani, en una barquilla sin remos; es acogido allí benignamente, y más tarde hace como rey la felicidad del país. Según Paulus Diaconus (I, 15; Leo, página 32), Lamissio, fundador de la dinástica Longobarda, procede también del agua. Una *meretrix* (debe entenderse sirena, nereida, ondina) dió á luz seis hijos que arroja al mar. A la sazón, pasa por allí á caballo el rey Agelmund, tiende sobre el agua su lanza, y salva á uno de los niños, justamente al citado Lamissio. Sin tardanza es entregado á una nodriza, y prospera tanto que, á la muerte del rey, puede empuñar las riendas del gobierno. Tenemos, pues, aquí, muerte de niños y llegada del legislador (rey) por agua.

El legislador indio Manu (Vaivasvata), que al mismo tiempo es el primer padre del género humano, aparece navegando sobre las olas (Wollheim da Fonseca, *Myth. des alten Indien*, pág. 27). Lo mismo hace Noé, padre del linaje humano y fundador de las primeras leyes y cultura hebraicas (Gén. IX, 6 y 20). Con la tradición de Noé concuerda, asimismo, casi literalmente, la leyenda asiria de Sisit, que J. Smith ha descubierto entre varios trozos de planchas halladas en las ruinas del palacio de Asurbanibab (Sardanápalo, según E. Schrader, «*die assyrisch-babyl. Keilinschriften*» in *Z. der D. M. G.* xxvi, pág. 120). Igualmente que los legisladores hebreos Noé y Moisés, procede también del agua Oannes, el iniciador de la cultura y de las primeras leyes entre los caldeos (Heine, *Berosus*, pág. 53: *Apollod. Fragm.*, pág. 409). Es cierto que no viene en un barco, puesto que él mismo es medio hombre y medio pez. Todavía después de éste salen del agua otros seis legisladores divinos, y por cierto del mismo mar Rojo de donde Moisés ascendió á la «montaña de la ley». También el indio Vaivasvata no es sino uno de los siete Manus que en remotas y diversas épocas aparecieron sobre la tierra para traer la salvación á los hombres (Wollheim da Fonseca, pág. 92). Asimismo el longobardo Lamissio es uno de los siete hijos de la «meretrix». Entre los griegos tenemos á los siete Heliadas, los sabios hijos de Helios y de la ninfa Rhodos, que, ascendiendo del seno del mar, hacen su primer sacrificio á Athene, es decir, á la madre tierra (Diodor. v, 55 y 56) sobre la que desciende una «lluvia de oro» que fertiliza su patria. Al parecer entre los hebreos existió también la misma tradición y fué oscurecida más tarde. Sólo un legislador, Josué (comp. Jos. xxiv, 25 y siguientes) sale del agua (del Jordan) con el arca de la ley (Jos. iv, 16). Sin embargo, en mi concepto hay que reconocer en los Jueces los cinco siguientes: Thola, Jair (Juec. x, 1-5), Ebzan, Elon y Abdon (Juec. xii, 8-15), de los cuales nada sabemos sino sus nombres y alguno que otro dato problemático. Que aquí de modo ninguno tenemos que ha-

bérmolas con personajes históricos es para mí de todo punto indudable. En corroboración de esto, milita, entre otras, la indicación de los treinta (ó setenta) hijos que cabalgan sobre otros tantos asnos, la cual se repite hasta tres veces en los mencionados Jueces. Sabido es que las divinidades neptúnicas de los griegos,—todas más ó menos sabias (pronuncian oráculos, es decir, leyes),—se distinguieron también por su numerosa prole. (Okeanos tiene, según Hesiodo, Theog. 337 y siguiente, sobre unos tres mil hijos y otras tantas hijas; Nereus tiene cincuenta hijos; Aigyos, esto es, el Nilo, cincuenta hijos). El egipcio Dios-Nilo, Hapinou, tiene diez y seis hijos; al ménos en el cuadro de Creuzer (*Symbolik*. II, 4. lám. 7) juegan en torno suyo hasta diez y seis muchachos (v. Uhlemann, II, 181).

Osiris, sobre todo, se parece tanto más á Moisés, cuanto que también al principio del «libro de los muertos» se llama á sí mismo «Juez» y «conservador de la ley» (Uhlemann, II, pág. 76; Plutarco, Hist. 13, dice expresamente que Osiris, al inaugurar su reinado, dió leyes al pueblo), pasa por el fundador y propagador de la cultura, y como él flota sobre el agua dentro de un arca. Typhon, su hermano y enemigo, le encierra, no siendo ya niño, sino jóven, dentro de un arca que arroja al Nilo. Desciende ésta por el río, y desembocando en el mar, llega hasta Byblos, en donde permanece suspendida entre unos arbustos (como el arca de Moisés en los juncos del Nilo). Allí le encuentra, tras largas pesquisas, Isis. Llevado de incógnito á Byblos, fué recibido por la reina (la princesa egipcia de la tradición de Moisés) como nodriza de su hijo (justamente como allí la «madre» de Moisés). Es digno, pues, de notar que en ambas análogas tradiciones se cambian las nacionalidades. En la una la princesa es egipcia, el niño hallado y su nodriza semitas (hebreos); en la otra, por el contrario, la reina semita (fenicia), el niño encontrado y la nodriza egipcios (comp. Plut. Hist. 16).

Al Osiris egipcio corresponde entre los griegos Dionysos. Á los dos se atribuye el establecimiento y propagación de la cultura en países extraños. Ambos son especialmente iniciadores del cultivo de la vid. También Dionysos procede del mar; y en la tradición del Bakchos beoccio no falta la consabida muerte de niños. El pequeño Dionysos debe ser educado en casa del «rey» Athamas y de Ino. Hera hace perder la razón á ambos hasta el punto de que intentan matarle juntamente con sus hijos. Bakchos, sin embargo, es salvado por Hermes y llevado (por mar) á la ciudad de Nysa, Asia, en donde (como á Dionysos) le educan los niseidas (Apollod. III, 4, 3). El Bakchos laconio, por el contrario, es encerrado con su madre en un arca y después son arrojados al mar. La madre sucumbe en el camino;

pero el niño es arrastrado en este «barco sin remos» hasta la costa de Oreatis, en la Laconia, en donde fué criado (Pausan., III, 24). Que el Bakchos, ya adulto, llega, como Noé, en su barco con gran séquito de hombres y animales, apénas hay necesidad de indicarlo. Osiris y Moisés, por el contrario, marchan con un grande ejército para someter á la cultura (á la ley) lejanas tierras.

Así como los diversos pueblos de Grecia tenían sus respectivas tradiciones de Bakchos, otro tanto acontecía entre los hebreos. La tradición sobre el invento del cultivo de la vid y sobre la llegada de Noé en un barco, corresponde, sin duda, á las tribus setentrionales, cuya comarca (particularmente la fértil llanura de Jezreel), se prestaba al cultivo de la vid y además se extendía hasta el mar (v. Génesis, XLIX, 13). Moisés pertenece, por el contrario, á las meridionales, á las tribus de beduinos que habitaban el interior del desierto, especialmente á los levitas. Estas pobres y rudas tribus, que vivían en el desierto únicamente del pastoreo y de la rapiña, no conocían el vino. Quedan satisfechos cuando su héroe, tan beduino como ellos, en el buen y mal sentido de la palabra, les proporciona el agua de una roca (Ex., XVII, 6; Núm. XX, 8). Moisés lleva una vara, lo mismo que Bakchos (la vara de Thyrsos), y Osiris (v., entre otros, Ex., VII, 20; XVII, 5, 6 y 9). También se designa ésta (Ex., XVII, 9) con el nombre de «vara de Dios» (en heb. *mattēh hā-elōhīm*; es decir, «vara de los dioses» ó «de Dios» con el artículo, de modo que aquí la palabra *elōhīm* no aparece todavía como nombre propio). Las varas de Osiris y Bakchos son verdes, es decir, que están coronadas de ramos de hiedra ó de pámpanos. De la vara de Moisés no sabemos nada, pero de la de su hermano Aaron (Núm. XVII, 8) nos consta por el v. 10 y por la Ep. á los Heb., IX, 4, que fué guardada en el tabernáculo del templo de Jahveh. Ya Plutarco (Sympos, IV, 6, 671), advierte la gran semejanza que hay entre las fiestas judías de los tabernáculos y las de Bakchos. Según él, los judíos, en esta ocasión, llevaban al templo ramas verdes y varas de «thyrsos.» (Ἔστι δὲ καὶ κραδηφορία τις ἑορὴ καὶ δυσσοφορία παρ' αὐτοῖς, ἐν ἧ δύρσους ἔχοντες εἰς τὸ ἱερὸν εἰσίσσιν). Confirmado se halla esto por el Lev., XXIII, 40, 2. Makk., 10, 7 y Ez., 8, 17, en donde el profeta vituperá esta práctica. Como ἱερὸς λόγος para esta «*Thysophorie*» puede consultarse Núm., XVII, 9 (24) y siguiente.

La vara floreciente aparece despues en la «Palma Christi» (qīqājōn) de Jonás (Jon., IV, 6; Lutero traduce: árbol de la calabaza ó calabacera). Este profeta viene por mar del mismo modo que el Oannes caldeo, para dar leyes á la ciudad de Nínive. No tiene, ciertamente, la forma de pez, pero en cambio sale del cuerpo de un cetáceo. Así como Jonás

y Oannes traen sus leyes del mar, así también Vischnu, y por cierto en forma de pez, vuelve á buscar en el mar el código (los Vedas), que un demonio arrebató al meditabundo Brahama (Wollheim da Fonseca, pág. 38).

Segun toda una serie de tradiciones, el jóven héroe, el hijo de Dios, que es la ley encarnada, viene sobre las ondas, no en un buque, sino traído por otro Dios (ó Gigante), de igual modo que Josué III, 11 y siguientes, pasa el Jordan en hombros de los sacerdotes el «arca de la alianza.» Moisés, segun Ex. IV, 20 (comp. con el v. 25, en donde únicamente se trata de un hijo, y con el cap. II, 22, en donde el texto hebreo tampoco habla sino de un hijo), lleva sus hijos á Egipto, no por sí mismo, sino montados en un asno. La misma idea se reproduce con Jesus, por más que Mateo (II, 14 y 21) no menciona siquiera el asno y, en cuanto á los demas Evangelistas, desconocen completamente la expedición á Egipto. También Seilenos, padre adoptivo de Bakchos, lleva en sus brazos á su pequeño pupilo (p. ej. en el grupo de la villa Borghese). Merece notarse que también en la expedición de Moisés á Egipto con su hijo, hay por lo ménos la amenaza de muerte contra el niño (Ex. IV, 23 y 24).

El Krischna indio se salva de la muerte infantil porque Vasudeva se le lleva por las aguas del Jamuna (Wollheim da Fonseca, pág. 59). Así lleva el Thor setentrional al jóven Oerwandil desde el Norte al lado opuesto de los torrentes helados del mundo primitivo (Daemisaga 59). A este Oerwandil corresponde el Orendel de la tradición heroica alemana, de quien sabemos, por los poemas de la alta Alemania central, que navegó con el «vestido santo» (hasta Tréveris) por el mar de Wendel. En el prólogo del antiguo libro de los héroes, Orendel es designado con el nombre de Erendelle, en el del compendio de Hagen, pág. 2, con el de Ernthelle, de donde se formó Ehrentell, el valeroso marinero y héroe nacional de los suizos (Simrock, Myth. 243), que encuentra por fin su muerte al salvar un niño de las ondas del torrente.—Entre los griegos Orion conduce por mar sobre sus espaldas al niño Kedalion, que va al encuentro del Sol (Eratosth. 32).

Es sobre todo clara y precisa la tradición del gran Cristóforo (v., entre otros, el poema de Fr. Kind). El gigante lleva al niño, que justamente es el «Salvador del mundo,» por medio del torrente. Tampoco falta aquí la vara floreciente. Cristóforo la clava en tierra, y como la palma de Jonás, basta una sola noche para que broten de ella hojas y flores. También Hermes, que salva por mar al jóven Bakchos conduciéndole á Nysa, lleva una vara rodeada de «serpientes» (es decir, sarmientos). En la tradición de Tell la vara se convierte en pértiga de la que pende el sombrero que, por cierto, también

es peculiar del viajero celeste Hermes. Apenas es necesario recordar aquí el árbol de la libertad francesa que, rodeado como un Thyrsos de flores y ramas, lleva el gorro frigio. Es muy digno de notar que el ciprés, entre los persas, símbolo sagrado de la madre tierra y del eterno germen de vida que de ella brota, que se planta con preferencia sobre los sepulcros, y que por Zoroastro fué plantado delante del templo del fuego, pasa muy especialmente por el árbol de la libertad. Hafiz en la sétima oda de Nun, dice: «Talab âzâdf zi serw i cemen,» esto es, aprende libertad de los cipreses del jardín.

El episodio de la muerte de los niños falta en la última de las mencionadas tradiciones, únicamente en la apariencia. Sus huellas, sin embargo, se dejan reconocer. Orion y Tell son famosos en el concepto de buenos tiradores (cazadores). Tell, por orden del gobernador de la provincia, que aquí hace las veces del «rey» cruel, apunta sobre la cabeza del muchacho. El mismo Orion es muerto por este medio, siendo Artemisa la que dispara por mandato de su hermano Apolo (Hygin. Astron. II, 34). En la tradición setentrional de Wiltina (c. 27), Eigil, padre de Orendel (según el poema de la alta Alemania central), apunta sobre la manzana colocada en la cabeza de su hijo, de tres años, y por cierto en virtud de la orden del «rey» Nidung. El padre de Eigil y del «herrero» Willand, es el feroz Wate; de quien la tradición wiltina refiere que atravesó vadeando el «estrecho de Groeninga» con su hijo Wieland sobre las espaldas (v. Simrock, Myth., pág. 242). El poema lírico Gudrun refiere, por el contrario (aventura 29), que, después de la toma del castillo de Cassiana, mata á los niños casi en la cuna. El mismo gran Cristoforo recuerda también estos «tiros» (es decir, muertes de niños), cuando más tarde, al servicio del diablo, tira sobre el «Hijo de María» pendiente de la cruz.

Cuando, andando el tiempo, Moisés descendió de su divinidad y se convirtió en un héroe humano, en razón á que la idea de Dios se había modificado y ensanchado, fueron referidas, como ya se ha dicho, las leyes que llevaban su nombre al nuevo «Dios supremo» (Salm. xcvi, 7, 9), al «Juez de los Dioses» (Comp. salm. lxxxii, 4, en donde Elóhín, sin artículo, representa un nombre propio que significa lo mismo que Jahveh). También esta nueva personificación de la idea de Dios aparece todavía en su origen como el toro. El culto de Jahveh, como culto del toro, existió, no sólo en el reino setentrional hasta su ruina, y aún algo después (Comp. Rey., xii, 28 y siguiente, con Rey. xvii, 16, 28, y xxiii, 15 y siguientes), sino también entre los beduinos meridionales del desierto, quienes, de ordinario, propendían más á considerar espiritualmente la idea de Dios (Ex. xxxii, 4 y 5, dice expre-

presamente que el culto del toro es una «fiesta» de Jahveh). Que el Ephód (traducido siempre por Lutero «Leibroek» (1); como en otros pasajes, indudablemente con razón, ἐπιωμίς, escapulario) mencionado en los Juec., viii, 27; xvii, 3-5, y xviii, 14, era también la imagen de Jehová en forma de toro, está hoy generalmente reconocido (Comp. De Wette, Hebr. Archæologie, 3.ª edición, páginas 341 y 249). El culto ortodoxo posterior conservó también en el querubín la primitiva imagen del toro. Que el querubín era un toro en lo esencial se infiere claramente, entre otros pasajes, de Ezeq., i, 10, en donde los cuatro coros de hombres, leones, águilas y toros corresponden á los cuatro coros de hombres, leones, águilas y querubines de Ezeq., x, 14. Hé aquí por qué no siempre deben tomarse como figuras poéticas, arbitrariamente elegidas, los pasajes en que se designa el trueno como la voz de Jehová, que «desgaja los cedros,» «conmueve el desierto» y se «propaga sobre las olas» (Salm. xxix, 3 y siguientes; Is., xxx, 30 y 31); exactamente lo mismo que la voz del toro celeste Zeus.

(Se concluirá.)

DR. MARTIN SCHULTZE.

Trad. del alemán por D. E. PIERA.

Das Ausland.

EL PROBLEMA RELIGIOSO.

DOCTRINAS RELIGIOSAS DEL RACIONALISMO CONTEMPORÁNEO
POR DON FRANCISCO DE PAULA CANALEJAS.

I.

Que el problema religioso es el más imponente de cuantos conmueven la sociedad en los tiempos presentes, no hay para qué entretenerse en demostrarlo. No sólo la prensa nos trasmite diariamente y con pasmosa solicitud, las múltiples vibraciones del pensamiento al ser herido en esta delicadísima cuerda; no sólo forma cuantitativamente esta cuestión el fondo y el objeto, directa ó indirectamente expresado, de la mayor parte de las recientes publicaciones. Todavía con mayor claridad se observa su extraordinario influjo en nuestra razón ante esas crueles y sangrientas luchas, efectivas unas, próximas á trabarse otras, donde con todo el fuego de la pasión y el entusiasmo de la idea, contiende cada cual por su fe, renovando, con asombro de ciertos espíritus despojados de toda prevención religiosa, tiempos y sucesos que creían sepultados para siempre en el abismo de la historia. La ortodoxia sigue con loable, aunque exagerado ardor, sustentando la

(1) Sotana, túnica ó vestido talar.

verdad eterna de sus dogmas. El racionalismo, en sus más insignes representantes, preocupase con el tema, y emancipado de prevenciones y rencores, con la lealtad y elevación que comunica al pensamiento el goce de la libertad, trata de asentar, con bases firmísimas, el porvenir de la Religión. Hasta el nuevo positivismo, que en los primeros momentos de su existencia, remedando la amarga crítica de la Enciclopedia, miraba con soberano desden este problema, arrojando á la Religión en el más oscuro y tenebroso rincón de la historia, abórdalo hoy con decisión y franqueza por boca del más ilustre de sus apóstoles, M. Herbert Spencer, cuya doctrina en este punto dista bastante de la que, con más elocuencia que alteza de miras, predicaba el fundador de la escuela. Y no será aspiración engañosa del corazón, ni vano deseo de la fantasía, suponer en la dirección positivista uno de esos momentos en que el espíritu, hostigado por un dogmatismo estrecho y por una ciencia sin valor, huye al campo de la realidad tangible, comulga allí en íntimo contacto con los secretos de la naturaleza, para volver enriquecido con preciosas ofrendas al templo de la ciencia, donde conciertan los elementos todos de la realidad del espíritu y la materia. No quiero hablar de aquellos seres que, sin arrojar en la vida una sola mirada á su conciencia para escrutar los profundos misterios del alma, vegetan encenagados en un estéril indiferentismo.

La humanidad no puede ni debe preocuparse de tales miembros, que en presencia de la lucha y de la penosa elaboración de las creencias en nuestro siglo, abandonan cobardemente á sus hermanos. Día llegará, desertores de la razón, en que avergonzados por la miseria de vuestro origen y destino, caigais ante los altares que las almas de mejor temple os levanten.

Si tal es la magnitud del tema y tan profundamente nos interesa, veamos en qué términos se ha planteado en lo que llevamos de siglo.

En esta brevísima excursión histórica nos sirven de guías los datos suministrados por Lichtenberger, Rougemont, Laurent y Reville, á cuyas obras remitimos al que desee ver en cuadro completo sus vicisitudes y evoluciones.

La tarea de destrucción que se habían impuesto los espíritus penetrantes, pero irreflexivos, del siglo XVIII, tocara ya á su término, y ya los ecos de sus carcajadas estridentes, ni conmovían, ni alteraban á los hombres que asistían á los albores de este siglo. De aquella fatigosa lucha entre las creencias religiosas y una falsa filosofía, no quedó otra cosa que un total y nefasto divorcio entre la razón y la fe, sin que las arrogantes profecías de Diderot al afirmar que «el siglo se ha ilustrado, la razón se ha depurado, sus preceptos llenan las obras de la na-

ción...» ni las de D'Alembert cuando dice: «nuestro siglo se cree llamado á renovar las leyes de todos géneros y á hacer justicia,» tuvieran por ningún modo exacto cumplimiento en el nuestro.

Sin tanta soberbia, pero con una penetración que el mundo no conociera desde la muerte de Sócrates, el ilustre Kant, en Alemania, arrancando la Religión de la razón pura y vaciándola en la razón práctica, hizo de ella una aspiración nobilísima del sentimiento, muy conveniente para los espíritus femeninos y aún para el gobierno de las sociedades, pero sin que por desgracia contenga el más ligero sosten en la realidad. La borrasca que este desconsolador criticismo produjo en la patria del filósofo, fué grande y temerosa. Jóvenes poetas, animados de un entusiasmo bastardo, cantaron con lúbrica inspiración y con un lenguaje enfático, sublime y ridículo, la naturaleza, la voluptuosidad, la patria, la libertad, la virtud heroica y el vicio monstruoso. Sus acentos eran infernales y gigantescos. Ya no existía para ellos la Religión, y la aspiración del poeta al infinito expresábanla por un amor insaciable y rabioso hacia los objetos terrestres. El alma, después de haber roto el yugo de la piedad religiosa, saboreaba frenéticamente aquella triste libertad. No se hizo esperar el remedio á tanta impiedad y á tanto orgullo. En la Alemania del Norte, Novalis, Tieck y Augusto Schlegel imprimían á la literatura una dirección muy distinta á la de Goethe y Schiller.—Fichte, el gran Fichte, con una filosofía calificada con justicia de atea, hacía, no obstante, una llamada vigorosa y ardiente á la energía moral de la juventud alemana para restaurar la Prusia aniquilada.

Después se inicia la serie de grandes filósofos que, inspirados en un sentimiento religioso más ó menos vago y á vueltas con las mil lucubraciones de su razón, elevaban la Religión á símbolo de las etapas que la evolución de la idea experimenta, explicando con un racionalismo atrevido los profundos misterios de la revelación. Schelling es el que inaugura este movimiento portentoso de la razón humana. Para Schelling, Jesucristo no es el honrado moralista de Kant, sino el Hijo de Dios que ha cerrado el mundo pagano (período de la naturaleza), y fundado el reino del espíritu. «El Hijo, dice, es lo finito tal como Dios lo contempla por toda eternidad: en los últimos tiempos del paganismo, ha venido aquí abajo á expiar la caída primordial de las almas; y Dios infinito del finito, ha ofrecido con su propia persona en sacrificio, lo finito al Padre infinito, para operar su reconciliación.» La verdad absoluta, á pesar de esto, nadie la conocía sino el mismo Schelling, según propia confesión. El verdadero y más insignie apóstol de la idea religiosa en Alemania es, sin embargo, Schleiermacher. Él fué quien asentó con una elocuencia y una unción que conmovió las

últimas fibras del corazón de aquella sociedad vacilante, la realidad del sentimiento religioso en la conciencia humana.

«Existe en todo hombre una facultad superior, el sentimiento religioso, que tiene su dominio propio, y que no es ni la moral, ni la metafísica, ni la poesía. Este sentimiento es el de la dependencia en que estamos de lo absoluto. Nosotros no podemos saber lo que es la Divinidad, pero la admiramos en la naturaleza y en la historia, y la Religión consiste en identificarse con ella; ponerse en armonía con la vida divina; hallarse suspendido en el seno del mundo infinito.» Estas palabras, acaso las más bellas que hayan salido de la pluma de ningún filósofo, nos revelan, al mismo tiempo que la piedad del creyente, ese sabor panteísta, que ni se desprende ni puede desprenderse de la especulación del filósofo. El cristianismo de Schleiermacher era anti bíblico; pero aún así, la Iglesia le ha mirado siempre con particular cariño, sin duda por la profunda veneración que profesaba á la persona histórica de Jesucristo, y por la vida verdaderamente edificante de aquel gran pensador, que vivió predicando la fe y murió pronunciando estas sublimes palabras: «yo no puedo entrar en el cielo sino con la sangre de Jesucristo.»

Sabido de todos es, que al llegar Hegel á la cátedra, su filosofía pasó, para la multitud que le escuchaba, por la última palabra del espíritu humano, por la conciliación definitiva de la razón y la fe. El resuelto y desconsolador alejamiento de la Religión histórica que esta filosofía engendraba, se ocultó á las miradas del público por medio de velos muy espesos y porque Hegel ponía particular empeño en hacer creer que su filosofía no era más que la traducción al lenguaje científico de los dogmas populares de la revelación. Casi simultáneamente en Francia echaba Cousin los gérmenes del eclecticismo, y bien conocido es el singular prurito de esta escuela, por componer los más opuestos principios, particularmente los dogmas y la filosofía. Al llegar aquí, parece cerrarse este período en que cada filósofo llevaba á cabo supremos y maravillosos esfuerzos de la razón, para que el océano de su filosofía no cubriera por completo la ortodoxia cristiana, católica y protestante. En 1830 esta filosofía se hallaba ya bastante desacreditada, y apenas Hegel fué arrebatado de este mundo, cuando estalló el cisma dentro de su escuela, que al poco tiempo se declaraba en completa disolución. Algunos de sus discípulos, como Gœschel, Erdmann y Gabler, siguieron con tenacidad trabajando por el concierto entre la fe evangélica y el panteísmo del maestro, pero fueron los ménos. Los más, y los realmente temibles, dieron comienzo á ese período crítico que aún se prolonga en nuestros días, produciendo unas veces

sabrosos, y otras dañados frutos. Strauss, Vatke, Bruno Bauer y otros, hicieron pasar los textos evangélicos, el Antiguo y Nuevo Testamento, bajo la cuchilla de su crítica. Fenerbach escribía: «Nada existe, nada es verdad, sino lo que cae bajo los sentidos.» Los detalles, las filiaciones históricas, los orígenes se estudiaron desde entonces con ansia. Multiplicáronse las obras sobre los orígenes del cristianismo y la crítica exegética se enseñoreó de toda la Europa científica. ¿Cuál fué el resultado de este movimiento? Por una parte, los que siguiendo las huellas de los filósofos pretendían aliar la Religión con sus sistemas, desengañados y defraudados por una crítica inflexible, fueron á engrosar en su mayoría las filas del materialismo, que acababa de surgir en Alemania, tocando de cerca al darwinismo. La Iglesia, probando también á dónde conducían aquellos elevadísimos vuelos de la razón, y las imposibles alianzas entre un panteísmo oscuro y un dogmatismo claro, rechazó y condenó desde entonces, con mayor fuerza cada vez, todo racionalismo y toda filosofía. Del mismo modo señaláronse en el seno de la iglesia protestante dos tendencias bien opuestas y encontradas. Es una la seguida por los protestantes llamados evangélicos, que, apegados al sentido tradicional de la reforma, creyentes de buena fe, defienden y cantan su fe personal con unión y firmeza.

Son sus más genuinos representantes los distinguidos escritores Dittmar, Eyth y Cristian Hoffmann, cuyos escritos versan principalmente sobre la filosofía de la historia.

Es otra la de los protestantes libre-pensadores. Parando poca atención en la integridad dogmática é inspirada en un sentido racionalista, comprende esta escuela á todos los que sin abandonar la dirección cristiana, huyen de fórmulas históricas para expresarla. Apenas es necesario decir que esta tendencia es la que sigue, casi en absoluto, el racionalismo contemporáneo, si bien despojado del título de protestante, que significa hecho ó controversia de la historia simplemente. Los hombres que militan en este racionalismo cristiano son los más ilustres pensadores de la Europa, y los nombres de Bunsen, Shenkel, Utto Pfeiderer, Tiberghiem, Laurent, Baader, Renan, Ahrens, Bluntschli, Dorner y Leonardi, son bien conocidos de todos para que yo me ocupe en demostrarlo. Llegamos al período de las síntesis, y estos escritores, con otros muchísimos, sin darse apenas cuenta de ello, en el pleno goce de una libertad laboriosamente adquirida, marchan unidos por el espacioso cauce de la doctrina cristiana. Jesús, dice Ernesto Renan, fundó la religión absoluta; y, en efecto, su divina enseñanza inspira hoy é inspirará por siempre á los más ardientes adoradores de la razón humana.

II.

La corriente cristiano-racionalista ha recogido ya entre nosotros á lo más selecto de nuestros pensadores y los lleva suavemente, fecundando los yerros campos del indiferentismo, á engrosar y purificar los mares de la futura idea religiosa. España es quizá de todas las naciones la que con más amor guarda en el fondo de su pecho los preciosos gérmenes y el sentido de la Religion cristiana, cuyo paso por nuestra historia señalase mediante gloriosas y venerandas etapas que no llegan á oscurecer algunos, en verdad bien funestos, extravíos de este sentimiento nobilísimo.

Contra tales errores es necesario, sin embargo, prevenirse, y urge que acendremos y depuremos este sentimiento, á fin de que jamás vuelva á caer en los oscuros limbos de un ciego fanatismo. El libro que acaba de dar á luz el Sr. Canalejas, sobre la religion del racionalismo contemporáneo, viene á secundar poderosamente esta mision civilizadora, dando á conocer lo que un espíritu, amante ántes que nada de la verdad, piensa sobre una cuestion de supremo interes para la sociedad. No forma la obra del Sr. Canalejas una exposicion ordenada y sistemática de su modo de ver y pensar, donde des- envolviendo el asunto en una serie de capítulos íntimamente enlazados entre sí, saliera la demostracion de la tésis bajo esta forma usual de los libros, sino una coleccion de artículos que el autor denomina estudios críticos, y publicados ya hace algun tiempo ó leídos como discursos académicos en otras ocasiones. La identidad, pues, de la materia es lo que mantiene el orden, y no otra cosa, en el libro de que hoy damos sucinta cuenta al público. Á pesar de que opinamos que esta suerte de publicaciones, cuando se hacen en la forma que el Sr. Canalejas ha dado á su libro, producen un resultado inferior al que tendrían si se escribieran bajo otro plan y condiciones, no es posible desconocer en él un pensamiento único y trascendental que anima y sostiene la variedad de puntos que se tocan. Un ligero exámen de sus doctrinas bastará quizá á probarlo. Comienza sus estudios el autor, con la reproduccion de un discurso leído ante la Academia española, en que sostiene la unidad gramatical en el desarrollo y en la historia de las razas indo-europeas, cuya pertinencia al asunto no se ve con toda precision y de un modo directo, aunque pueda encontrarse verificando un largo rodeo en el curso de nuestras ideas. Á propósito de la *Ciencia de las religiones*, de Emilio Burnouf, diserta con toda extension y muestra ya el pensamiento que preferentemente le solicita. Esta *Ciencia de las religiones* no es un libro que pueda justificar el pomposo título con que se anuncia, pues M. Bournouf, al tenor de otros sabios in-

dianistas, no hace otra cosa que crítica histórica, aunque en algunos rasgos ó lineamentos sintéticos, trazados principalmente en el último capítulo, avance algunos juicios sobre las bases fundamentales de la Religion y de su porvenir. Repugna el señor Canalejas este método histórico-comparativo puramente, para tratar problema tan interesante, y exclama: «No diré yo que no sea curioso y hasta consolador, saber cómo adoraban y qué adoraban nuestros mayores y nuestros ascendientes; pero cuando se escriben las frases *las religiones se han ido, Dios se va*, creo más del caso pugnar por abrazarme en conciencia y verdad con Dios, que no entretenerme eruditamente en averiguar cómo era el Dios que se fué y quedó olvidado en los abismos de la historia.»

Razon tiene el distinguido escritor; esa metafísica que con tan injustificada prevencion mira M. Burnouf, es la única que nos puede dar la clave de la verdadera ciencia de la Religion. Si en ella no existe un principio real y efectivo donde aposentemos nuestras creencias religiosas, en vano es que lucheis, hombres doctos, por mostrarnos la filiacion y origen históricos de las religiones, para desprender de aquí la unidad que en ellas vive, pues la humanidad, aunque agradezca vuestros esfuerzos, no podrá mitigar los acerbos dolores que la duda le produce. Viene á seguida de esto un discurso académico sobre los *autos sacramentales de D. Pedro Calderon de la Barca*. En una carta que despues se encuentra, dirigida á D. Ramon de Campoamor, hace el autor observaciones muy oportunas sobre el estudio de la Teologia en estos tiempos, y penetrado de un profundo amor á la ciencia de Dios, racionalmente estudiada, que es, como dije ántes, la única que nos puede abrir las puertas del futuro templo de la humanidad, hace una justa llamada á los poderes públicos para que vuelvan los ojos á este asunto: «No tengo autoridad, dice, ni la pretendo para aconsejar al clero; pero como ciudadano, si la tengo para dirigirme al Estado, al ministro que dirige la instruccion pública. Yo abogo franca y resueltamente por el establecimiento de una facultad laica y libre de Teologia. Si el clero no cree que sus doctores deban pisar las aulas universitarias, y que la Teologia debe quedar recluida en los seminarios y casas de correccion espiritual, respete el Estado su creencia; pero la sociedad, la vida moral é intelectual reclaman enseñanzas teológicas y religiosas, y si el Estado, como debe, acude á esta necesidad de la enseñanza pública, no es ménos Dios que el espíritu, ni ménos que la naturaleza, y no es inferior la religion á la moral y al arte.»

Así creemos nosotros; pero no suponemos bajo ningun concepto que la expulsion de las facultades de Teologia del cláustro de nuestras Universidades

deba considerarse como una medida funesta para los estudios hácia los que se siente el autor tan inclinado; ántes nos parece que la salida de Charmes y Perrone de nuestros centros literarios debe regocijarnos sobre manera, y aplaudimos de todo corazón al gobierno que la ha llevado á cabo. Teología, sí; pero Teología racional, y no estudiada por textos que son ya verdaderos anacronismos de la Filosofía. Por eso el autor vuelve más tarde por los derechos de hombre de los actuales tiempos, y dice: «A V. y á mí nos aflige la lucha; pero es necesario que nos resolvamos, porque la Religión es necesidad suprema para el espíritu humano.—Soy hijo del siglo, y por fortuna ó por desgracia, no puedo sustraerme á mi patria temporal. No puedo emigrar al siglo XIII, y vivir en paz á la sombra de gótico monasterio, releyendo los misterios y ejemplos de libros piadosos, gozando éxtasis perdurables... Si el católico, el protestante, el judío, encierran en el seno de sus seminarios ó escuelas la ciencia de Dios y de la Religión, y no quieren comunicarla sino á los fieles de sus respectivos credos congregados en la Iglesia, en el templo ó en la sinagoga, yo no creo que hacen bien, pero están en su derecho. El Estado tiene entónces el deber de secularizar la enseñanza religiosa, dándola á manos llenas en áulas é institutos, difundiéndola á todos vientos para provecho y mejoramiento general, sin escrúpulos ni prevenciones.» El artículo-carta que á ésta sucede, dedícalo el autor á discurrir sobre la *Historia de las religiones*, y justifica con mayor copia de ideas esa invencible y secreta repugnancia que le aleja del método histórico cuando se aplica á la Religión. «La escuela histórica, dice, no conseguirá fruto, porque se limita á contarnos la historia de un algo desconocido, los accidentes de una realidad no vista, los modos de una sustancia ignorada, quedando sólo de sus afanes, vestidos y ropajes, pompas y atavíos del no ser.» Esto es bien cierto; los sabios que con mayor fortuna cultivaron de este modo el interesante estudio de la Religión, han venido á caer en una mal disimulada incredulidad acerca de la realidad del principio que impulsa y agita esos gérmenes religiosos, lucientes chispas á veces que brillan en el fondo del alma humana.

En el estudio rapidísimo que hace de las manifestaciones religiosas, hiere su razón un fenómeno bien singular que se presenta en el Oriente. El Budhismo, religion que cuenta más adeptos que todas las iglesias cristianas reunidas, es una religion sin Dios. «¡Una religion sin Dios! exclama el Sr. Canalejas. Una religion que presenta como salud el aniquilamiento absoluto, es cosa que mi flaca razón no alcanza; y de aquí que siguiera confiadamente á los que afirman que el ateísmo búdhico y la interpreta-

cion de la *nirvana* budhista eran errores de indinistas.» No hallamos del todo buena esa confianza, pues si bien el ateísmo de Budha puede originar sólida controversia del lado de quien lo niegue, no es ménos cierto que una buena parte de las sectas religiosas que constituyen el Budhismo, en la actualidad lo aceptan, y aún en aquellas que, al parecer, se separan de sus hermanas en este punto, la idea de Dios se encuentra tan velada, tan ténue, tan dilatada, que bien podemos decir de su Dios que es una sombra que apenas si se dibuja con rayas vacilantes en los más recónditos laberintos de su metafísica. Y si esto no fuera así, si el Budhismo tuviera á la par de su moral pura y severa, una metafísica bien definida y racional, ¿creería el Sr. Canalejas tan decididamente como lo hace en su próxima destrucción, bajo la influencia de la idea cristiana que penetra cada día más en su seno? Termina el autor su estudio concibiendo la halagüeña esperanza de que esta idea campeará por sí sola en el mundo religioso en un porvenir no muy lejano.

Hace despues una sumaria exposicion de la idea religiosa de Schleiermacher, y bien se echa de ver en ella las profundas simpatías que por la razón y el sentimiento le unen al gran teólogo de la edad presente. Schleiermacher tocó con un pensamiento maravillosamente potente y calentado por el fuego de un sentimiento purísimo, en el punto que con mayor ansiedad quería el Sr. Canalejas ver esclarecido: el asiento de la vida religiosa en el espíritu humano. Porque de esta afirmación, primera y capital, fluye el manantial de límpidas aguas, que serpando desde la aparición del hombre por la historia, fertiliza y sosiega el corazón humano y le pone en comunicación directa con Dios. Señala también la doctrina de Schleiermacher un cambio radical en la Teología, porque lejos de considerarla como una serie de razonamientos que tejen la enmarañada urdimbre de los dogmas eclesiásticos, va derecha á la conciencia y la interroga por su fe. «Tomaba la filosofía, dice el autor, efectos por causas, al hablar desde la antigüedad de la natural curiosidad y avidez de inquirir que acompaña al hombre. Llamábase curiosidad á la constante resonancia de ese hecho de conciencia, que nos impulsa á inquirir de *quién* ó de *qué* dependemos. Señalaban otros la religiosidad como virtud secreta ó propiedad unida á todas las propiedades del hombre, y era el simple efecto de la voz incesante, del testimonio perenne de nuestra conciencia, gritándonos, en el exámen de operaciones y propiedades, que éramos un ser dependiente.»

El autor, sin embargo, prestando á Schleiermacher mayor admiración y respeto que á ningún otro teólogo del siglo, ve en su doctrina la fase más importante, pero una sola fase al fin, del problema re-

ligioso. Hace después un examen de las doctrinas religiosas de Schelling, un tanto rápido y algo incoherente, lo cual da por resultado que cuando llega á omitir algunos juicios sobre el sistema, se muestre harto ligero y duro al calificar el pensamiento del gran filósofo.

Pasando por Wrousky, entra últimamente á estudiar la profunda divergencia que en la cuestión religiosa se señala entre Strauss y Vera, partiendo ambos de la enseñanza de Hegel, aunque realmente el primero se haya emancipado temprano de la influencia escolástica. En esta controversia, inútil parecerá advertir que el autor se inclina á la parte del ilustre filósofo italiano, el cual sostiene que la Religión cristiana es la Religión absoluta; y si esto es así, no se debe, dice, á lo inescrutable de sus misterios, sino al contrario, á que en sus misterios Dios se ha revelado de manera más cumplida y perfecta que en todos los antecedentes religiosos del mundo; más aún, porque Dios se ha revelado en ella en toda su plenitud. Estas profundas y bellas palabras de Vera, se las asimila el autor cuyo pensamiento tiende constantemente á ver la religión en su pura realidad. Así puede terminar diciendo: «Reconozcamos y confesemos que no es filósofo el que niega la verdad religiosa, ni es religioso el que niega el alcance y la fecundidad de la razón humana.»

III.

Existe una escuela, que pretende despojar á la Religión de atavíos puramente históricos, sacándola salva de los moldes en que el accidente y las circunstancias la han sumergido. Esta escuela, ó mejor, dirección del pensamiento, inspirada en un sentido profundamente religioso, como lo demuestran los nombres de Schleiermacher y Bunsen, no quiere vivir como secta religiosa ó filosófica, porque aspira á la inmortalidad. Siembra á manos llenas los gérmenes de la Religión en el valle de las conciencias y no espera que las flores que de ellos broten tengan el mismo color y fragancia.

En los misteriosos recintos del alma se esfuerza por reanimar el fuego que tiene medio apagado la crisis contemporánea, y en el tejido enmarañado de la historia de las religiones busca el hilo redentor que guía la humanidad al infinito.

Ahora bien; el Sr. Canalejas en su último libro se declara franco y resuelto soldado de estas generosas ideas. Su pensamiento no yace desmayado en la cárcel sombría de una creencia irracional, pero no quiere cegar para siempre en su alma la cristalina fuente de las creencias. Le felicitamos sinceramente por ello. Nuestra misión de críticos, sin embargo, y no un desmedido afán de hallar vacíos y defectos, nos impele ahora señalar los que en esta obra se

contienen. No aplaudimos al Sr. Canalejas la idea de formar, como ya dijimos, un libro en que se ventila asunto tan serio y delicado, dentro de algunos artículos un tanto heterogéneos y descosidos.

Merece bien el tema y también merece el público, que acaso por vez primera recibe un pensamiento esparcido tiempo hace por la Europa científica, que este pensamiento se le exprese de un modo claro y sistemático, bien definido y bien razonado. Advertimos además de esto, que el Sr. Canalejas no ha meditado lo bastante el interesante problema que agita en su obra, y lo decimos porque le vemos excesivamente impresionado por la lectura de ciertas obras, principalmente por la del profesor Lichtenberger, sobre la *Historia de las ideas religiosas en Alemania, desde el siglo XVIII hasta nuestros días*. El Sr. Canalejas, que es un pensador sagaz y profundo, ¿por qué contribuye de este modo á alimentar la creencia proverbial allende los Pirineos, de que nuestra ciencia no es más que un pálido reflejo de la suya?

Y si se hallara conforme con el juicio y la opinión de Lichtenberger, ¿por qué no funde este juicio y esta opinión en el crisol de su vigorosa inteligencia, prestándole el sello original del pensador y la galanura de la frase que tanto le distingue? El comercio de las ideas, libre se halla para todos, pero á condición de que la mercancía conserve la etiqueta del fabricante. Sólo nos explicamos la omisión del Sr. Canalejas en este caso por una pereza intelectual, á la cual debe sobreponerse el que intente convencer á los otros, y por un olvido involuntario que debe evitar cuidadosamente el escritor concienzudo. Por lo demás, excusado parecerá añadir que la obra se halla tan primorosamente escrita en lo que al lenguaje se refiere, como todo lo que antes de ahora ha salido de la pluma del Sr. Canalejas. Siguiendo las tradiciones gloriosas de nuestros inmortales escritores, sabe agregar á una frase severamente castiza esa fluidez y armonía que encantan y regalan el oído.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

CONTRADICCIÓN Y ARMONÍA.

¿Sobre qué asunto escribiré? Hé aquí la primera contradicción que experimenta mi espíritu; varios motivos solicitan mi pluma, y mi habitual pereza lucha y se revuelve contra todos ellos. ¿Sobre qué punto escribiré con ribetes de filosofismo, que es, á no dudarlo, la comidilla de la época? No puedo llevar una sola apostilla de erudición; ni presentar un tema nuevo; ni discurrir con apariencias de novedad sobre uno ya tratado, cubriéndole con las galas

del estilo ó con los primores de una dición rica en su pureza, expresiva en su propiedad.

Pero, ¡qué diablo! tantos escriben con estas circunstancias...

Reflexiono un momento.

Veo que toda ciencia deriva del principio religioso; que toda filosofía tiene en él su origen; que todo arte, si no es su hijo, es su reflejo y su plástica representación. Dejo á los filósofos de la antigüedad: veo las más grandes obras del saber humano inspiradas por el sentimiento religioso; las más abstrusas elucubraciones del espíritu convertidas y enderezadas á ese sentimiento religioso; veo que los hombres más grandes, que ennoblecieron y ennoblecen nuestra especie, vuelven y revuelven, en sus vastas y variadas excursiones científicas, sobre ese sentimiento, que es como el generador y el móvil de sus ideas y aspiraciones; veo que la ciencia nunca aparece más levantada que cuando remonta su vuelo para conocer á Dios; que el objeto final de la filosofía es el hombre; y que las mismas ciencias propiamente llamadas naturales, no pueden separar del conocimiento de la composición y utilidad de la naturaleza, el de su origen y causa; veo que la elocuencia nunca es más grande y sonora, y persuasiva, nunca más alcanza sus límites elevados, que cuando toma su aliento del principio religioso; veo que la poesía, hija del cielo, nunca brilla con más esplendor, ni seduce con su belleza, ni deleita con su ritmo, ni encanta con su abundancia, que cuando bate sus alas en torno de la divinidad, cantando himnos que escucha absorta la naturaleza entera.

No pregunto por su religion; pero veo que todos los hombres rinden homenaje á ese sentimiento, no adquirido, sino innato; más innato, si nos es permitido decirlo, que el de su propia conservación; á ese sentimiento, sin el cual no podría haber concierto en el Universo, ni armonía en las relaciones de la humanidad; á ese sentimiento, tan necesario para el estado social, como el aire para la producción del sonido ó el oxígeno para la vida.

¡Oh! sí, dejo á los antiguos; pero veo á Pascal sometiendo aquella razón altiva y poderosa, que le hizo descubrir y resolver con admirable intuición los más áridos problemas de la geometría, al yugo blando y atractivo del principio religioso; le veo haciendo esfuerzos extraordinarios por sobrenadar en el piélago de la duda y ganar la orilla salvadora de la fe religiosa; le veo ya salvado, rigiendo una nave que desafía las tempestades y marcha con rumbo cierto; le veo confesando y creyendo las verdades de la fe, más evidentes que las verdades matemáticas. Veo á Leibnitz compartiendo sus trabajos científicos y aquellas fructuosas disquisiciones de su privilegiada inteligencia con las cuestio-

nes más profundas de la metafísica. Veo al gran Newton, al genio prodigioso, que bastaría por sí solo para atestiguar la alteza de nuestra estirpe y de nuestro destino en medio de nuestras miserias, al que descubrió la ley de la gravitación, y descompuso y recompuso el hacecillo ó rayo luminoso al sólo *fiat* de su voluntad casi divina... le veo confesando humildemente la grandeza de su pequeñez en estas sencillas palabras: «Me parece que he sido un niño que ha salido á la playa á coger pintadas conchas; tal vez he cogido alguna perla, pero siempre el Océano insondable de la verdad me ha ocultado sus tesoros ante la debilidad de mi vista.» Veo á Broussais, que tanto pretendía conocer la materia animada como la materia muerta, dejando una sola página, más preciosa que todos sus escritos y lecciones, en la que confiesa que «hay un espíritu inteligente, una causa sabia y ordenadora de todo lo criado.» Veo al mismo Byron, en medio de su desconsolador escepticismo, rindiendo culto, tal vez á su pesar, á ese sentimiento, en esa hora solemne del crepúsculo vespertino en que falta acaso la luz del sol para que brille solitaria, más intensa y pura la del alma. Veo... pero basta; el sentimiento religioso es un sentimiento universal.

Notad de paso que no he nombrado á esos héroes que se llaman mártires, á esos humildes que se llaman Santos, á esos sabios que se llaman Padres por su prioridad, tanto como por la fuerza generadora y fecunda de su enseñanza; ved que no he clasificado siquiera el sentimiento religioso.

Pues ahora bien; si es este el origen, término y complemento de todas las grandes concepciones del arte y de la ciencia, al frente de cada una de ellas debiera haber un prólogo, una inscripción, un signo que protestase nuestra sumisión á ese sentimiento, indicando el límite de nuestras generosas aspiraciones. Y si la literatura no tiene otro objeto más noble en que ejercitarse; y si á ese principio religioso, vago, pero respetable siempre por su origen y universalidad, sustituimos con el sentimiento *cristiano*, no parecerá fuera de propósito, en los primeros tiempos de esta publicación, un escrito fundado en él, como testimonio de adoración á todo lo que es grande, eterno, inmutable y divino.

Estoy resuelto, tengo ya mi asunto: el principio religioso encubrirá con su importancia la debilidad de mi pensamiento, y servirá de firmísimo apoyo á mi incompetencia literaria. Voy á discurrir breve espacio acerca de las contrariedades ó antagonismos que se observan en el hombre, y á concluir que la religion que mejor me las explique será para mí la verdadera. No temais que hable el lenguaje del teólogo, ni aún siquiera el del filósofo; hablaré, si no con el saber, con la humildad y á modo de Pascal, con la intención de un corazón recto, con la

dialéctica de quien, sin ensoberbecerse, cree que no ignora del todo las reglas de un buen criterio.

Evidentes son las contrariedades del hombre. El que levanta la vista á los cielos, el que mide las distancias y sigue el movimiento, y determina el curso y eclipses de los astros; el que arrebatá á la tempestad el rayo y el cetro á los tiranos; el que, sin sentir la oscilacion de la tierra, bajo su planta, conoce que rueda en el espacio; el que con un pequeño pedazo de mundo forma una balanza para pesar el universo; el que trasmuta y combina á su antojo la materia, creando cuerpos que no existían con esta nueva forma en la naturaleza; el que fija en un lecho de metal al pensamiento para que viva, se esparza y perpetúe por los ámbitos del globo; el que descompone la luz y descubre la ley de la gravitacion universal; el que recoge en una lámina metálica los rayos luminosos que tocaron la superficie de nuestros cuerpos, y llevaron nuestra imágen; el que trasporta, casi con la velocidad del pensamiento, de uno á otro polo nuestros deseos por medio de una fuerza invisible que nos hace pensar ménos groseramente de las materias, como obra que es tambien de Dios; el que tiene poder bastante para ser libre aún entre los siervos, y no doblega su conciencia ante las exigencias de la tiranía, de la fuerza y de la injusticia, se ve contrariado por motivos insignificantes, tal vez por la sonrisa de un niño que observa la actitud de su asombro ó escucha la conversacion que mantiene á solas con su espíritu. Tal vez el afecto mentido de una mujer, la decepcion de un amigo, las travesuras de un hijo acibaren las dulces contemplaciones del sabio, ó los sensuales placeres del sibarita opulento. Un sólo momento basta para que venga á tierra la columna cuyo centro de gravedad está fuera de la base de sustentacion; una leve ráfaga de viento sustrae al insecto de la observacion del naturalista: ¿quién sabe si lo volverá á hallar en el curso de su vida! un accidente perturba nuestros sentidos; otro accidente aplana nuestra inteligencia; otro debilita nuestra memoria; y hasta las mismas fuerzas del espíritu, concentrándose sobre un solo objeto, y reflejando sobre él con incansable actividad, en vez del problema resuelto de la razon, nos dan el problema insoluble de la locura!

¿Qué sér tan extraordinario, qué quimera es el hombre! ¿Qué novedad, qué caos, qué objeto de contradiccion! Juez de todas las cosas, dice un sabio, y sin embargo reo; imbécil gusano de la tierra, y depositario de la verdad; conjunto admirable de incertidumbre y gloria, de grandeza y miseria: si él se engríe, yo le abato; si él se abate, yo le glorifico, y le contradigo siempre, siempre, hasta que comprenda que es un monstruo incomprendible.

Aquí podría decir: venid, religiones todas, venid

sistemas filosóficos, y explicadme esas contradicciones, esos antagonismos. Si me predicais la deificacion de la raza humana, tratais de engañarme, y os engañais miserablemente: notad que hasta para probarlo á vuestro modo os cuesta esfuerzos; vuestros sofismas no salen con la espontaneidad de los axiomas, y las palabras de que os valeis no forman con facilidad los períodos. El trabajo, el esfuerzo y las dificultades no son signos característicos de la *perfeccion* de que os vanagloriais.

Si, por el contrario, me prescribís que me unda en el polvo, y me predicais que soy semejante á las bestias, no puedo creerlo; mi razon, flaca y todo, lo repele; os engañais miserablemente: cuando sentais vuestras afirmaciones, haceis lo que no hacen las bestias. No he visto un solo pensamiento expresado por las bestias; no he conocido nunca en ellas las aspiraciones que *yo* tengo.

No, la filosofía no ha podido satisfacer sobre este punto. Un sectario de Port-Royal lo ha dicho: los filósofos no prescribían sentimientos proporcionados á los dos estados del hombre, de grandeza y de miseria. Inspiraban sentimientos de grandeza pura, y éste no es el estado único del hombre; inspiraban sentimientos de bajeza pura, y éste no es tampoco su estado habitual.

Para que la filosofía satisfaga, es necesario, pues, que inspire á un mismo tiempo movimientos de una grandeza que reconozca su origen en la gracia, no en el mérito propio, y movimientos de humildad, no de bajeza de naturaleza, sino de conocimiento de debilidad y dependencia.

¿Dónde está, pues, la religion que satisfaga estos extremos y explique las contradicciones en el hombre? Sólo nuestra religion divina nos da la clave del enigma misterioso; sólo la Santa Escritura fundada á su vez, como observa un sabio, en extraordinarias contradicciones. Vedlo si no: un Dios humillado hasta sufrir muerte de Cruz; un Mesías triunfante de la muerte por la misma muerte; dos naturalezas en Jesucristo; dos acontecimientos, dos estados en la naturaleza del hombre. ¿Cuánta contradiccion, pero cuánta armonía! La soberbia humana sólo puede ver las primeras, mientras que la humildad ve distintamente el ténue lazo y la admirable providencia con que están armónicamente unidas y explicadas. Ya lo han dicho Balmes y Augusto Nicolás, y ántes que ellos muchos escritores religiosos y doctores de la Iglesia: la Escritura no es una ciencia del espíritu, sino del corazon; sólo es inteligible para aquellos que tienen un corazon recto, sometido humildemente á la fe.

Veamos de qué manera explica el enigma de la contradiccion, y cuáles son los signos seguros é indefectibles de que es verdadera.

Para que sea verdadera nuestra religion, ya que

son tan evidentes las grandezas y las miserias del hombre, es necesario que nos enseñe que hay en él un principio de grandeza, y al mismo tiempo un gran principio de miseria. Es necesario también que conozca á fondo nuestra naturaleza, es decir, todo lo que hay en ella de grande y miserable, y la razón de todo ello; es necesario, en fin, que nos explique las contradicciones.

Si no hay más que un solo principio y un solo fin de todo, es preciso que la verdadera religión nos enseñe á no adorar más que á ese principio; y puesto que nosotros no podemos amar lo que no conocemos, es también indispensable que la religión venga en ayuda de nuestra impotencia, y nos enseñe lo qué y cómo debemos amar.

Pues veamos brevemente, con Pascal, cómo satisface estas necesidades la Sabiduría divina que nos habla en la religión cristiana: «En vano es, hombre, que busques en tí mismo el remedio á tus miserias. »Todas tus luces sólo servirán para darte á conocer que no es en tí donde encontrarás la verdad y el bien. Los filósofos no han podido encontrar la verdad con los rayos de su razón altanera; no saben cuál es tu verdadero bien, ni tu estado. Si te han dado á Dios por objeto, sólo ha sido para ejercitar tu orgullo; te han hecho pensar que eras semejante á Él por tu naturaleza. Y los que han reconocido la variedad de esta pretensión, te han arrojado en otro precipicio, dándote á entender, que tu naturaleza es semejante á la de las bestias, y te han llevado á buscar el bien y el placer en las concupiscencias que son el patrimonio de los animales.»

«No esperes, pues, verdad ni consuelo de parte de los hombres. Yo soy la que te ha formado y la única que puede enseñarte á conocer lo que eres. Pero tú no estás al presente en el estado en que te he formado. Yo he creado al hombre santo, inocente, perfecto; le he llenado de luz y de inteligencia; le he comunicado mi gloria y mis maravillas. El ojo del hombre veía entonces la majestad de Dios, pero no ha podido resistir tanta gloria sin caer en la presunción. Ha querido hacerse centro de sí mismo é independiente de mi socorro. Se ha sustraído á mi dominio, é igualándose á mí por el deseo de encontrar la felicidad en él, le he abandonado á sí mismo, revolviendo contra él todas las criaturas que le estaban sometidas. Todas ellas, ó le afligen, ó le tientan y dominan, ya sometíendole por las fuerzas, ya encadenándole por sus dulzuras, lo que es una tiranía más terrible é imperiosa.»

Hé aquí el estado en que se encuentran hoy los hombres; les queda algún instinto poderoso de la dicha y de la luz de su primera edad, y están sumergidos en los abismos de su ceguera y de sus pasiones, que forman su segunda naturaleza.

¡Oh! sí; me satisfacen las palabras de la Sabiduría increada. Contento con mi origen, cruzo la tierra, viajero de un día, si apenado por la fatiga, alentado por la fe en un mañana cercano de eterna bienandanza; pues si la culpa paterna me desvió de ella, mi ternura filial me aproxima sin cesar, porque Dios no cegó, sino que multiplicó los manantiales de la gracia.

Sí; yo estoy seguro, muy seguro, de que cuando suelto la rienda á mi deseo, y reconozco mi impotencia, y me asalta un pesar indefinible, no es tanto por alcanzar una perfección que no ven mis ojos, una dicha que no distingo, como por el recuerdo de haberlas ya perdido.

¿Qué nos dicen esa avidez y esa impotencia, sino que en otro tiempo hemos gozado una verdadera dicha, de la cual no queda más que una estela luminosa? ¿Qué nos dicen, sino que sentimos en nosotros mismos un abismo infinito, que sólo puede ser llenado por un objeto infinito é inmutable? Porque, decídmelo, si no hemos nacido para Dios, ¿en qué consiste que sólo en Dios podemos ser felices?

Al llegar aquí quisiera poseer la argumentación vigorosa, la fácil, enérgica y apropiada expresión del Doctor Africano, para hacer más clara la exégesis.

No tengo duda, he dicho, de que el dolor que me causa mi impotencia, ó, más bien, el que me produce el conocimiento de las contradicciones que advierto en mí, nace del instinto que me queda de mi grandeza pasada. Decídmelo: cuando suspiro por la *felicidad*, ¿por cuál ha de ser, sino por la que he perdido, si los ojos del cuerpo, ni aún los del alma, vislumbran apenas un rastro de ventura? Si cuanto me cerca no alcanza la *perfección* que concibo y anhelo, ¿dónde está esa perfección, sino en lo pasado? Si suspiro por ella, ¿quién causa mi dolor, sino el recuerdo de haberla gozado y perdido? ¿No os ha sucedido algunas veces, no sé si soñando ó despiertos, que imaginasteis que las ideas que cruzaban por vuestra mente no eran entonces nuevas para vosotros, sino que las habíais tenido anteriormente, ó eran el eco de otras semejantes? Pues algo análogo á esto acontece con el sentimiento de nuestra impotencia: el dolor que produce, sólo puede venir del recuerdo de nuestra anterior grandeza. No se concibe objeto sin nombre; cuando nombro una cosa, es necesario que exista ó haya existido; pues, ahora bien, si quiero ser feliz y no veo la felicidad, es prueba de que ha existido: si quiero ser *inmortal*, cuando sólo veo la muerte en todo y por todas partes, es prueba de que hay *inmortalidad*, de que ha habido algo que es inmortal ántes de ahora.

Sí, no hay duda; el sentimiento de nuestra impotencia atestigua nuestra originaria grandeza. Nos sucede con esto lo que al artista con la belleza; án-

tes, tal vez mucho ántes de observar y elegir con minucioso cuidado los miembros más perfectos de diferentes mujeres bellas para manchar el lienzo, tenía formado en su mente el tipo de una belleza superior, de una Virgen divina, como no la habían visto los ojos de los mortales.

Basta, lectores míos; la religión que tan bien conoce nuestra naturaleza, que explica nuestras contracciones, y siembra el campo de la vida de flores de consuelo y plantas que suavicen la soberbia del espíritu, es para mí la verdadera.

Lo que pensaba decir no cabe en las modestas dimensiones de un artículo, y, sin embargo, estaréis ya fatigados de la excursión que habeis hecho conmigo; no será, sin duda, por la aridez é infecundidad del asunto, sino por la torpeza de mi expresión. Os prometo sufrir humildemente vuestras censuras, considerándolas como justo castigo de la prueba que quise hacer de la grandeza de mi aspiración, eligiendo tan levantado objeto, precisamente para conocer una vez más mi incompetencia para tratarlo cual corresponde.

Si no he logrado llevar á vuestras almas el convencimiento de la mía, lloraré mi impotencia; pero no dejaré en vuestros lares mi maldición, ni mi desprecio, sino mi afecto de hermano y mis votos para que alcanceis la luz que os guie hácia el que es la Bondad absoluta, la Belleza suma y la Verdad eterna.

Yo, en tanto, peregrino de un día, cruzaré la tierra satisfecho con mi origen, seguro de mi destino, por los caminos de la gracia, que, si ásperos, como para que dejemos en ellos nuestra carne, conducen nuestro espíritu al centro de la bienaventuranza. ¡Oh! sí; ni el polvo de mi patria, ni las cenizas de mis padres se volverán contra mí para decir que he renegado de la religión augusta que ennobleció á la una y recibió de los otros el postrimer supiro.

JOSÉ DE LA HELGUERA.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

SECCION DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

8 Á 15 MAYO.

EL IDEAL DEL ARTE.

Después de extensas rectificaciones de los señores Moreno Nieto, Revilla y Calavia, cuyos discursos hemos publicado, hicieron uso de la palabra los señores Navarrete y Montoro.

El Sr. Navarrete comenzó haciendo notar la desventaja con que entraba en el debate, agotada la materia, cansada la sección, y él sin haber tenido tiempo para preparar un discurso que diera gusto

á los que juzgan del fondo por la forma, con arreglo á aquellos versos del romancero del Cid:

El vestido del criado

Dice quién es el señor.

Después de lamentarse de que al tema puesto á discusión le aconteciera lo que á los argumentos de ciertas comedias, que no había salido aún en el último acto; definió el ideal, diciendo, que es la aspiración de la humanidad, en cada momento histórico, á mejorar sus condiciones de vida, mediante la realización de los últimos descubrimientos científicos: añadió que la fuente de todos los ideales era lo absoluto, Dios, la infinita ciencia; y dijo ser el arte la primera manifestación material del ideal científico.

El Sr. Navarrete cree que la filosofía cristiana, que los evangelios, particularmente el de San Juan, interpretados por la razón libre, sujetos al orden didáctico y científico necesarios, limpios de la cizaña de traducciones hechas de mala fe y libres de notas, contienen verdades que constituirán durante mucho tiempo todavía grandes ideales de la humanidad.

Deploró que una persona de la erudición y elocuencia del Sr. Moreno Nieto, hubiera dado un concepto del ideal cristiano á la altura del que había él oído muchos años atrás, en su pueblo, de labios del cura que le enseñaba la doctrina, y eso, dijo, que comparar el vuelo de la inteligencia de dicho cura con el vuelo de la inteligencia del Sr. Moreno Nieto, es comparar el vuelo del jilguero con el del águila; pero la sencilla explicación de que esto suceda, añadió, es que la razón del Sr. Moreno Nieto, hablando del cristianismo, está amarrada con siete nudos por los cordeles del *Syllabus*; es que los resplandores de esa razón tan clara, no pueden traspasar los estrechos moldes del catolicismo.

Dijo que él era cristiano en el concepto de que el pasaje de la Samaritana era la condenación más explícita de las religiones positivas; de que las frases: «sed, pues, vosotros perfectos así como vuestro Padre celestial es perfecto,» y «en la casa de mi Padre hay muchas moradas,» significan: todo lo creado es infinitamente perfectible y el ser persiste y se desenvuelve progresivamente en esferas superiores: de que Cristo, en el pasaje de la mujer adúltera, y al decir en otro lugar: «si tu hermano pecare contra tí corrígelo,» dió el concepto más racional de la pena, que debe ser siempre corrección del enfermo del alma, del ciego de la inteligencia, nunca daño infructuoso, y de que, por último, el cristianismo era la transformación religiosa, política y social de los pueblos.

Entrando en el fondo de la cuestión, dijo que la ciencia, no la historia, que los historiadores del porvenir, no los historiadores del pasado, son los que han de redimir á los seres humanos; que la mi-

sion del teatro era mostrarnos el mundo del porvenir bajo innumerables fases, marcando con vigorosas tintas el contraste del hoy con el mañana, pulverizando con argumentos ingeniosos, llenos de sentimiento y de razon, las piedras cimentales del edificio del error; que siendo el teatro para la ciencia moral lo que la pizarra para las matemáticas, lo que el observatorio para la astronomía, lo que el horno para la metalurgia, lo que la obra para el pensamiento, debe la práctica corresponder á la teoría, y por ende abandonarse el drama histórico, que si puede recrear el espíritu con la correccion y armonía de sus versos y con lo ingenioso de sus situaciones, no hace subir el carmin del rubor á las mejillas de ninguno de los espectadores, que no pueden ver en aquel espejo la copia fiel de sus defectos, de sus vicios ni de sus infamias.

Atribuyó el Sr. Navarrete á los oscurantistas gran empeño en negarle al teatro la grandiosa importancia que en su concepto tiene, porque saben que si desde la tribuna se difunde por las inteligencias la luz de la democracia, mucho más honda impresion han de producir estas ideas cuando se revelen en hechos, levantándose en cada pueblo un templo del arte dramático, en el que se vean, con los ojos de la cara, los talleres donde forjan sus planes liberticidas los explotadores del humano linaje; donde vean los pobres de qué modo se realizan los vicios y las virtudes bajo magníficos artesonados y sobre alfombras soberbias, y vean los ricos de qué modo las virtudes y los vicios se manifiestan, allí donde los rostros están amoratados por el frio, y los estómagos doloridos por el hambre.

El autor dramático debe, segun el Sr. Navarrete, escribir para la sociedad en que vive, poniendo ante los ojos del público todas las miserias sociales, con implacable realismo, por desconsolador que sea; pero mostrando siempre al lado de los vicios, que convierta en ruinas, las virtudes que para sustituirlos hayan de edificarse. Esta segunda parte cree el Sr. Navarrete que le falta á las obras del más aventajado escritor dramático realista de España, el señor Gaspar, y al libro encantador del Sr. Valera, *Pepita Jimenez*: sobre el fondo negro del presente proyectar el rayo de luz del porvenir.

El copista, dijo el Sr. Navarrete, por bueno que sea, no es buen artista; el artista es el que copia lo que ve subjetivamente; las estatuas, los cuadros, las armonías, los dramas, que le inspiran los genios de la pintura, la escultura, de la música, del teatro.

Reconoce el Sr. Navarrete que no es fácil aún que los artistas, desconociendo la vida superior, hagan penetrar las miradas de sus espíritus en las mansiones de la fraternidad inalterable, y traigan á los lienzos, á los mármoles, á los libros y á la escena, las figuras, los colores, los sonidos, los mo-

vimientos, que constituyen las dichas de los pobladores de aquellas moradas, que no son, dice, imaginarias, sino reales, que las vemos cualquier noche serena recorrer, á manera de puntos brillantes de colores, en admirable concierto, los espacios infinitos. Sin embargo, añade, ancho campo queda todavía á los artistas para que sus dramas sean provechosos, condenando los vicios del mundo en que viven y mostrando, en contraste con ellos, los ideales de virtud; procurando atacar, en el conjunto de la obra, los vicios que son patrimonio de la sociedad entera, y en los pormenores los que atañen sólo á ciertas individualidades, teniendo en cuenta que la enseñanza debe resultar del hecho, no de la predicacion por boca del personaje cómico.

Aconseja el Sr. Navarrete á los escritores dramáticos que se aparten de la charca de los *bufos* y del erial del pasatiempo, y cree que en breve se realizará una saludable reaccion en pró de la meditacion y el estudio en todas las clases, comenzando á dominar á los hombres la pasion del libro, como hoy los domina (por razon del tiempo de destruccion del mundo viejo que atraviesan) la pasion del fusil, y que entónces surgirán los genios del teatro, que arrojarán del templo á latigazos á los mercaderes que hoy lo explotan con ejemplos morales de lupanar y formas literarias de cuartel.

Concluye diciendo que la práctica de la nueva organizacion de los pueblos y la manera de ser de la sociedad del porvenir, no pueden presentarse de bulto, en accion, á los ojos de las gentes, sino en el teatro; el libro hace pensar á la inteligencia; el teatro hace sentir al espíritu y mueve á la voluntad á ejecutar; en el libro se estudia el pensamiento; en el teatro se toca su ejecucion; el libro censura lo malo; el teatro muestra ejemplos de maldades, y, sobre la base del presente, levanta el ideal del porvenir.

El Sr. Montoro empezó manifestando que sentía verse obligado á intervenir una vez más en la discusion, pero que no podía eximirse de hacerlo, despues de los cargos que se habian dirigido á las doctrinas filosóficas á que refirió gran parte de su discurso, y de la invitacion que dirigiera el Sr. Moreno Nieto á los sostenedores de las diferentes opiniones, representadas en el debate, para que dijeran francamente las suyas en la importante cuestion del ideal. Se consideraba tambien en el caso de dar algunas explicaciones sobre su concepto del realismo, que había sido impugnado en diferentes ocasiones.

Antes de entrar en el fondo de estas cuestiones, declaró que sólo se apartaría muy brevemente del tema, y que su defensa de aquellas doctrinas filosóficas no supondría de ningun modo en el orador la creencia de que no han sido desarrolladas y revisadas, ó de que no puedan serlo.

Entendía el Sr. Moreno Nieto que sólo hay tres ideales posibles: el cristiano, el panteísta y el materialista. En sentir del Sr. Montoro, se alude de este modo al ideal, considerándole como concepción general ó plan de vida, y no es este el único sentido en que se le puede tomar, pues en estética el ideal no siempre es eso; que en esta ciencia eso dice más bien forma particular del desarrollo histórico del ideal, y de esto trató después.

Al ocuparse el Sr. Moreno Nieto del ideal panteísta, dirigió graves cargos á la filosofía de Hegel, cuyos méritos no desconoce, sin embargo, tachándola de panteísta. El Sr. Montoro rechazaba esta calificación porque, á su juicio, no habiendo dicho Hegel que todo es Dios, no se le debe atribuir semejante opinión. El filósofo de quien se trata y sus verdaderos discípulos no han aceptado nunca ese dictado, y estaban en su derecho, porque enseñan, no el panteísmo, sino que Dios es lo absoluto, superior á todas sus determinaciones y distinto de ellas. Recordaba el Sr. Montoro que Hegel no se contentaba con exponer poderosas razones contra el dictado en cuanto á él se refiere, sino que afirmaba y trataba de demostrar que en realidad no hubo nunca quien se tuviera por panteísta verdadero, y añadía el filósofo entre otras cosas de mucha importancia, que esa acusación no se acompaña nunca con pruebas.

Parecía al Sr. Montoro que esta razonada oposición del hegelianismo al dictado de que se trata, debía tenerse siempre muy en cuenta y al ménos hacerse constar en todas las ocasiones. El orador recordaba que, según la opinión del Sr. Moreno Nieto, cuya autoridad reconocía, el hegelianismo no se parece á ninguno de los panteísmos conocidos, y de aquí deducía que no debe ser muy panteísta, pues si lo fuera, el parecido en aquellas otras doctrinas tendría que existir forzosamente y ser notable.

Lo que á su juicio sucede en la cuestión del panteísmo, es que este nombre es siempre un tanto inadecuado. Si se pretende que todo el que afirma que no se puede concebir ser ni sustancia fuera de Dios es panteísta, todos lo somos ó al ménos la mayor parte, pues estas categorías no pueden darse en la ciencia bajo unidad y sistema de ningún otro modo. Así se afirma en todas las grandes doctrinas, pues á juicio del Sr. Montoro, en el fondo de todas se encuentra, ahondando algo y con las inevitables diferencias de exposición, este mismo pensamiento. Sólo creyendo en un estéril dualismo, puede sostener otra cosa la filosofía.

Deseoso de no insistir demasiado en cuestiones ajenas al tema, y después de algunas otras consideraciones que no extractamos por no traspasar los límites de esta reseña, manifestó el Sr. Montoro que

se explicaban los cargos dirigidos al hegelianismo cuando oía las elocuentes invectivas dirigidas por el Sr. Moreno Nieto á lo que en un tiempo se llamó *jóven escuela hegeliana*. Si se arroja sobre Hegel y sus verdaderos discípulos la responsabilidad de las doctrinas proclamadas por la jóven escuela, se comete una injusticia. Ni Feuerbach, ni Bauer, ni Ruge, ni Mager, han podido nunca estrechar la representación del hegelianismo. Y ellos mismos lo declaraban francamente. ¿No le echaban en cara á Hegel el ser cristiano y teólogo? ¿No pretendían sacar los elementos del hegelianismo, que merecían sus simpatías, del terreno en que Hegel los planteaba y exponía? Uno de ellos hacía constar que toda la escuela se escandalizó al conocer los rudos ataques dirigidos por Federico Richter á la inmortalidad del alma, y á los principios religiosos que ella había aceptado. El mismo Strauss protestaba, en un principio, de que no había querido destruir el cristianismo, sino purificarlo. Y cuando este famosísimo doctor, llevado por sus inclinaciones, continuó su marcha, llegó un momento en que confesó en voz muy alta su separación de la escuela de Hegel. Su último libro *La antigua y la nueva fe*, ese rudísimo ataque al cristianismo, ¿por quién ha sido contestado en nombre del respeto debido á la religión absoluta y de la concordia que debe existir entre ésta y la ciencia? Por uno de los hegelianos más ilustres y más caracterizados, por Augusto Vera.

No hay, por lo tanto, motivo para presentar al hegelianismo como representante del ideal panteísta, ni siquiera como adversario del ideal cristiano.

Pero en esta cuestión de estética en que nos ocupamos, ¿qué es el ideal? El Sr. Montoro recordaba que en su discurso había sido sumamente explícito en este punto. Él había dicho que el arte es la representación de lo bello, que ésta es la armonía realizada de los dos principios de la existencia, la ley y la manifestación, la esencia y la forma. Después de seguir la belleza, tal como es en la idea, y de definirla, tal y como es en la naturaleza, enumeraba las imperfecciones con que se acompaña en esta esfera, y sostuvo que éstas son causa de que el espíritu se eleve por cima de tal limitación y se remonte á un grado superior de lo bello, en que lo real está transfigurado, glorificado, idealizado, expresando fielmente la idea que en él se manifiesta, grado de lo bello, que es el ideal y que constituye el mundo del arte. El Sr. Montoro insistió nuevamente en la determinación y en el concepto del ideal; pero como en este punto casi se limitó á reproducir las consideraciones contenidas en su primer discurso, en el extracto que de él hicimos las pueden ver nuestros lectores. (Véase REVISTA EUROPEA, núm. 56, pág. 115 del tomo IV.)

Y decía el Sr. Montoro: enfrente de esta concep-

cion se ha traído la de los ideales hechos, según los cuales ha vivido el arte. Pero estos ideales hechos, tales como aparecen en la historia del arte, son las formas particulares del desarrollo histórico, de ese ideal de que he tratado. La idea de lo bello contiene un conjunto de momentos esenciales que se realizan y se van poniendo en virtud de una fuerza interior, que en ésta, como en toda idea, reside. Estos momentos esenciales han sido las formas particulares que han expresado la idea de cada época bajo la forma más conveniente y adecuada. Según el Sr. Montoro, se deben aceptar esas formas en el orden y con los nombres siguientes: simbólica, clásica y romántica. Esta división, estos momentos esenciales corresponden á los grandes períodos de la historia universal.

Así como el arte simbólico busca, sin que sus esfuerzos logren lo que ansía, sin conseguirlo, la unidad de la idea y de la forma exterior, y el arte clásico la encuentra en la representación de la individualidad espiritual, el arte cristiano la traspasa y sobrepasa, porque la espiritualidad se eleva por cima del mundo visible y tiende á expresarse libremente en lo que tiene de más rico y profundo.

El Sr. Montoro concretó después sus observaciones al arte romántico ó cristiano propiamente dicho. Lo que constituye su fondo es la nueva y augusta concepción religiosa que florece entonces. El señor Montoro se extendió en algunas consideraciones sobre ésta, enalteció sus excelencias, mostró cómo traía consigo una aspiración á lo divino, á lo infinito, á la mortificación de la carne, y un sentimiento más enérgico de la personalidad; estos son los caracteres fundamentales del arte romántico.

Pero, á partir del Renacimiento, esta forma particular pierde su fuerza. Tiene lugar entonces una especie de resurrección del ideal griego. La belleza de la forma recobra sus olvidados derechos. Desde entonces el arte ha sido cada vez más independiente. Apróvecha todas las formas anteriores, utiliza el tesoro de inspiración que su historia encierra; pero no se circunscribe á ninguna forma. Vive en su esfera propia y para sí, no como antiguamente, en la esfera de las creencias religiosas y para éstas. Su ideal es el de la belleza, y él le ofrece para hoy mismo y para lo porvenir nueva prosperidad y perfeccionamientos nuevos.

Y esta emancipación del arte no ha sido determinada únicamente por su propio progreso; ha sido determinada también por la historia de la conciencia religiosa. Fuera de que hay ideas religiosas que no son propias de las representaciones del arte, hay en el desarrollo de todas las doctrinas de religión un momento en que el arte no les basta. En el cristianismo, la Reforma puso la imagen sensible fuera de la representación religiosa é influyó para

que se retrotrajera el pensamiento á la meditación. En todo el cristianismo se nota ya esta tendencia más severa y profunda, esta necesidad del espíritu que se retira á la intimidad de la conciencia y trata de satisfacerse en sí mismo. Porque esta esfera en que se satisface esta necesidad, mejor que en esa otra de que tratamos, la religión se coloca por cima del arte, manifestando lo absoluto á la conciencia humana por medio de la representación interna.

No se sigue, pues, decía el Sr. Montoro, que el ideal cristiano está muerto porque el arte ha dejado de vivir sometido á su directa y exclusiva inspiración. El orador creía haber explicado el hecho, y añadía que, no sólo está muy distante de creer que el cristianismo ha muerto, sino que abriga el convencimiento de que la historia se está preparando para recibir un nuevo y admirable desarrollo de la idea cristiana.

Hizo después el Sr. Montoro algunas consideraciones sobre el Realismo. Dijo que lo había tomado como se le presenta y con el nombre que se da á la dirección que tanto daño es capaz de hacer á la literatura. Claro está que para él, idea y realidad no son cosas distintas, y que en el sentido que á su juicio debe darse á la realidad, ésta, con las diferencias que separan al arte, á la religión y á la filosofía, debe ser y es el objeto de las tres esferas mencionadas. ¿Pero es eso lo que entiende por realidad y por realismo la literatura que se llama y es llamada realista? Pues si no es eso, ¿á qué confundir las cuestiones? Debemos tomar á esa literatura tal como es, y combatirla sin perjuicio de demostrarle oportunamente, que lo que cree realidad es, después de todo, fugaz y engañosa apariencia, las más veces, ó un solo y limitado aspecto de las cosas.

Volvió á insistir el orador en que esta literatura realista ha respondido á la crisis filosófica y religiosa que tanto nos atormenta. El renacimiento del empirismo, las tendencias que se notan en el actual movimiento científico y la tan generalizada falta de creencias religiosas, tenían que reflejarse forzosamente en el arte de ese modo.

El Sr. Montoro manifestó también, más de una vez en su discurso, que el arte moderno, en el cual esa literatura realista es un mal accidental y pasajero, ha tenido en determinados géneros una incontestable superioridad, y que al vivir ahora, como ya hemos dicho, en su esfera propia y para sí, encuentra un mundo de inspiraciones en la inmensidad del corazón humano, cuyas tendencias, cuyos sentimientos, cuyas creencias, cuyas alegrías y cuyos dolores debe representar glorificándolos é idealizándolos en los resplandores purísimos del eterno ideal.

El Sr. Vidart, en las varias rectificaciones que ha hecho, ha sostenido que lo que se llama ideal en

cada época, no es más ni menos que el concepto de Dios y de sus relaciones con la creación, según es concebido por la razón en cada momento histórico; que bajo este punto de vista se ve claro que el ideal está formado esencialmente por el conocimiento humano, y que el progreso en el ideal está ligado estrechamente con el progreso de la razón individual; sin que esto sea negar que la voluntad y el sentimiento contribuyan á la formación del ideal, pues no hay ninguna obra humana que pueda ser realizada, sin que en ella tomen parte las tres facultades del espíritu: el sentimiento que excita, el conocimiento que dirige, y la voluntad que determina.

Respecto á las teorías del arte expuestas por el Sr. Moreno Nieto, observó el Sr. Vidart que Platon seguramente no debía ser citado como autoridad para enaltecer los fines del arte, puesto que en su libro *La República*, donde describía una sociedad modelo de perfección, decía que á los poetas se les debía coronar de flores y arrojarles del territorio nacional, pues sus ficciones eran corruptoras de las costumbres públicas; que en los tres *Diálogos* donde se ocupaba del arte con más especialidad (el *Primer Hippias*, el *Fedro* y el *Banquete*), venía á decirse que la belleza en el arte era la creación, no de un Dios, ni de un hombre, sino de un ser intermedio entre ambos, del amor, que es un *demonio*, en el sentido que dan á esta palabra los comentadores de Platon, y que, por lo tanto, se explica bien que una *creación del demonio* no deba existir en la república modelo del ilustre discípulo de Sócrates.

Respecto á Hegel, á quien también había citado el Sr. Moreno Nieto como autoridad para hacer la apología del arte, dijo el Sr. Vidart que este autor, en su famoso libro *Sistema de las bellas artes*, sostenía que el arte era la creación de la fantasía, que la religión, en esfera ya más superior, nacía de la conciencia y que, por último, la ciencia hallaba su fundamento en la razón, que es la más alta facultad del espíritu humano. Por donde se comprende bien, que Hegel consideraba á la religión y á la ciencia como fines de la vida superiores al fin estético.

Para dar aún más fuerza á su opinión de que el arte sólo puede inspirarse en el ideal histórico, formado principalmente por el conocimiento de cada época, citó el Sr. Vidart varios párrafos de los tratados elementales de literatura, escritos por los profesores D. Manuel Milá y Fontanals, D. José Coll y Vehi y D. Narciso Campillo y Correa. «Si mi teoría acerca del arte es falsa, exclamaba el Sr. Vidart, al menos estoy acompañado en mi error por los catedráticos que hoy enseñan literatura en los establecimientos oficiales.»

Llegando á ocuparse de la calificación de altamente inmoral que habían lanzado sobre la litera-

tura francesa contemporánea los señores Revilla y Moreno Nieto, sostuvo el Sr. Vidart que en estas apreciaciones había mucha mayor cantidad de apasionamiento que de justicia. En la literatura inglesa contemporánea, que se suele citar como modelo de moralidad y de respeto á los intereses sociales conservadores, pueden citarse, entre otras, dos novelas del célebre Bulwer, titulada la una *Eugenio Aran*, y la otra *Pablo Clifford*, que verdaderamente son tan atrevidas en sus pensamientos como las más anatematizadas novelas de Sué, Feydeau ó Dumas hijo. Eugenio Aran es un sabio que ha cometido un asesinato por amor á la ciencia, con lo cual no hay que decir que aparece á los ojos del lector aún menos antipático que el personaje de Alejandro Dumas hijo, Clemanceau, que comete también un asesinato impulsado por una pasión sensual. Pablo Clifford es un joven abandonado por su padre, que llega al crimen por la fatalidad de las circunstancias que le rodean, en tanto que su padre, verdadero autor de todos los crímenes que él comete, vive rodeado de comodidades y obteniendo la consideración y el aprecio de toda la sociedad que forman las llamadas personas honradas. Esta novela es más socialista que la más socialista de Sué ó de Víctor Hugo.

El enaltecimiento de la pasión, que según el señor Revilla formaba la base de la inmoralidad de la literatura francesa contemporánea, es, á juicio del Sr. Vidart, una condición necesaria en toda obra de arte literario, donde siempre el héroe es un personaje apasionado; y esto es así, porque el sentimiento, que es la base de la creación estética, sólo mediante su exageración apasionada, es como puede representar vivamente esa eterna lucha entre el bien y el mal, que constituye el indescifrable enigma de la historia, y hasta pudiera decirse que de la creación entera.

Llegando á ocuparse de la cuestión del ideal cristiano que el Sr. Moreno Nieto había presentado como la más alta concepción á que podía elevarse el espíritu humano, dijo el Sr. Vidart, que si por ideal cristiano se entendía esas grandes ideas acerca de la personalidad de Dios, la espiritualidad y la inmortalidad del alma humana, y la ley de amor, la caridad, como fundamento de la eterna armonía del mundo moral, que así entendido el ideal cristiano, borrando de una vez para siempre las limitaciones históricas que algunas veces han enturbiado su esplendente claridad, era, sin duda alguna, origen de inspiración poética, que hallaría siempre eco en esas almas escogidas, que entre las imperfecciones de la tierra, buscan la revelación consoladora de la Providencia divina, cuyo secreto debe encerrarse en las moradas celestiales, donde ha de ver el espíritu humano la realidad viva de la verdad increada.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

El sistema métrico de la antigüedad.

La biblioteca de Sardanápalo, rey de Asiria, encontrada en las excavaciones de Ninive por M. Layard, demuestra que la ciencia no había hecho pocos progresos en Asia hace dos mil quinientos años. Esta curiosa biblioteca consistía en tablitas planas y cuadradas de barro cocido.

Los antiguos asirios tenían un sistema de pesos y medidas, en el cual, como en el sistema métrico moderno, todas las unidades de superficie, de capacidad y de peso, se derivaban de una sola unidad lineal típica. La base del sistema era el codo, ó sea, en pulgadas, 20,67. El codo se dividía en sesenta partes, correspondientes á los minutos del grado. El codo multiplicado por 360, número de los grados del círculo, daba el estadio, unidad de las grandes distancias.

La unidad fundamental de superficie era el pie cuadrado, ó sea el cuadrado de una longitud cuya relacion con el codo era de 3 á 5, ó 12,4 pulgadas de nuestra medida. El pie cúbico era el metreta, tipo de todas las medidas de capacidad; y el peso de un pie cúbico de agua daba el talento, unidad fundamental de peso; la división sexagesimal del talento daba primeramente la emina (510,83 granos), y despues el dracma (8,54 granos).

El sistema sexagesimal se empleaba en todas las matemáticas, siendo la unidad invariablemente multiplicada ó dividida por sesenta, el resultado otra vez multiplicado ó dividido por sesenta, y así indefinidamente.

Es evidente que este sistema era el resultado de una inteligente combinacion hecha por un espíritu muy práctico, destinada á combinar las ventajas de los dos sistemas de division de la unidad que han sido objeto de discusion en todos los tiempos y en todos los paises: el sistema decimal y el sistema duodecimal. Entre nosotros se sigue todavía este sistema caldeo-asirio en las divisiones del círculo y en nuestras divisiones del tiempo.

M. LENORMANT.

(*Scientific American.*)

Ha sido elegido miembro de la Academia francesa, en la vacante de Julio Janin, el conocido escritor del *Journal del Debats*, John Lemoine.

Ha fallecido en Francia el célebre astrónomo Enrique Schwabe, á la edad de ochenta y seis años. Su preocupacion constante había sido siempre la observacion de las manchas del sol.

La congregacion del Índice ha prohibido las obras tituladas: *L'Universo*, *Lezioni popolari di filosofia enciclopédica*, por Quirico Filopanti, Bolonia, 1874. *Histoire politique des Papes*, por Lanfrey, Paris, 1873.

Existen actualmente en Alemania 243 sociedades de taquigrafía, segun el método de Gabelsberger, que es el más extendido. El número de socios taquígrafos se eleva á 18.536.

En Alemania se van á publicar casi á la vez dos biografías críticas de Montalembert; una escrita en un sentido muy ortodoxo; y la otra impresa por la secta de los viejos católicos para servir de pretexto á la publicacion de las cartas de Montalembert al canónigo Döllinger y sus amigos.

M. C. Hippeau, secretario del Comité de trabajos históricos del Congreso de sociedades científicas de Francia, acaba de publicar el primer tomo de una obra sobre el advenimiento de los Borbones al trono de España, con la correspondencia inédita del marqués de Harcourt, embajador de Francia en las cortes de Carlos II y Felipe V. Este volumen contiene las cartas cambiadas entre Versalles y Madrid, acerca de la sucesion al trono de España, en 1698, y las instrucciones dadas por el rey de Francia al marqués de Harcourt y al conde de Martin, que le reemplazó en 1701.

M. Bouquet, profesor de la Facultad de ciencias de Paris, ha sido elegido miembro de la Academia de Ciencias.

La produccion literaria en Alemania ha sido, en el año último, mayor que en los 25 años anteriores. La cifra exacta de los libros publicados en 1874, se eleva á 12.070 títulos.

En 1868 excedió por primera vez el número de libros publicados, de 10.000 títulos. El año siguiente se elevó á 10.563. Durante los dos años de la guerra sólo se publicaron 10.108 y 10.669. En 1872 volvió á elevarse el número de publicaciones á 11.127; en 1873 subió á 11.351, y en 1874 llegó al expresado máximum de 12.070.

El 12 de Febrero último ha caido una verdadera lluvia de meteoritos en el condado de Towa (Estados Unidos), reuniéndose más de 100 kilogramos de fragmentos, cantidad muy pequeña con relacion á la que ha caido, porque es país bastante desierto.